

En el siglo II de nuestra era, CLAUDIO PTOLOMEO, astrónomo, matemático y geógrafo, en su Guía Geográfica (Libro- IV-6-34), describe las ISLAS DE LOS BIENAVENTURADOS -Insulas fortunatas en latín, Makáron Nêsoi en griego- hoy Islas Canarias, comenzando por APROSITUS NÊSOS y cinco más del Archipiélago.

Aprósitus -isla a la que no se puede llegar o que no se muestra.

Debido a sus características y comportamientos **extraños como el** aparecer y desaparecer o esconderse tras una cortina de humos, niebla o nubes, ha sido llamada: "La Inaccesible", "La Nom Trubada", "La Encubierta", "La Perdida", "La Encantada" y algún que otro apelativo.

Fue a partir del siglo VI en que se produce un redescubrimiento de Aprósitus, debida al monje irlandés San Brandan -posteriormente elevado a los altares- cuando comenzó a llamarse San Borondón, deformación de San Brandan o Brondón.

San Brandan de Clonfert (480-576) y sus monjes, comprueban que aquello que creían una isla -sobre la que concelebraron una misa- se mueve "inteligentemente", ya que los conduce a través del mar durante varios días, dando lugar a que la bauticen "Ballena Ultraterrena".

Visitan varias islas y entre ellas una que, RODEADA DE ESPESAS Y NEGRAS TINIEBLAS, quedaría imborrable en su memoria, puesto que, después de haber permanecido en ella un día solar, al traspasar nuevamente la barrera de nieblas comprueban que habían transcurrido cuarenta días de nuestro calendario.

Inconscientemente, San Brandan y sus monjes fueron "admitidos" para acceder a algo desconocido e impensable en su época: ¿Otra dimensión?

Posteriormente la existencia de San Borondón ha sido observada y juramentada por cientos de personas a través de la historia, pero habían de pasar casi diecinueve siglos para que tres humildes pescadores, tragados por una violenta borrasca, fueron salvados por un grupo de delfines y depositados sobre la indescifrable ballena de San Brandan.

Ellos, en su palabra llana y veraz, cuentan su odisea, desvelándonos uno de los misterios más fascinantes de nuestra historia. Estamos seguros que algún día del futuro impredecible, el misterio de San Borondón, como el de la Atlántida -su origen-, se transformará definitivamente en una realidad accesible.



★ AVISTAMIENTO DE S. BORONDÓN
📷 AVISTAMIENTO FOTOGRAFIADO

ISBN 84-89137-09-9



San Borondón

CONEXIÓN EXTRATERRESTRE EN CANARIAS



¿Base submarina,
isla artificial,
puerta interdimensional,
descendientes de la
Atlántida?

PEDRO GONZALEZ VEGA

PEDRO GONZÁLEZ VEGA

San Borondón: conexión extraterrestre en Canarias



Su lectura, a seis años de publicado, me ha hecho sentir una vez más, aquella impresión ya experimentada que percibía al releer trozos de lo escrito originalmente, o sea: "la duda de que ciertos pasajes hubiesen sido escritos por mí, conscientemente" o, como si abandonada toda intención voluntaria, con los ojos cerrados, fuese mi inconsciente quien se encargara de mover los dedos sobre los tipos de la máquina de escribir.

Werner Von Braun, en el transcurso de una conferencia en Berlín, expresó: "Nos creemos genios, pero sólo somos discípulos".

El mensaje de San Borondón significa para mí, algo así como aquella novia bien amada que, aceptada en lo más profundo de nuestro ser con todos sus defectos y virtudes, se va transformando con el transcurrir del tiempo, en ese gran amor que todos hemos soñado alguna vez, renovado cada día y cada época, perenne en el pensamiento, como "La Inaccesible", o como esa llama inextinguible que nos guía y clarifica el camino.

El Autor

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR:
Nos... los Dictadores
El Atlante y la Sumerita
Caminos de Inmortalidad

**Títulos publicados por la Editorial
 PROYECTO ARIDANE**

LOS MANUSCRITOS DE GEENOM (I)
 Una experiencia insólita en el campo de la comunicación extraterrestre

LOS MANUSCRITOS DE GEENOM
 El hombre célula cósmica

LOS MANUSCRITOS DE GEENOM

© 1989, P. González Vega. Las Palmas de Gran Canaria
© 1996, PROYECTO ARIDANE
Poniente, 38-2º - 28036 Madrid
Teléf.: (91) 7 666 333

Maquetación, composición y diseño cubierta:
Depto. de Diseño PROYECTO ARIDANE

Corrector de textos: Andres Blázquez

Impreso en España
Printed in Spain
GRAFICAS SALDAÑA
C/ Adrián Pulido, 16. Madrid
Tjno.: 459 31 91

ISBN: 84 89137-09-9
Depósito legal: M-22584-1996

ÍNDICE

I.	El Padrino Aristócrata	13
II.	Las largas vacaciones	19
III.	Sublime experiencia	39
IV.	Primer día en Atlantaria	55
V.	El paraíso que nos hurtaron	75
VI.	La docta cena	101
VII.	Despedida de Atlantaria. 1 ^{er} mensaje	113
VIII.	Viaje entre dos mundos	139
IX.	Intermediarios entre dos civilizaciones	151
X.	Expedición Arcano II	167
XI.	Nuestra vida en Atlantaria	183
XII.	Cien años para amarte	203
XIII.	Último mensaje	215

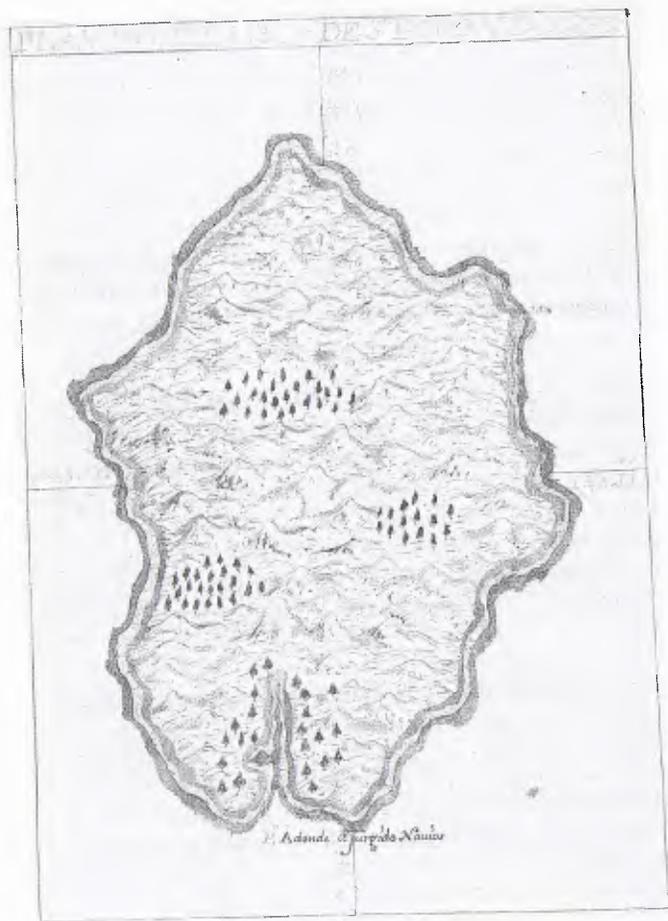
PROLOGO

Cuando tuvimos entre nuestras manos, a mediados de 1991, uno de los ejemplares de la primera edición de "El Mensaje de San Borondón", se creó en nosotros tal expectación que tuvimos que hacer cola para poder leerlo. Sólo teníamos un ejemplar y este libro sólo se podía obtener en los aeropuertos canarios, mientras nosotros estábamos ya de vuelta en la península después de haber pasado unos días en la isla de La Palma.

La expectación estaba relacionada directamente con las experiencias que en el libro se relataban, las cuales se correspondían con las informaciones que nosotros habíamos ido recibiendo de nuestros Hermanos Mayores y que posteriormente tuvimos ocasión de comprobar personalmente. Esta ha sido la razón por la que hemos querido que llegue a un mayor número de personas.

Pedro González Vega es una persona entrañable, cargada de experiencia y sabiduría, con la cual nos unen sutiles lazos de complicidad no manifestada. El y nosotros sabemos que somos cadena de transmisión de cosas que, en muchas ocasiones, escapan a nuestra consciencia. Aun así, y puesto que lo importante son las personas y el devenir de la humanidad, creemos que todo aquello que pueda aportar un granito de arena en la construcción de una sociedad armónica es siempre bienvenido... y este libro lo es.

Los atlantes, antepasados remotos del hombre actual, se perfilan de nuevo como referencia ante los acontecimientos futuros que deberá vivir nuestra humanidad y San Borondón, isla inaccesible, base sumergida que alberga a una civilización muy superior a la nuestra, conexión atlante y extraterrestre y ¿por qué no? sede de la Gran Fraternidad Blanca, es el punto de referencia que se dibuja y se desdibuja en el horizonte marino, como invitándonos a entrar en las profundidades de nuestra propia consciencia, donde con toda seguridad se establecen las conexiones que un día, esperemos que no muy lejano, permitirán al hombre de la Tierra vivir en armonía con sus hermanos del universo.



Mapa existente en la obra:
"DESCRIPCIÓN DE LAS YSLAS DE CANARIA".
(1686)
de Pedro Agustín del Castillo

Los datos o citas históricas han sido tomados textualmente de la Historia que sobre la Conquista de las Islas Canarias escribió el franciscano Fray J. de Abreu Galindo (1632), traducida y publicada en Inglaterra por George Glas (1764).

EL AUTOR

HIJOS... NIETOS...

Un día llegará en que la Tierra dará la espalda a la violencia, a la guerra, a la maldad.

Un día llegará en que en sus más altos mástiles sólo ondearán las banderas de la paz.

Entonces habrá llegado el momento en que nuestra isla de San Borondón reaparezca de nuevo como antaño... y mucho más.

Mientras... Continuará siendo cada vez más «Aprositus» tan inaccesible como la más lejana de las estrellas.

EL AUTOR

INTRODUCCION

Tenía que hacerlo. Escribir sobre San Borondón y su mensaje se había convertido en algo obsesivo para mí. ¿Por qué escribirlo? Varias fueron las razones que me impulsaron a ello, algunas de las cuales trataré de exponer a continuación.

Remontándome a mis más lejanos recuerdos, pasaré a relatar los contactos que desde mi más tierna infancia tuve con esa realidad latente que se llama San Borondón, nombre que procede de San Brandano o Blondón, monje que con San Maclovio y otros frailes estuvieron en esta isla, llamada hasta entonces «Aprositus», isla a la que no se puede llegar, «la inaccesible».

Tendría entonces unos seis años. Mi bisabuelo había doblado ya los noventa. Lo recordaba vestido siempre con frescos trajes de lino en color negro, camisa blanca y chalina negra. Usaba espejuelos y leía el periódico diariamente.

Sabía que había tenido sus propias colmenas y que hasta poco tiempo atrás había cuidado personalmente sus dos cabritas. Me sentía atraído por aquel viejito limpio, agradable, que hablaba poco y era mi bisabuelo por parte de madre.

-¡Hijo!, llégate hasta lo del hombre de la barba y tráeme el periódico.

El hombre de la barba tenía su tienda al lado de la herrería. Me distrajeron los cantos del yunque y el martillo luchando con picos, palas, sachos y azadones. Era como una sinfonía de hierros al fuego, escrita en caliente por los hijos de Vulcano.

Desde la puerta, miré al hombre de la barba tras el mostrador y le grité: ¡Dice mi abuelo que me dé el «periókiro»! Risotada general de las gentes que había en la tienda. Con las mejillas rojas, corrido y cabizbajo, salí escapado con mi vergüenza a cuestas y el «periókiro» en las manos.

Los días siguientes no paré en la Herrería, y aunque escuchaba su música y me acompañaba cierto temor; sufrí las mismas escenas con risas «in crescendo».

Se lo conté al bisabuelo que trató de corregir mi pronunciación inútilmente. Cansado y divertido con mi «periókiro», exclamó un tanto nervioso:

-¡Di San Borondón, carajo!

-Repetí aquellas palabras correctamente.

-¡Muy bien! -dijo-: a partir de mañana Vd. le dirá al hombre de la barba: Paz y San Borondón.

Al día siguiente, sí que me paré nuevamente en la herrería. Me embelesé con un trozo de sinfonía compuesta y escuchada simultáneamente, entre resoplidos de fragua, fuegos vírgenes y hierros viejos que cantaban su transformación a una nueva vida.

Me pareció haber crecido de golpe y con esta inyección de energía vulcanista me planté en la puerta de la tienda, miré con cara de niño endurecido al hombre de la barba y muy despacio y sin cambiar de expresión; miré a cada uno de los que estaban dentro. Me afirmé sobre mis talones y con toda la fuerza de mis seis años, grité:

-¡Paz y San Borondón!

Los presentes callaron de inmediato, el hombre de la barba se puso serio como un cirio apagado y tomando un diario, que dobló parsimoniosamente mientras me miraba de abajo a arriba, me lo entregó repitiendo muy suavemente, de forma casi inaudible:

-¡Paz y San Borondón!

Con el sonido de aquellas palabras incomprensibles para mí, pero que parecían poseer la fuerza de un conjuro mágico, salí corriendo de vuelta, impresionado aún por el poder de mi pequeña persona.

Al enfrentarme de nuevo al bisabuelo nuestras miradas se cruzaron, pienso hoy que en la misma onda, pues a través de ellas todo quedó aclarado sin abrir la boca. Desde la lejanía de sus noventa y tantos años, el viejito de porte agradable y negra vestimenta, sonreía ampliamente.

Como ya he apuntado, él hablaba poco y, cuando lo hacía, parecía soñoliento, con los ojos semicerrados. Otras veces era como si hablara con alguien que estuviera tras la pared. Fue así y a través de sus soliloquios como accedí a interesantes noticias sobre San Borondón, la Atlántida, el Garoé o el Atlante del reloj con las cuatro esferillas.

Luego... habrían de pasar muchos años antes de que en mi vida reapareciera San Borondón y su enigma viviente. Fue a través de mi padrino el aristócrata y de las apasionantes experiencias que con él compartí y que son el «leitmotiv» de este libro.

Al margen de mis conocimientos a través del bisabuelo o de los acontecimientos que se narran en este libro, hubo otro factor coadyuvante, que en su momento me hizo saltar en el banco que ocupaba con mi amada en la plaza situada frente al Gabinete Literario.

Yo le había dicho: Tienes los ojos claros, serenos, como una noche de tormenta en el barranco de Moya. Ambos reímos mucho; pero ella, que tenía sus raíces en Punta Gorda (La Palma) ⁽¹⁾ una vez vueltos a la compostura replicó:

-Niño no seas burlón, ni a San Borondón mires a la puesta del sol, pues verás brujas volando, sin escoba ni bastón.

Salté sobre el asiento y quedé meditando por un buen rato. ¡Cuántas coincidencias!, pensé sin decir nada. Ella, que había llegado de su isla bonita, como queriendo justificar sus palabras, agregó:

-Son antiguos dichos de Punta Gorda. Mi abuela -continuó...

Pero mi pensamiento estaba ya en otra parte y ahí terminaron nuestros comentarios respecto a San Borondón.

Después de todos estos acontecimientos y de nuestras propias y fascinantes experiencias, nuestros esfuerzos (me refiero al matrimonio Carrison, a Aristán y a mí), se centraron en el cumplimiento y difusión del mensaje de los atlantarios.

Ardua y sin tregua fue nuestra lucha y seguirá siendo, pues a nuestras ideas, diálogos o escritos, se enfrentaba media humanidad

(1) Punta Gorda, en la Abadía de Moya, en cuyo paraje se situaban las apariciones de

intoxicada por corrientes de violencia propias o importadas a través de películas, vídeos, literatura y música degradante. Todo ello aderezado con un ritmo trepidante como el tableteo de una metralleta, secos golpes de bombo como tiros o cañonazos desarticuladores de la armonía personal. Los gritos desafinados e histéricos semejan más un canto de paranoicos que expresiones del arte humano y civilizado.

Habían pasado cuarenta años desde la expedición del Arcano II. Mr. y Mrs. Peter Carrison y Aristán rondaban los ochenta años, aunque aparentaban cincuenta. Luchando, viajando y sufriendo el rechazo y hasta el desprecio a sus ideales de paz y felicidad.

Su hija, cuyo nombre debe permanecer en el anonimato, fue la que más éxitos rotundos había cosechado.

Engendrada en Atlantaria, con cuarenta años de experiencia y de estudios y veinticinco de juventud, había sido estudiante becada en una de las ciudades más frías del hemisferio Norte. Su semilla de paz había fructificado escandalosamente. Alguien había sido tocado y aquel ser marcado²⁾ esbozó su sonrisa que se hizo universal. Hizo sonar la campana de la paz y sus sonos vibran aún por los caminos del mundo como algo increíble. Otros viejos zorros habían comenzado a sonreír aunque extraña y forzosamente, pero alejados; iban dando paso a nuevas savias esperanzadoras.

En cuanto a mí, había rodado por otras latitudes empeñado en los mismos fines. Comprobando que algunos grupos habían comenzado a proliferar, aunque muy débilmente.

Nuestros amigos del lado de allá, que eran cada vez más Apropositus y menos San Borondón, vagaban por los vastos océanos y sus profundidades o por los más amplios espacios siderales.

Demetrio y Bastiano habían creado raíces en Atlantaria. En contacto con todos, recibíamos su apoyo continuo y su consejo.

Ojalá que este libro contribuya a difundir aquellos ideales de paz, convivencia armónica y felicidad infinita.



Yo atosiqué a padrinos, abuelos y bisabuelos arrancando sonrisas o sorprendiendo lágrimas; mas... ¡Cuánto gocé rodando entre los pliegues de sus vidas y cuánto se enriqueció la mía!

I. EL PADRINO ARISTÓCRATA

El hecho que el destino nos asigne un padrino a quien todos llamaban el *aristócrata*, es algo como para despertar la curiosidad de cualquiera, máxime si la persona que ostenta tal sobrenombre hace honor a él, si las gentes del lugar y todo el que le conoce o le trata lo hace con el respeto, la consideración o el afecto que nos puede merecer uno de esos personajes carismáticos, considerados inaccesibles o, al menos, pertenecientes a un imprevisible futuro.

En el recuerdo a través de mi infancia y aún de mi adolescencia, el vocablo *aristócrata* se había convertido en el misterio que fascinaba mis, entonces, limitados horizontes. Configurando una realidad que convertía a mi personaje, singular y atípico, en el símbolo y faro que acaparó mi atención por aquella época.

Cumplidos los quince años, recién incorporado al 2º grado y con un vocabulario que ampliaba día a día, hombre y apodo continuaban inquietándome como algo que, aún siendo importante, quedaba pendiente de solución. Aumentando, si cabe, el enigma que encerraba aquel extraordinario ser humano que, con la misma facilidad desgranaba frases llenas de profunda sabiduría, como provocaba la risa de todos con su inagotable humor, si la ocasión así lo requería.

Aquella personalidad múltiple que le hacía aparecer ante el común de los mortales como si procediera de extrañas tierras o desconocidas culturas, fue encadenando mi voluntad a esa realidad viva y palpitante, aureolada por un cierto y misterioso atractivo y, cuyo nombre de pila, Aristán, apenas nadie mencionaba. El *aristócrata* amaba el trascurrir sosegado de una vida plena, la armonía en personas y entorno, en la misma medida que rechazaba los ruidos, la violencia o las armas.

La felicidad, había dicho en cierta ocasión, es suave como el perfume de una rosa en el tranquilo atardecer y dulce como el tibio amanecer en brazos de la amada.

Su paternal dedicación, su cariño y sus regalos, tan raros y poco acordes con mi edad o con la época, contribuyeron a que mi afecto por el padrino aumentara notablemente, al tiempo que el enigma latente que rodeaba al *aristócrata* crecía aún más, si cabe, complicando mi tranquila existencia y estimulando mi necesidad de adquirir conocimientos que me permitieran descifrar o clarificar frases, expresiones y narraciones que no eran de uso común en nuestra vida diaria.

En los relatos, consignas y aventuras de D. Aristán, se ponían de relieve motivaciones y fines que, por mi edad y limitaciones, no conseguía desentrañar a fondo. Sin embargo, en mi interior algo me decía que tras aquellas múltiples vivencias se escondían hechos y experiencias que yo imaginaba unas veces fabulosas y otras fascinantes.

Hubo frases suyas que, por la frecuencia con que fueron pronunciadas, se me grabaron de forma indeleble en esa parcela de la memoria donde la información permanece de por vida:

«DE MIS PROFUNDIDADES VENGO, A MIS PROFUNDIDADES VUELVO»

Estas palabras, que decían muy poco a un joven cuyo bagaje cultural era incipiente y escaso, ni tan siquiera le alcanzaban para especular sobre los lazos ocultos que relacionan entre sí cada hecho y cada causa de todo lo que ocurre en el universo. Aunque, cuando esas palabras procedían de alguien que había pasado gran

parte de su vida en la mar, primero en la Marina de Guerra, luego en la Mercante y más tarde como simple pescador, existía la posibilidad que, con el tiempo, la amistad y el conocimiento, se fuese completando el rompecabezas que yo presentía cada vez mayor. Porque ¿a qué profundidades específicas se refería D. Aristán? ¿a las marinas, a las cósmicas o a las de la mente humana, quizás?

Rescatemos ahora otras frases de nuestro archivo que, por haber sido pronunciadas canturreando en esa jerga marinera siempre repleta de peces fabulosos, sirenas y delfines, fueron difíciles de componer o dar forma entonces, durante aquellos largos y enriquecedores años pasados a su lado:

«AQUELLA TIERRA INMEMORIAL MÁS ALLÁ DEL SOL PONIENTE»
 «DONDE NO CAE GRANIZO, NI LLUVIA, NI NIEVE»
 «DONDE EL VIENTO NO SOPLA»
 «DONDE LAS SIRENAS SON SERES EXQUISITOS»
 «AQUEL PAÍS BAJO LAS AGUAS.....»

El *aristócrata* ponía especial énfasis cada vez que pronunciaba estas frases y otras muchas que irán apareciendo, como si quisiera grabarlas en mi memoria sin explicaciones añadidas. Yo tampoco formulaba preguntas pues no vislumbraba, ni por asomo, el tipo de información que más tarde llegaría a mí.

Hasta aquel día memorable, en el que una turista inglesa, rubia y desmadejada, abordara al *aristócrata* en mi presencia, que ella ignoró por completo, y para mi asombro me hizo reparar en cosas en las que jamás antes me había fijado; el azul de los ojos de él o su masculinidad, cualidades que, por lo visto, tanto atraen al sexo opuesto.

La hija de la «Rubia Albión» pretendía, a toda costa, averiguar el porqué del extraño contraste de sus ojos azules enmarcados por el color moreno de su piel. Un color natural, por otra parte, en ésta nuestra isla atlántica.

La inglesita no dejó ni uno solo de los encantadores vericuetos del viejo pueblo de San Antonio sin visitar ni fotografiar. Mientras tanto, su conversación incesante no decayó ni por un momento y, aun-

que yo trataba de permanecer prudentemente apartado, me extrañó sobremanera que conversaran con toda naturalidad, sin preocuparse lo más mínimo por bajar la voz.

Apenas hicieron mención al pueblito que estaban visitando. Su tema de conversación se centraba en las Islas Canarias, algunos nombres desconocidos para mí y otros como La Macaronesia, La Atlántida, Las Salvajes o el mar Canario-Atlántico, repetidos en numerosas ocasiones.

Al comprobar que el tema parecía relacionarse con la pasada vida marinera del padrino, que yo ya conocía, dejé de prestar atención a su diálogo. A veces, aunque fugazmente, permitía que mi imaginación jugase con la posibilidad de un idilio entre ellos, pero al comprobar la formalidad de su trato, desechaba la idea.

Al llegar la hora de la despedida, me la presentó como una investigadora británica hija de un científico ya desaparecido. La dama me tendió su mano, que yo estreché presa de mi acusada timidez, sin conseguir levantar la vista hasta sus ojos. Entonces ella sonriendo y con su peculiar acento inglés me dijo:

-Mucho gusto Mr. Pedro.

Mientras, el *aristócrata* disfrutaba por igual tanto de la sonrisa de ella, como del rojo azoramiento de su protegido. Y estrechando amablemente la mano de la inglesita dio por terminada la entrevista, repitiendo:

-De mis profundidades vengo, a mis profundidades vuelvo.

-Volve...remos -agregó ella, con su encantadora sonrisa-. Luego se alejó en dirección a lo que, en aquel entonces llamaban «coches de hora» para regresar, probablemente, a Las Palmas.

De regreso a la casa del padrino, mi preocupación por los secretos que presentía había subido un punto más. En cambio él no podía disimular la euforia que le embargaba tras el encuentro con la dama inglesa. Esta divergencia de estados psíquicos pareció alejar un tanto nuestros caminos, porque súbitamente se detuvo exclamando:

-¡Caramba, me había olvidado! -y sacó de su bolsillo un paquetito que me entregó-. Es una brújula -dijo-; te ayudará a orientarte correctamente.

Ya habíamos llegado y esas fueron todas las explicaciones que recibí sobre el uso de la brújula.

Al día siguiente yo tendría que regresar a Moya, una vez finalizado el largo e interesante fin de semana. Como siempre, junto con los regalos y los libros, las interminables recomendaciones del padrino antes de subir al «coche de hora».

A bordo ya del vehículo que me llevaría hasta Las Palmas, abrí el libro que había llamado más mi atención, su título era «Astronomía Práctica». En la primera página, en blanco, con la escritura del padrino se podía leer lo siguiente:

«SIEMPRE HACIA EL OESTE»

«LA PROA DEL NAVÍO»

«ATLANTE DISPONDRÁ»

«HACIA EL ENIGMA VIVIENTE»

«AL PAÍS BAJO LAS OLAS»

Y debajo, la firma del *aristócrata*.

Una revelación no teológica, de gran alcance, profundidad e infinita variedad, se ha convertido en la verdadera guía espiritual y fuerza estructurante de la civilización.

JOSEPH CAMPBELL

II. LAS LARGAS VACACIONES

Durante los últimos días de clase, saboreando ya el verano, bullían los pensamientos ardientes en mi cerebro, componiendo y descomponiendo los deseos sostenidos de que me enviaran a pasar las vacaciones estivales con el *aristócrata*. Desde Moya, aquel pueblito chico situado al norte de Gran Canaria, mi pensamiento y mi corazón volaban hacia San Mateo, lugar de residencia de mi padrino, cruzando también los aires hacia la mente de mis progenitores, reacios a conceder el ansiado permiso.

Muchos días y algunas noches fueron testigos de mi sueño, con la imagen constante de este deseo enmarcado en mi pantalla de imágenes internas. Un buen día, espontáneamente y sin haber insistido, llegó la autorización para viajar en compañía de mi hermana y una coincidencia muy significativa para mí nos aguardaba. La inglesita de ojos azules, cabellera rubia y ebúrneo rostro, bajaba del autobús recién llegado.

Destacaba el perfil de su cuerpo, pródigo en delicadas curvas y la mirada un tanto incrédula al reconocermé. Se alejó y, a los pocos metros ya convencida de ese reconocimiento, se volvió sonriente para saludar con un marcado movimiento de cabeza. Sus pómulos se habían sonrojado ligeramente. Yo subrayé la aprobación a su porte distinguido con un boquiabierto movimiento de cabeza, al tiempo que las palabras quedaban bloqueadas en mi garganta.

El codazo escrutador de mi hermana, ante un encuentro que denotaba mutuo reconocimiento, reafirmó mi hombría, que yo traté de mantener plantado sobre los torturantes zapatos recién estrenados.

Rico en paisajes campestres, el viaje por la carretera del Centro hizo correr mi imaginación relacionando mi encuentro con la inglesita con San Mateo, con el *aristócrata* y con un «algo inquietante» que me mantenía a la expectativa.

Llegada a San Mateo. Vida de pueblo. La tranquilidad que se pasea por las calles, sola. Algún transeúnte de aires sosegados o un burro que rebuzna con las orejas tiesas. Erectas, diría el *aristócrata* que poseía un buen caballo, aunque era un habitual caminante.

Yo deseaba su compañía. Su mente clara, su visión, su mundo, su humor que eran un reto continuo a mi inquieta vocación de saber, develar misterios o descorrer telones enmohecidos. Él no desaprovechaba ocasión para procurarse mi compañía. Como una sombra, en caballo o en burro, cual otro Sancho Panza, participaba yo de todas sus correrías y andanzas. Algunos de sus relatos o cuentos que me sorprendían o me sofocaban, se convertirían en realidad años más tarde.

Cuando hablaba de sus experiencias en la mar, se extendía en largas descripciones que me mantenían alhelado. Marinero a remo, a vela o en grandes vapores, había recorrido medio mundo; pero lo que más le entusiasmaba era hablar de su archipiélago canario que conocía al dedillo.

Cuando tomaba el hilo de ese tema parecía otro hombre. El *aristócrata* quedaba eclipsado para dar paso a un marinero, navegante exaltado que de la mano del dios Nereo, caminaba a través de las aguas para caer de improviso en el vacío profundo y misterioso de lo que él llamaba sublime experiencia.

Entonces parecía transformado y como si poseyese el don de una doble personalidad, dejando en mi atención excitada la impresión de ausentarse tras el horizonte. A partir de ahí se encerraba en sí mismo por un buen rato. Jamás habló de esa experiencia,

pero sí aclaraba que, desde ese día, su ideario sobre la vida cambió fundamentalmente.

En el trascurso de nuestra amistad, había aprendido a adivinar sus deseos y sabía que no deseaba profundizar en el tema. Una sola vez me atreví a insinuarle su revelación. Me contestó que era muy chico aún.

-Algún día -agregó tras una pausa cargada de augurios- te aclararé el misterio, pero antes tendrás que crecer y hacerte fuerte.

Luego, su rostro tomó una expresión hermética, impenetrable.

Habían pasado dos años desde aquel día memorable en que el *aristócrata* había taladrado mi sensibilidad con aquellas palabras para mí quemantes e imborrables.

-Antes de conocer esa experiencia -había dicho- debes crecer y hacerte fuerte.

Fue un día maravilloso e inolvidable para mí por varias razones. La más importante era que a sus ojos ya había cumplido las condiciones de «crecer y hacerme fuerte» y en segundo lugar, porque esto acontecía un día posterior a la fiesta de San Mateo, día elegido por él para hacerme depositario de su insólita odisea vivida junto con otros dos entrañables pescadores, en las aguas del archipiélago canario.

Amanecía. El padrino, sentado a un costado de mi cama, frotaba la planta de mis pies para despertarme. Las cosquillas me hacían reaccionar dando patadas. Cuando me incorporé tenía un dedo sobre su boca indicándome silencio.

-Levántate sin hacer ruido -dijo a media voz-. Te espero en la calle.

Impecablemente vestido con uno de sus trajes claros, esperaba impaciente hablando con un transeúnte. Aparte de este solitario madrugador, el pueblo estaba totalmente desierto.

Despidiéndose del paseante comenzó a caminar en dirección a Las Palmas. Estábamos sobre la calle principal. Al llegar a la altura de

la entrada a la iglesia dobló hacia la izquierda y subió un par de escalones. Se acomodó el sombrero y la corbata, tareas que a mi entender ya había realizado a la perfección. Su mirada se desplazaba desde el campanario hasta los tejados, pasando de reojo por mi persona como si esperase alguna reacción mía.

Terminada la supervisión de su imagen personal, sacó parsimoniosamente el reloj de bolsillo.

-Las ocho y diez- dijo distraídamente y, de pronto, cambiando el tono de voz, exclamó:

-¡Vamos muchacho!

Como si aquella hora fuese la consigna para dar comienzo a algo importante, emprendió la marcha a buen paso y tomó una callejuela perpendicular a la calle principal. Dejamos atrás las últimas casas del pueblo hasta llegar a un extenso viñedo, donde aún quedaban apetitosos racimos de uva moscatel. Doblamos a la izquierda y, siguiendo la linde del viñedo, continuamos andando durante un buen trecho en dirección a un gran castaño. Destacaba como un faro verde, a lo lejos, esbelto y solitario en medio de cultivos, arbustos y algunos frutales matizados por diversos macizos de flores, componiendo todo ello un poema multicolor.

Llegados al viejo castaño, apoyó su mano sobre el tronco centenario y se quedó mirando al paisaje que se extendía, interminable, en dirección a la capital, unas veces boscoso y otras cultivado pero siempre fiel a los más variados tonos del verde. Tras un silencio reparador, abrumados por el rumor de la naturaleza, el padriño habló:

-Aspira a pleno pulmón este aire, Atlante. Será como una inyección de vida y de energía.

Y luego de algunas lentas inspiraciones, se sentó sobre un tosco banco de madera, cuyo respaldo era el mismo castaño, indicándome que hiciera lo mismo. Así se quedó, en silencio y con los ojos cerrados dándome la impresión de que meditaba profundamente. El silencio y la soledad, en aquella hora temprana, propiciaban la ensoñación y la comunión con la naturaleza.

Puedo afirmar que en aquel momento nació para mí un nuevo día y que en unión con la tierra y la vegetación y a través de los tenues rayos del sol y la niebla mañanera, el sutil fluir de la energía se podía palpar y ver.

Transcurridos veinte minutos, durante los cuales me sentí parte integrante de todo lo que me rodeaba, el *aristócrata* habló nuevamente:

-Armonía pura, Atlante -para continuar luego de una pausa y sin abrir los ojos:

-Los hombres se creen muy inteligentes. Actúan como si fueran los dueños de su destino. Sólo en parte, Atlante, sólo en parte trazamos nuestro propio camino en la vida.

Y tras otra pausa, esta vez más prolongada:

-En este momento sé que estás influenciado, quizás condicionado por mí y por valoraciones que tú supones -pausado y concentrado en el hablar, prosiguió-: Jamás te conviertas en un fanático o adicto a nada ni a nadie, porque esto retrasaría tu propia y particular evolución. Toma solamente lo positivo que cada persona o conocimiento te aporte. Observa, atiende y estudia tus coincidencias y tus intuiciones. Síguelas si ello es bueno.

Luego calló, como si necesitara recuperar fuerzas, o a la espera de la inspiración oportuna.

-El universo -prosiguió- es un inmenso campo de energías a nuestra disposición. En la medida de nuestra evolución mental, aprendemos a beneficiarnos de sus variados e incalculables recursos y a conectar con todo aquello que alienta en el cosmos.

Pasado un pequeño espacio de tiempo, se levantó como si despertara de un sueño, para continuar:

-Ahora sí, Atlante, respira hondo y toma la energía de este lugar. Te hará falta porque hoy vas a soportar muchas emociones, conocerás parte de todo aquello que te viene preocupando.

Luego emprendió la marcha, sin más, para regresar a casa. Era temprano y aunque no habíamos desayunado, me sentía alegre, renovado y con una cierta euforia que trataba de reprimir. ¿De dónde procedía aquel estado especial que me invadía como si se tratara de un fluido energético? ¿Procedía de la tierra? ¿De las plantas? ¿Del padrino? La llegada a casa cortó mis divagaciones.

Mientras desayunábamos, el padrino habló de nuestra próxima excursión a los alrededores de San Mateo.

-No esperes -le dijo a su esposa-. Es posible que nos quedemos a comer en casa de algún amigo.

En septiembre aún es verano en la isla y ese día se presentaba hermoso, soleado, benigno.

Grumete y Atlante constituían los dos apodos con los que el *aristócrata*, indistintamente, acostumbraba llamarme.

Desde el baño, su voz clara, precisa, sonando como si viniese desde más allá de las montañas, me habló:

-¡Grumete!, toma mi maletín, algo para cubrir tu cabeza y ¡en marcha!

-Este jovencito -intervino la madrina-no está acostumbrado a largas caminatas. Creo que deben llevar a Maclovio.

-Llevaremos a Maclovio -contestó al tiempo que salía por la puerta de la calle.

Maclovio se llamaba el caballo del *aristócrata*. A unos cien metros de la casa se encontraba el establo, que compartía con otros equinos, a los que cuidaba un tal Donato.

Mientras «Don Ato», como él le llamaba, ponía a punto y ensillaba a Maclovio, emprendimos el camino a pie. Una vez terminada la operación, «Don Ato» daría una palmada en las ancas de Maclovio y éste se nos uniría en el camino.

En el cruce de Las Lagunetas y La Lechucilla, esperamos a Maclovio.

Llegó al trote moviendo la cabeza y, lanzando pequeños relinchos de alegría, se situó entre los dos. El *aristócrata* lo acarició largo rato mientras me preguntaba si estaba cansado.

Presintiendo que tenía que decirme algo importante, contesté que no. Su cara se había camuflado con la seriedad del secreto confidencial.

-Muy bien -dijo-, cabalgaré un rato.

Y tomando el maletín que yo llevaba, montó a Maclovio ágil y elegante, tal y como lo hubiese podido hacer un consumado *gentleman*.

Polainas de cuero, pantalón de montar y chaqueta oscura hacían que, sobre Maclovio, pareciera la efigie de un conquistador a la caza de mundos desconocidos.

Elegante y sin afectación, estaba en su elemento. Su semblante se había tornado grave y sus ojos azules se confundían con el celeste límpido del cielo, en aquel segundo día del otoño.

-¡Grumete!

Su voz sonaba con una tonalidad distinta a la habitual. En aquel momento imaginé que así había de ser el timbre de voz en los discursos trascendentales o en las profecías; aunque tal efecto se podría achacar a la conjunción de vibraciones entre caballo y caballero, o a la altura. Su voz, luego de llamarme Grumete para llamar mi atención, rompió mis cavilaciones.

-Habrás notado que hemos doblado hacia La Lechucilla en vez de seguir derecho.

-¡Sí, padrino!

-Pues bien, todo lo que veas y oigas mientras permanezcas a mi lado, no debe saberlo nadie.

-De acuerdo -contesté.

-Quiero que me lo prometas formalmente.

-Te lo prometo, padrino.

-Si en casa llegasen a preguntarte algo sobre personas o lugares, di que me pregunten a mí. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, padrino.

Bajo un gran castaño, que ya había comenzado a desprenderse de sus hojas, el *aristócrata* descendió enganchando la brida de Maclovio a la montura.

-¿Recuerdas? -dijo, sentándose sobre unas piedras e invitándome a hacer lo mismo-. Un día no muy lejano en que contestando a una pregunta tuya sobre mi extraña experiencia en la mar, te contesté que «antes tendrías que crecer y hacerte fuerte» -afirmé con la cabeza, en el colmo de mi interés-. Pues bien -continuó-, se acerca el momento en que conocerás esa experiencia. ¿Sabes nadar?

-Un poco -contesté.

-Pues debes agregar a tu preparación física el dominar la natación como un pez. Ya te dejaré un librito que te ayudará a hacerte un buen nadador y un buen marinero. Mientras, no olvides mis consejos.

Con un silbido llamó a Maclovio y me ayudó a montar.

-Deja la rienda suelta -dijo-, él se adaptará a mi paso.

Continuamos andando en la misma dirección unos quince minutos. Luego, doblamos a la derecha tomando un sendero estrecho, algo escabroso y empinado. Maclovio parecía conocer el camino, pues posaba cada pata en el lugar justo y sin titubeos.

El Sol a mitad de camino entre el naciente y el cenit, nos daba de lleno en la espalda. El lugar era de una belleza paradisíaca. Algunas casas distantes salpicaban de blanco la tupida y heterogénea vegetación

De pronto, y al terminar un repecho, apareció ante mí una espléndida vivienda de dos plantas casi tapada por enormes castaños. Una parra sombreaba el patio que daba entrada a la misma. Una mesa redonda, frutas, flores y cuatro sillas. Maclovio se encaminó derecho hacia la entrada y ahí se paró como si aquel fuese el lugar de su cita, por lo que deduje que no era su primera visita al lugar.

El *aristócrata* batió palmas y yo bajé de mi cabalgadura.

-Atalo a ese árbol -me indicó señalando hacia la derecha de la entrada.

Al volverme para reunirme con él, una vez que hube atado a Maclovio, quedé como la mujer de Lot; pero esta vez la estatua era de carne y hueso. Todo mi organismo quedó en suspenso, mientras oleadas sucesivas de sangre encendían mi rostro que se había puesto serio e impenetrable como una letra vencida. La inglesita de ojos azules, melena rubia y curvas sinuosamente atrevidas, resaltadas ahora por frescas y ligeras ropas, retenía ambas manos del *aristócrata* entre las suyas. Frente a frente, los dos pares de ojos azules se extasiaban y parecían vibrar entrelazados. Sonriente el *aristócrata*, dominaba la escena desde su uno ochenta y cinco de altura.

Receptiva y pródiga en atributos, la inglesita, en su uno setenta. Representaba unos cuarenta años y era hermosa desde la cabeza hasta los pies. A pesar de mis encontrados sentimientos y del encono momentáneo, reconocía que era toda una belleza. Disimulé acariciando a Maclovio hasta que el largo saludo, plagado de mieles y risas, terminara. Me asaltó el recuerdo de la promesa que acababa de hacerle al padrino: «Nada de lo que veas y oigas debe salir de tus labios». Mi encumbrado héroe se tambaleó en su pedestal. La duda, sobre lo que mi fantasía ligera y rápida sospechaba, quedó frenada por cierta prudencia que dejó en suspenso mis cavilaciones.

La inglesita se dirigió hacia mí hecha una miel a cuarenta grados y tendiéndome una mano exclamó:

-¡Hola caballero! ¡Creo que ya nos conocemos!

Yo, hecho una «pella de gofio» sin sal, asentí con la cabeza, extendiendo mi diestra que ella acarició con sus finas y aristocráticas manos. Ante el relumbrón azul de sus ojos y el grana nacarado de su rostro, enmarcado en el rubio de su cabellera, mi pobre luminosidad de dieciséis abriles no tuvo otra opción que caer rendida, buscando refugio con la mirada en las patas de Maclovio. Su feminísimo inglés-castellano sonó tierno y dulce:

-No seas vergonzoso ¡hombre!

El *aristócrata* reía a mandíbula batiente. Gozaba con mi apocamiento.

-¿Este será nuestro grumete, Aristán?

-Así es, Milady, y se llamará Atlante, porque sobre sus jóvenes hombros sostendrá y continuará nuestros descubrimientos.

-Me agrada -contestó la inglesita sonriéndome con su aspecto dorado, robado al sol de la isla.

Yo no entendía nada y pensaba que los dos se hacían su propia novela a mi costa. Para salir de la confusa situación propuse al padrino pasear a Maclovio para que comiese algo.

-Como quieras, pásalo o suéltalo; él se las arreglará solo.

Opté por montarlo y dar un paseo para aclarar mis pensamientos. Continué el camino de subida que habíamos dejado, hasta coronar la montaña. La vista era maravillosa y dejé a Maclovio a su antojo para que se alimentase.

Mi mente absorbida por la relación extraña y misteriosa que encerraban las últimas palabras cruzadas entre el *aristócrata* y la inglesita y, pasado un tiempo que yo calculé en una hora, decidí volver. Me había hecho el firme propósito de preguntar al padrino sobre todo lo que había estado escuchando desde los primeros días de mis vacaciones. Tanto encubrimiento empezaba a preocuparme. Por otro lado, si sólo se trataba de una farsa, me sentía «cómplice bobo» de las correrías del *aristócrata* y eso no lo soportaba.

Al llegar al patio una lugareña tendía ropa recién lavada. Bajo el parral, la inglesa y el *aristócrata* frente a frente, hablaban. Sobre la mesa se extendía un gran mapa, cuadernos, libros y papeles. La inglesita escribía en un grueso cuaderno. Al oír los cascos del caballo, ambos se volvieron para saludarme. El padrino preguntó si todo había ido bien.

-Perfecto -contesté.

Continuaron con su trabajo. Até a Maclovio a una estaca y me dediqué a contemplar los alrededores de la vivienda y el panorama que abarcaba mi vista. De tanto en tanto echaba miradas recelosas a la pareja. Me chocaba tanta sonrisa, complacencias, atenciones y miradas al *aristócrata*. Las suponía mutuas, pero a éste lo tenía de espaldas y no podía observarlo.

Por la altura del sol calculé que ya era bien pasado el mediodía. El paseo me había abierto el apetito y mi estómago comenzaba a inquietarse. Matilde, que así se llamaba la mujer de servicio, me sacó de mis cavilaciones al anunciarme que, si deseaba comer, podía pasar al comedor.

-Desde luego -asentí animado.

Al pasar al lado de la pareja, la señora dirigiéndose a mí, amablemente, dijo:

-Nosotros lo haremos más tarde. Buen provecho -agregó sonriente.

Era evidente que deseaban permanecer a solas. El padrino me deseó lo mismo y yo contesté con un «gracias» seco y desabrido.

Precedido por Matilde atravesé un salón pequeño. Había libros, mapas y papeles desordenados sobre una mesa. Una ventana abierta. La imagen de un barco pequeño clavada en la pared y algunas leyendas, escritas sobre cartulina de distintos colores, en español y en inglés, es todo lo que pude apreciar en mi paso hacia el comedor.

Matilde, humilde y solícita, me indicó:

-Siéntese, por favor, que ya le sirvo.

Pude ver una mesa monacal, cuatro taburetes antiguos, un frutero abarrotado de frutas frescas y una canastilla de confección manual hecha con astillas de caña y repleta de frutos secos. Enfrente, colgado en la pared, un barco parecido o igual al que había visto en el salón. En su proa se leía: Arcano II.

Matilde entró y extendió un mantel. Colocó sobre él una gran hoja de ñamera de un color verde subido que al abrirse dejó a la vista una «pella» de manteca casera. Al lado en un plato colocó un queso del país «hecho el día anterior», según me dijo Matilde que, de paso, me informó del menú: potaje canario, ensalada y pescado a la marinera.

Continué con la inspección del lugar. A ambos lados del cuadro con la embarcación, había dos cartulinas blancas con leyendas escritas en tinta china. Estaban unidas a la bandera del palo mayor por una cinta blanca. La de la izquierda decía: «Atlantaria»; la otra: «Somos gentes de paz».

Mientras comía escuchaba que los dos «enamorados» (idea que iba tomando cuerpo en mi pensamiento) no se daban tregua en la charla. A través de la ventana abierta llegaban hasta mí ininteligibles retazos de su conversación. La inglesita preguntaba sin cesar.

Algunas palabras sueltas, por muy repetidas, como falucho, telepatía, atlantarios, Arcano II quedaron en mi memoria.

A punto de terminar mi segundo plato, el *aristócrata* entró colocándose detrás de mi asiento. Mientras masajeaba mis hombros con ambas manos, preguntó:

-¿Qué tal la comida, grumetillo?

Sus palabras estaban cargadas de alegría y entusiasmo.

-Muy bueno todo -contesté.

-¿Te gusta ese pequeño barco que tienes enfrente?

-Me parece muy hermoso.

-Pues quiero -prosiguió- que te conviertas en un buen grumete, porque pronto navegaremos en él.

-¿Quién es el propietario? -pregunté.

-La señora -contestó a secas.

Ésta, que había entrado en aquel momento, se dispuso a tomar asiento en el extremo de la mesa, frente al *aristócrata*. Creí oportuno levantarme mientras él le acercaba el taburete.

-Gracias -dijo regalándonos agradables sonrisas a ambos. Yo había quedado en medio de los dos y enfrente del yate.

Recuerdo los rostros de aquel instante. Ambos reflejaban la euforia de los visionarios que alimentan mutuamente sus sueños, creando, completando y dando forma a lo que yo pensaba eran alucinantes utopías. Plasmando lo que creían realidad, en sus mentes acaloradas, y volcándolo y proyectándolo sobre el papel, semejaban seres situados en otro plano.

Transcurrido un tiempo y a pesar de mis dudas e incredulidad, vi concretarse en hechos reales mucho más de lo que se habló o se soñó durante aquellos días. En el transcurso del almuerzo y la sobremesa, hablaron continuamente sobre la empresa que pensaban realizar. Por lo que pude deducir todo transcurría sobre el mar, teniendo como base de operaciones el Arcano II, cuyas líneas reflejadas en el cuadro que tenía enfrente, atraían cada vez más mi atención.

Hablaron del archipiélago canario, de su origen, de la Atlántida sumergida y de lo que parecía una raza o un pueblo, a quienes llamaban atlantarios. De su extraña forma de vida, experiencias telepáticas, pacifismo, hombres que volaban y de una serie de informaciones que, al parecer, sólo el *aristócrata* conocía.

Recordé lo que él llamaba «sublime experiencia» sobre el mar y mi interés al relacionar hechos y comentarios subió a tope.

Él tomó la palabra y, refiriéndose a mí, dijo:

-Atlante está enterado y de acuerdo en navegar con nosotros.

La inglesita, cuyo nombre aún no conocía, expresándose en una mezcla agrídulce de español-inglés, contestó:

-¡Ah..!, muy bien, Atlante.

Su sonrisa era encantadora. Lástima, pues era inglesa y ante su nariz yo sólo veía el peñón de Gibraltar. Lamentable, pero la culpa de mi obsesión gibraltareña la tenía aquel maestro andaluz que diariamente nos fustigaba con sus diatribas. La más recordada, decía: «Gibraltar conforma la integridad natural y física de España. Ningún cuerpo físico puede cumplir normalmente sus funciones si le amputan uno de sus miembros».

-Gibraltar -continuaba obsesivo, apasionado- es la «chola» de España. Colonialistas recalcitrantes van dejando «cholas» o tetas para disimular su voracidad de dominio, por todos los continentes. Cuando no pueden dejar «cholas» o tetas se prenden, aunque sea del dedo gordo del pie derecho. Siempre de la derecha pierna, única enajenable o negociable; pues la pobre izquierda, generalmente pobre por el torpe uso, queda en el desván de los rezagados. Resumiendo -seguía ya en el plano del poseso-, la finalidad consiste en ir dejando estratégicos apéndices, humillantes vestigios para los pueblos que aún sufren su patológico imperialismo.

Todas estas explicaciones y algunas más tuve que dar a la inglesita luego que, con su sonrisa encantadora y sus derretidos y azules ojos, me lanzara un estoque a fondo.

-¿Puedes explicarme el origen de tu encono y resabios hacia nosotros los «ingleses»?

Luego que hube terminado mi monserga, con todos los calores y colores que sentía caminar por mi cara, la inglesita estaba seria.

-¡Ah... querido Atlante, me gustaría conocer a ese maestro para felicitarle -era la primera persona que no había reído de los desahogos del maestro andaluz-. Hace más de doscientos años que

estamos en el Peñón -dijo con un rostro totalmente digno y preocupado-. Es una eternidad, pero si durante toda esa eternidad, los maestros de España y, por consiguiente en todos los hogares españoles, hubiese prendido ese mismo pensamiento, energizado y sostenido, pienso que ya no estaríamos allí.

-¿Qué significa -continuó- esa palabra «chola»?

-Perdón, milady -exclamó el *aristócrata* riendo y mirando al mapa del archipiélago que tenía enfrente, justo sobre la dorada cabecita de la señora-. En algunos pueblos de la isla, esa palabra significa pene.

-¡Ah! -exclamó la inglesita, llevándose ambas manos a su abundante cabellera rubia para, a continuación, prorrumpir en una risa sin cortesías, que todos coreamos. Terminábamos de tomar el café y nuestra «lady» aún reía sin poder controlarse.

-Así que: ¿Gibraltar, teta, chola, dedo gordo pie? Simpático maestro andaluz.

Evidentemente ella quería proseguir la «parranda». Reía con el *aristócrata* y sus lágrimas humedecían el azul de sus ojazos, que parecían lagunas enmarcadas en almendrados moldes.

-¡Oh là là! -dijo mirando su reloj de pulsera.

El *aristócrata* también había sacado el suyo de bolsillo.

-Se nos ha hecho algo tarde.

-Creo -dijeron a un tiempo y seguía la risa a dúo.

-Creo -dijo la señora- que debemos concretar algunas consignas para Atlante.

-Quiero, Atlante -remarcó en tono convincente-, que prestes toda tu atención. La expedición que planeamos realizar estará compuesta por cuatro o cinco personas. Tú entre ellas.

Para poder tomar parte en ella -continuó- la primera e inexcusable

sable condición es no solamente ser persona de paz, sino practicarla con todos los seres que componen la naturaleza: personas, animales, plantas, etc. Debemos ser moralmente íntegros. Las tierras que pensamos descubrir están habitadas por seres que, en determinadas condiciones, pueden leer nuestros pensamientos a kilómetros de distancia. Ellos han logrado un desarrollo mental asombroso. Su plano intelectual está quizás a cientos o miles de años de nosotros.

Todo lo que te cuento, Atlante, es parte de un mensaje dirigido a mi padre. Mensaje que ellos, los atlantarios, dieron a Demetrio y Aristán, únicos terrestres a quienes han permitido el acceso a Atlantaria.

Suponemos que Atlantaria, como «ellos» la llaman, es lo que en las crónicas sobre la Historia de las Islas Canarias se dio en llamar «Isla de San Borondón».

De todo lo que Aristán y Demetrio pudieron observar, sólo sabemos que existe, que tienen una civilización superior y que desean comunicarse con mi padre Sir Thomas Walker, científico que dedicó su vida y su fortuna a investigar el origen y evolución del universo. He estado toda mi vida a su lado y soy, junto con mi esposo, la continuadora de su obra. «Ellos» están de acuerdo en que seamos nosotros los herederos de ese «mensaje» y es por ese motivo que estamos aquí, tratando de organizar la expedición para cumplir con el mandato de los atlantarios. Demás está decirte que todo esto tiene un carácter supersecreto y que sólo cinco personas compondrán el equipo: mi esposo, Aristán, Demetrio, tú y yo.

El *aristócrata* intervino para disculparse por no haberme dado a conocer, en su momento, los nombres de la señora y de su esposo.

-Ella se llama Eileen y su esposo Peter Carrison, a quien pronto tendrás el gusto de conocer así como a Demetrio.

Mrs. Eileen Carrison, a quien ya miraba como a una inglesa amable y encantadora, se enfrentó al *aristócrata* para advertirle de la conveniencia de que fuese él quien me relatase su encuentro con los atlantarios. Este alegó que ambos poseían los mismos antecedentes; pero ella insistió en que deseaba escuchar nuevamente el relato de sus labios con el fin de reajustar datos.

El *aristócrata* se acomodó en su asiento, tomó el último sorbo de café y cerró los ojos por unos segundos, como si necesitase traer a su memoria los acontecimientos que iba a relatar.

-«Corría la primera quincena del mes de marzo de mil novecientos treinta y seis y hacía ya varios años que yo vivía en este pueblo, con mi familia.

Demetrio y Sebastián, a quien llamábamos «Bastiano», eran mis amigos de la juventud y de mis tiempos de marinero. Juntos habíamos navegado a través de medio mundo y soñado con el otro medio. Nuestra amistad se había mantenido incólume a través de los años y de mis cambios, pues una vez que me casé, alternaba mi profesión de practicante y sacamuelas, con la de marinero. Profesión ésta que, desde mi niñez, me atraía fuertemente. El mar, su horizonte infinito y la incesante aventura que entrañaba, me subyugaban, atándome a su ignota inmensidad.

Una vez por año o más, según nos apeteciera, nos tomábamos vacaciones. Estas consistían en apartarnos de la ciudad y con el falucho, los aparejos de pesca y provisiones; nos íbamos a otra isla: Lanzarote, Fuerteventura o Tenerife. A veces a un lugar apartado de nuestra isla y allí nos quedábamos por quince o veinte días disfrutando del mar, de la pesca o simplemente descansando en la pacífica soledad de algún rincón escondido.

Esta vez habíamos decidido visitar alguna de las islas que desconocíamos, La Palma, Gomera o Hierro.

Reacondicionamos el falucho con todos sus implementos, lo avituallamos convenientemente y decidimos partir en la primera quincena del mes de marzo. Llegaríamos hasta la isla de la Gomera, muy cercana al sur de Tenerife.

El único tema de discordia entre los tres, lo constituían las «copas» de Bastiano, quien contaba con 36 años de edad, pues le gustaba «empinar el codo», aunque me respetaba bastante, pienso que debido a mi mayor edad, ya que yo tenía entonces 48 años. En cuanto a Demetrio, de 31 años, no existía problema alguno. Sano y robusto -también lo era Bastiano- sólo le atraía por entonces el mar y todo lo que con él se relacionase.

Dos «roncotes», solteros ambos, bonachones, pacíficos y sin ataduras de faldas; poseían los elementos básicos para correr tras el desafío latente, arriesgado y a veces legendario o fabuloso del inacabable mar".

Existen seres humanos a quienes ocurren experiencias que, por lo insólitas e inusuales, pasan por la criba corriente de la época, ante sonrisas de incredulidad por lo fabuloso o legendario de éstas, hasta que otros hechos, en otros tiempos, van dando forma a una realidad que se asumió como inconcebible.

III. SUBLIME EXPERIENCIA

-"Pues bien -continuó el *aristócrata*, luego de avivar su habano «Partagás»-, una vez preparado y provisto de víveres suficientes el «Pacificador de los Mares», que así se llamaba el falucho, despegamos de Las Palmas un viernes bien temprano, tratando de navegar todo el día. El plan previsto consistía en cubrir en una primera etapa el trayecto hasta la Aldea de San Nicolás. Si los vientos no se presentaban favorables, pernoctaríamos en Sardina o en el puerto de Las Nieves (Agaete).

El viento norte nos dio de través durante la travesía hasta Sardina. Con mar ligeramente rizada el «Pacificador» se mantuvo toda la mañana a buena marcha. Almorzábamos cuando doblamos la punta de Sardina y ya anochecido atracamos en el puerto de Las Nieves.

No me detendré, Atlante, en detallarte las peripecias del viaje. Son las propias de cualquier navegación a vela, en una embarcación de similares características. Sólo te comentaré que, tanto Demetrio como yo, aparte de nuestra continua brega mientras duró la aventura, tuvimos que batallar para mantener a «raya» a Bastiano, en lo concerniente a sus incontroladas libaciones de ron.

Al siguiente día, luego de dormir en «El Pacificador de los Mares» al arrullo de las olas de Agaete, nos despertamos con un sol acariciante. Después de dieciséis horas de navegar, azotados por

un viento continuo en la anterior etapa, el día nos parecía excelente. Quizás no tanto para navegar, pero teníamos un trecho corto hasta San Nicolás que lo haríamos costeano.

Sobrados de tiempo echamos la red y el producto de la pesca nos permitió canjear pescado por otros víveres.

Llegamos al puerto de San Nicolás de Tolentino, anocheciendo. Decidimos descansar el siguiente día, domingo, para preparar el salto a la isla de Tenerife, empresa algo más arriesgada, aunque la habíamos realizado en varias ocasiones por pura aventura.

El lunes a las cinco de la mañana, zarpamos del puerto de San Nicolás. Calculamos que navegando durante todo el día, con tiempo propicio, estaríamos muy cerca de las costas de Tenerife al llegar la noche. Seguíamos los caminos del Sol (E.O.). El viento había amainado, pero la brisa era suficiente para hinchar la vela latina empujándonos suavemente hacia nuestra meta.

Según Demetrio, a quien le habían salido los dientes navegando, tendríamos que dejar a nuestra derecha el faro de Punta Abona (Tenerife), siguiendo rumbo Sur hasta el extremo austral de la isla en busca del faro de La Rasca, por el que nos guiaríamos. Al atardecer divisamos con toda claridad las costas de Tenerife y decidimos navegar toda la noche para aprovechar el buen tiempo. Nuestro derrotero era doblar el sur de la isla y llegar a Los Cristianos.

Dispusimos tres turnos de vigía y nos fuimos a dormir. Cuando me despertó Demetrio para hacer el último turno, eran las cuatro y habíamos sobrepasado el faro de Punta Abona. Me puso al tanto de la situación. Le parecía que estábamos frente a la playa del Médano.

Pasando la montaña de Punta Roja que tenemos enfrente -dijo-, tendrá que distinguir el faro de La Rasca. El tiempo es bueno, no se acerque a tierra y si se levanta viento fuerte, arríe la vela. Con estas recomendaciones se fue a dormir.

Cuando el sol recortaba las alturas de nuestra isla de Gran Canaria, tratando de salir detrás de ellas, yo rodeaba Punta Roja y el faro de La Rasca emitía aún sus destellos.

Navegamos todo el día, arribando al puerto de Los Cristianos anocheciendo. Habíamos tenido una buena travesía y el «Pacificador de los Mares» se había granjeado nuestro amor. En Los Cristianos decidiríamos nuestro destino definitivo, luego de tomarnos un descanso y proveernos de agua y víveres".

Metido ya en el relato, el padrino pidió agua. Estaba un tanto emocionado. Yo me levanté para servirla.

Mrs. Eileen Carrison había abierto un libro, viejo y manoseado, dentro del cual observé varios papeles con anotaciones, recortes de periódicos y fotos. Lo usaba continuamente para consultar o tomar apuntes.

Mientras servía el agua leí su título: «The history of the discovery and conquest of the Canary Islands, translated from a Spanish manuscript, lately found in the Island of Palma. -George Glas -1764- Londres». Posteriormente, al finalizar aquella jornada, el padrino me confirmaría que se trataba de una traducción de «La historia de la conquista de las siete islas Canarias» por Fray Juan de Abreu Galindo.

Con la jarra de agua en mis manos y desde mi asiento, alcancé a leer sobre la pared de enfrente: «Amo al sol, al viento, a la lluvia, a los astros y a todos los seres que pueblan el universo». Existían otros escritos que no pude leer pues el *aristócrata* continuaba con su narración. En mí quedó la sensación de que las leyendas que colgaban de la pared, tenían alguna relación con Atlantaria.

El *aristócrata* estaba nervioso y excitado: ¿Teníamos en puertas la narración de la «sublime experiencia» o eran los efectos convergentes de comida, café, habano y aquella «beldad» a quien él llamaba Mrs. Carrison o milady? Aunque trataba de relajarse y aparecer sereno, lo conseguía solo a medias.

-«En Los Cristianos -prosiguió- nos detuvimos dos días. Unos amigos nos proporcionaron lugar para descansar cómodamente y reponer energías. El puerto de Los Cristianos había sido la meta de una de nuestras últimas correrías. La playa y los amigos nos habían retenido un mes en aquella oportunidad.

Contentos y animados por estos amigos, ratificamos lo que ya habíamos decidido, o sea que el lugar ideal para nuestras vacaciones era la isla de La Gomera, por desconocida para los tres y porque desde Los Cristianos parecía estar al alcance de la mano. Calculamos que el falucho tardaría un día solar hasta San Sebastián, su capital.

Emprendimos viaje, rumbo E.O. El día se presentaba magnífico y todo hacía presagiar que arribaríamos a La Gomera sin novedad. Una brisa suave soplaba del Sur y si bien el «Pacificador» se movía lentamente, teníamos todo el día y aún toda la noche para alcanzar nuestro fin.

Eufóricos y regalones de la suerte que nos había acompañado durante todo el viaje, vivíamos confiados y alegres. Bastiano se dormía y despertaba con su inseparable biberón de ron, que ni Demetrio ni yo compartíamos. Con el pensamiento ocupado en nuestro destino, hacíamos planes para nuestras vacaciones un tanto extrañas. Ni por asomo se nos ocurriría pensar que en aquel viaje jamás tocaríamos tierra gomera.

Cuando el sol alcanzó nuestra vertical, la brisa dejó de soplar por completo. Demetrio hablaba de «calma chicha». Bastiano comentaba algo desolado que aquello no era «ni chicha ni limoná», pues el falucho se movía lentamente en dirección Noroeste. Todos lo habíamos constatado.

Pececillos y otros no tan «pececillos», saltaban a nuestro alrededor como si le tomaran el pelo a nuestras cavilaciones y «cabildeos». El chapoteo del agua al saltar y chapucear en ella continuamente, parecía la risa cristalina de alguna sirena, cachonda y divertida, ante el desasosiego de tres marineros robustos y con gran reserva de energías.

El Teide se divisaba a nuestras espaldas. Su cúspide sobresalía sobre un collar de nubes que, en aquel momento, semejaban el cáliz y corola de una flor pétrea. Pensábamos que nuestra situación de trayecto era aproximadamente mitad de camino entre Tenerife y La Gomera. El panorama que nos rodeaba era hermoso y tonificante, si nos hubiésemos podido despojar de un cierto te-

mor que, como bichito del desasosiego, hurgaba en la pila de nuestros miedos.

Decidimos comer. Era lo mejor que podíamos hacer luego de aceptar un aperitivo de Bastiano. La botella de ron pasó de mano en mano antes de sentarnos.

Y, sin embargo, se mueve ¡coño! -exclamó Bastiano con la vista perdida en un punto lejano-. Hemos entrado en una corriente y si no logramos salir de ella, sabe Dios a dónde nos llevará -agregó el báquico Bastiano.

Y empezó a comer ávido, como si de pronto se le hubiese ocurrido el quehacer de la urgencia salvadora.

Comimos y, mientras lo hacíamos, comprobamos que nos movíamos, con la impresión de que a medida que pasaba el tiempo la velocidad aumentaba.

Luego de prender su cigarrillo, Bastiano tomó el timón y trató de hacer virar el barco hacia la izquierda, que era nuestro destino. Poco o nada ganaba el «Pacificador» con la tarea de Bastiano. La corriente era «grossa» y nos arrastraba hacia el Norte indefectiblemente. No nos percatábamos exactamente de su intensidad, porque todo el mar que divisábamos se movía con nosotros.

Bastiano entregó el timón a Demetrio, con la advertencia de que continuara insistiendo en salirnos de la corriente, forzando el rumbo hacia el Oeste. Éste que era el más joven, quedó al mando del falucho. Bastiano se fue con su botella a dormir la siesta y yo, convencido de que nada se podía hacer, me fui a sestear un poco con el pensamiento confuso. Confiaba en que «las estrellas guiarían nuestros destinos». Mi reloj marcaba las dieciséis horas antes de dormirme y la esperanza se durmió conmigo.

Los gritos de Demetrio llamando a Bastiano me despertaron. Éste dormía a mi lado como un tronco. La botella de ron estaba a su lado casi vacía. Roncaba. Me incorporé tratando de mirar el reloj, pues parecía estar anocheciendo. Las cinco y media. Miré a Demetrio, que sin hablar, me indicaba con su cabeza los nubarrones que nos envolvían. Azorado y agarrado a la caña del timón.

su cara parecía un enorme signo de interrogación silenciosa, pidiendo a gritos callados una explicación a lo que nos sucedía.

Se había puesto su gabán impermeable y había enrollado y asegurado la vela. Me puse en pie y miré en derredor. El «Pacificador» no se deslizaba, sin embargo corría con el volumen de agua que nos rodeaba a una velocidad apreciable. Los nubarrones parecían quietos. No se había levantado viento, pero el panorama era preocupante. Tratando de tranquilizar a Demetrio comenté:

-Mientras sigamos así no podemos perder la calma.

-Si somos gente trabajadora, honrados y pacíficos -contestó-, ¿por qué Dios nos manda esta prueba?

Casi gemía el pobre Demetrio. Estaba realmente asustado. Yo empezaba a estarlo, pero había que tratar de sobreponerse. Ante lo inevitable no había otro camino que oponer nuestra bravura, nuestra hombría, nuestras ganas de sobrevivir peleando.

-Deja el timón -le dije- y tratemos de asegurar todo lo que hay suelto.

Así lo hicimos. Comida y agua apenas alcanzarían para tres días bien administradas.

Algo más calmado me informó que, mientras hubo luz y pudo orientarse por el reflejo del sol, habíamos dejado el Teide bien al sur. Para él habíamos sobrepasado la isla de La Gomera y la dirección constante era hacia el Norte. Antes de mi siesta, le aseguré que de acuerdo al Sol y a la posición de las islas, la dirección que seguíamos era Noroeste.

-¡Vaya Vd. a saber a dónde nos llevará todo esto! El Señor tenga compasión de nosotros.

-No te preocupes ¡hombre! Ya verás que todo sale bien.

-Mire allá Don Aristán, los celajes amarillos. Mi padre siempre decía: «Celajes amarillos a la puesta del sol, de lluvias o vientos presagios son». Soy hombre de paz -prosiguió- y no quisiera luchar ni siquiera con una tormenta, que si Dios la manda bien «mandá» está.

Cuando Demetrio hablaba tanto, era que el miedo realmente le aguijoneaba.

-Cálmate -le dije-, hasta ahora no nos podemos quejar.

Miré la hora. Las diecinueve. Me calé mi impermeable y eché sobre Bastiano el suyo.

-Si todo sigue igual -dije a Demetrio-, a las diez despertamos a Bastiano para que haga el primer turno.

Añadiré que aquella noche pasó sin novedad.

El día nos sorprendió en la misma situación. Seguíamos a lomos de una corriente que parecía no tener fin. Se había levantado un viento más acelerado que la corriente. Todo se movía en el mismo ritmo y dirección. Agua, viento, nubarrones y el valiente «Pacificador de los Mares» parecían tener el mismo destino.

Dieciséis horas del segundo día de navegación y continuábamos en las mismas condiciones. Frugal la comida que calculábamos para un par de días más. El agua podía alcanzar para unos cuatro o cinco días.

-¿A dónde podemos llegar si continuamos así? -aventuró Demetrio.

-Pues hombre, suponiendo que sigamos el rumbo N.O. podemos tropezar con La Palma. Si hacia el Norte, alguna de las Madeira o la isla Salvaje. Todo puede ocurrir. No tenemos una sola estrella para orientarnos, así que todo es supuesto; aunque tengo plena confianza -agregué para llevar un poco de tranquilidad a los dos-, que esto terminará bien. Tengamos fe en que así debe ser y pensemos continuamente los tres que hemos de llegar a algún lugar sanos y salvos.

Les endilgué algunos pensamientos esperanzadores y los hombres quedaron tranquilos, pero el tiempo empeoraba. El viento se había convertido en ráfagas que comenzaron a mover el mar amenazadoramente. El diminuto «Pacificador» me pareció tan indefenso y precario que empecé a temer por nuestras vidas. Faltaba la lluvia y ésta no tardaría en presentarse. Sin embargo, pasadas

las veintidós horas nos azotaban las ráfagas de agua de las olas y algunas lloviznas, pero la lluvia armada como tal no se había desatado. Habíamos aprestado los cacharros para el achique y un par de mangueras atadas a babor y estribor para hacer sifón en caso necesario.

Bastiano tomó el puesto con su última botella de ron. Demetrio y yo nos tendimos a descansar. Los rezos de mi compañero no cesaron mientras tuve los ojos abiertos. Los vocablos de Paz y Dios runruneaban en mis oídos hasta que me dormí.

No hizo falta que Demetrio me despertase. El frío se le había adelantado. Antes de las cuatro, madrugada del tercer día del angustioso acontecimiento, yo estaba golpeándole la espalda para que se fuese a dormir. Temblaba el pobrecillo. Le dije que arrebataste la botella a Bastiano. Los dos aplacamos el frío con un buen trago. ¡Qué raro! -pensé-, la botella estaba casi llena. Bastiano roncaba como un angelito.

La negrura era tal que resultaba inútil empeñarse en mirar a ningún lado. Esperar y esperanza gastaban nuestras fuerzas y el desánimo se presentaba a intervalos, aunque tratásemos de rechazarlo con todos nuestros arrestos. Llevábamos diez días desde nuestra salida de Las Palmas. En mis cálculos era domingo.

Cierta claridad me confirmó que habíamos entrado en el tercer día de navegación borrascosa. ¿Resistiríamos el frío y la falta de una alimentación regular, que ya se empezaba a escasear? Eran las nueve y treinta horas. Los dos compañeros dormían. La parte más baja del falucho tenía unos cinco centímetros de agua. Una llovizna pertinaz se había desatado hacía ya más de una hora. Sorbí por una de las mangueras y la dejé caer al mar por la parte más larga para desagotar. No quería despertar a los muchachos. Era importante descansar.

El día transcurrió con el empeoramiento de los elementos. Achicábamos agua sin cesar. El «Pacificador» corría a causa de la ventisca como si tuviese alas. Las cinco de la tarde. Demetrio y yo estábamos agarrados al mástil, mientras Bastiano sentado, achicaba agua a la par de las dos mangueras.

-Haría falta un buen «tanganazo» de ron, Bastiano -aventuró Demetrio que tiritaba de frío.

-Creo que tendríamos que racionar lo poco que queda en esa última botella -dije más bien por llenar el vacío aterrador que se cerraba a nuestro alrededor.

-¡La última! -gritó Bastiano para hacerse oír a través del viento que aullaba terroríficamente- ¡La última! -repitió con sorna- ¡Marineros de agua dulce! ¡Recoño! -y su voz deformada por el capuchón que tenía calado hasta la barbilla y por el viento que recortaba las sílabas parecía el ulular de una sirena beoda-. Creo que tengo otra escondida. ¡Carajo! ¡Tomad! -dijo ofreciéndonos la botella- y aprended que para llegar a marinero hay que haber «noviado» con la botella del ron. Queda bien claro que digo «noviado» y no «casado».

El ron llevó calor a nuestros agarrotados miembros. Comimos plátanos, pan y pescado seco. Nos disponíamos a pasar otra noche. La más horrible y desesperanzadora.

La lluvia arreciaba, el viento se había desatado sin piedad y el oleaje que hasta entonces se había mantenido prudente, comenzó a levantarse como verdaderas montañas de agua. El falucho saltaba como un pez maltratado. Bastiano se había apoderado de la caña del timón empeñado en sortear tamaña monstruosidad. Demetrio, sentado en el suelo y agarrado al mástil con ambas piernas, trataba de seguir achicando el agua. Yo seguía agarrado al palo y mis rodillas descansaban sobre los hombros de Demetrio a fin de que los barquinazos del falucho no lo despidieran. Truenos y relámpagos cruzaban los aires y el estruendo de la borrasca era tal, que ya sólo esperábamos el fin.

En un momento en que los relámpagos iluminaron el interior del falucho, observé que Bastiano no estaba en el timón. Lo llamé con todas mis fuerzas y apreté mis rodillas aún más contra los hombros de Demetrio, temiendo que hubiese desaparecido. Continué gritándole, pero sólo los bramidos de la tormenta contestaban mis alaridos.

-¡Aristán!, se lo ha tragado el mar -gritó Demetrio que lloraba sin dejar de achicar agua.

Sus gemidos acabaron con mi fortaleza. Me dejé escurrir y apretado contra sus espaldas, cerré los ojos esperando el fin. El falucho, increíblemente, continuaba saltando como caballo azotado. Demetrio no dejaba de sollozar y yo creo que también lloraba.

Pasado un buen espacio de tiempo, abrí los ojos tratando de ver en la oscuridad y tuve la impresión de que nos desplazábamos por un túnel de agua, que el falucho lo atravesaba dando vueltas en espiral, que el agua que nos llegaba a la cintura sentados se había vaciado totalmente y que la tormenta poco a poco alejaba sus ruidos ensordecedores.

-¡Demetrio! -llamé con un grito estentóreo- ¡mira!

Ambos observamos incrédulos. Ciertamente nos deslizábamos dentro de un túnel bordeado en toda su superficie por aguas destellantes que paliaban, en parte, la negrura de la noche agrandada por los miedos. El falucho corría velozmente por entre destellos de luz y sombras en una línea recta que parecía no tener fin. Atónitos y tensos mirábamos a todas partes esperando el desenlace de aquella carrera.

¿Estaríamos vivos? -me preguntaba inquieto-. Sacudía mi cabeza y apretaba con fuerza los hombros de Demetrio pretendiendo cerciorarme de ello.

Al borde ya de la histeria o de la desesperación, di un tremendo grito.

-¡Demetrio!

-¿Qué pasa, Aristán?

-Pero... -continué alterado-. ¿Es que estamos vivos?

Como si esta palabra poseyese un conjuro mágico, los dos nos incorporamos de golpe y, agarrados del mastelero gritando como dos locos, nos abrazamos sin dejar de repetir: ¡Estamos vivos! ¡Milagro! ¡Estamos vivos!

Nuestra primera reacción fue recorrer con la vista los rincones del falucho en busca de Bastiano

-¡Hemos perdido al amigo! -fueron las primeras palabras de Demetrio entre lágrimas y lamentos.

Solitarios en medio del enigma y abrazados a través del mástil, sostén firme que había sido en nuestra desgracia, lloramos la pérdida del amigo. Un bandazo del falucho, como tranvía que cambiase bruscamente de dirección, sacudió nuestras osamentas devolviéndonos a la realidad.

Habíamos ido a parar a aguas tranquilas. Una luz tenue que parecía emerger de cada objeto, facilitaba la visión. Nos deslizábamos, diría que dulcemente, si no fuese por el cúmulo de interrogantes que nos asediaban.

Una vez que nuestros ojos se habituaron a la claridad opaca de lo que parecía una luna filtrada, el espectáculo era increíble o más bien parecía sueño que realidad.

Esto debe ser Madeira o las Azores, exclamó Demetrio en el colmo de la euforia. El mar ante nosotros aparecía totalmente tranquilo y brillante. El trozo de lo que parecía tierra, que admirábamos, se veía opaco y silencioso bajo la paz lunar; pero al mismo tiempo, yo sentía una extraña sensación desconocida hasta entonces.

Observamos diminutas parcelas, que parecían estar dedicadas al cultivo y algunas sombras que semejabán árboles. El falucho seguía deslizándose suavemente y el silencio ya era inquietante. A través de él percibía algo así como el roce del agua cuando es surcada por varios objetos para nosotros invisibles. Era evidente que no estábamos solos. Añoraba la presencia de Bastia.

-¡Izad la vela! -fue como una sacudida que nos catapultase hacia algo desconocido, o como si un resorte comprimido en nuestro cerebro se soltara de golpe, o como si nuestros tímpanos golpearan sin sonido alguno, excitados por una onda especial.

Antes de que yo pudiera darme una explicación razonable de lo que sucedía, Demetrio ya estaba izando la vela. Esta se hinchó y el falucho navegó a impulsos de un chorro de aire, imaginé, puesto que la atmósfera estaba totalmente quieta. No salíamos de nuestro asombro y nos mirábamos como dos lelos.

A unos cien metros de nosotros, paralela a lo que parecía costa y a nivel del agua, divisamos una especie de línea blanca formada por el agua al chocar con lo que parecía una pared invisible y que circundaba a la isla o lo que fuese, a una distancia de unos mil metros. Demetrio coincidía en mi apreciación. Nos desplazábamos paralelos a esta línea blanca. Conforme pasaban los minutos se afianzaba en mí la impresión de que la isla estaba protegida por algo similar a una campana de cristal.

Nos habíamos sentado a ambos lados de la caña del timón, algo asustados y admirando el raro paisaje que a la extraña luz lunar, nos tenía atrapados. Algunos paneles circulares y brillantes, parecían mirar al cielo.

-¡Esto es una maravilla! -exclamó Demetrio extasiado.

-Amigo Demetrio -contesté preocupado-, esto no se parece a nada de lo que conocemos.

-Mientras no recibamos daño, Aristán, adelante y que Dios nos proteja.

Miré mi reloj de bolsillo y comprobé que se había parado a las ocho en punto. Lo comenté con Demetrio y no le dio importancia.

-Es muy seguro- le comenté.

-Os damos la bienvenida a Atlantara.

Otra sacudida mental y el repiqueteo vibratorio, que no pude determinar aún si se producía en los tímpanos o en sus inmediaciones. Aunque imperceptible, me ponía nervioso. Sin embargo, Demetrio captaba sin desconcertarse y me transmitía las órdenes antes de que yo las asimilase. Tal vez ocurría porque su cerebro era más joven, más puro o más simple que el mío.

-Encontraréis una puerta a vuestra derecha. Dirigid vuestra nave hacia ella. Una vez traspuesta, arriad la vela. Con el impulso que lleváis tratad de atracar.

La puerta, una vez traspasada, se borró sin dejar huella. Parecía ser lo que yo había pensado.

Esta vez las vibraciones fueron más suaves, mi mente más receptiva y la percepción casi perfecta. La evolución era bastante rápida a pesar de que la forma de expresarse de nuestros interlocutores era tipo cablegramas. Atracamos en un pequeño muelle. Las preguntas se me amontonaban sin poder articular ninguna.

-¿Cómo serían?

Nos sentamos a esperar órdenes.

-Llegará el momento en que vuestras preguntas serán contestadas. Mientras, debéis someteros a una purificación total del cuerpo. Descended de vuestra nave y entrad en la primera puerta que encontréis abierta.

-¿Y si realmente estuviésemos muertos? -pensaba aún mi pobre mente ya exhausta de opciones trasnochadas, mientras tocaba continuamente partes de mi cuerpo para cerciorarme de que estaba despierto y vivo.

Aquella puerta de agua y vidrio, ¿no sería la puerta del paraíso? Y si lo era ¿por qué tanto misterio? Bastiano había desaparecido, muerto probablemente mucho antes que nosotros. ¿Era por eso que no estábamos juntos? ¿Quién nos aclararía el misterio?

Sujetaba mi cabeza con ambas manos tratando de serenarme y pensar coherentemente y esto me resultaba imposible. Lo único cierto en aquel momento era que nos movíamos, que al pellizcar mi cuerpo sentía dolor y que andábamos con nuestras propias piernas. Luego y mientras caminábamos, aunque no comenté nada a Demetrio por parecerme descabellado y tonto, en mi mente

agobiada y fatigada por la ansiedad de saber, se habían marcado nítidamente cuatro silabas que no cesaban de emitir destellos intermitentes.

Aquella isla misteriosa seguramente era de la que tanto había oído hablar desde mi niñez y a la que mis mayores llamaban indistintamente «San Borondón» o «Aprositus». La hija que, por no lograda, más deseaban.

-Ella está ahí -decían algunos-. Algún día quizás esté entre nosotros.

En un principio todo era bueno. El hombre lo hizo malo. Vuestro cerebro está anquilosado y enfermo de falsos conceptos y miedos, de credos y fantasmas engendrados por la perversidad de dominio.

IV. PRIMER DÍA EN ATLANTARIA

Caminamos hacia la vegetación y el césped que se extendía frente a nosotros. Como dos catetos enmohecidos en busca de la hipotenusa, nos tomamos de la mano. Llegados del mundo de los temores y los miedos, nos parecía una suerte de protección mutua el contacto de nuestra piel. Bruscamente se abrió nuestro canal telepático.

-No tenéis nada que temer. Sólo hallaréis bondad y verdad. El mal ha sido desterrado de Atlantaria, hace miles de años.

De asombro en asombro, nos miramos a la cara.

-Encontraréis una abertura en el césped. Entrad por ella.

Efectivamente, a unos cinco metros de nosotros se había abierto el césped. Una escalera pulcramente alfombrada nos introdujo hacia el interior subterráneo. La alfombra absorbía automáticamente las suciedades que marcaba nuestro calzado. El ambiente mantenía una temperatura agradable y perfumada. La escalera nos llevó a un amplio y largo pasillo por el que avanzamos.

-Entrad por la primera puerta a la izquierda.

He de mencionar que todas las puertas se cerraban a nuestras espaldas sin ruido alguno. También debo destacar que las vi-

braciones que sentí en mi cerebro, durante los primeros mensajes telepáticos, habían desaparecido totalmente, como si un mecanismo desconocido de nuestro cerebro sometido de pronto al estímulo adecuado se hubiese puesto en marcha. Mi mente recibía nítidamente los mensajes, como si se tratase de una idea o pensamiento de creación propia.

Entramos en un aposento largo, donde había instalados seis sillones similares a los que usan los dentistas, impecablemente limpios. Su color hueso pulido daba la impresión de estar contruidos de ese material.

-Dejad caer al suelo todo lo que cubre vuestro cuerpo. Comenzamos vuestra limpieza exterior.

Nuestro pudor olvidó los calzoncillos y las instrucciones insistieron.

-Todo al suelo, incluso anillos, postizos o cualquier otro apéndice no natural.

Demetrio me miraba dubitativo, pero obedecimos. Automáticamente cuatro esponjas se desprendieron del techo pegándose al cuerpo de cada uno para lavarlo total y suavemente. Mientras, ropas y calzados fueron absorbidos por una abertura que se abrió en la pared a nivel del piso. Las esponjas continuaban su labor de limpieza meticulosa. Terminada ésta, desaparecieron en el techo para ser sustituidas por cuatro almohadillas que se pegaron a nuestra piel para masajearla como ningún profesional pudiera hacerlo. Al mismo tiempo lubricaban la piel que iba tomando color rosado.

-Tratad de respirar suave y profundamente. Corred alrededor del aposento sin excitaros.

Los seis sillones se habían movido hacia el centro del local, dejando las orillas libres para nuestra carrera. Sentía como si me hubiesen quitado años de encima. Reíamos de satisfacción. Los sillones volvieron a su sitio.

-Sentaos cada uno en un sillón y relajaos. Tened en cuenta que

vuestros órganos reproductores deben quedar cada uno en la bolsa apropiada.

Aquello era maravilloso. Ibamos de sorpresa en sorpresa.

-Poned los brazos sobre los apoyabrazos y cada pie en su lugar.

Pasaron unos minutos. De pronto, varios aparatos se desprendieron del techo al que estaban unidos por una especie de cordón. ¡Fabuloso! Uno se había acoplado a mi cabeza. Dos a las orejas. Una especie de binocular se adaptó perfectamente a mis ojos mientras otro de mayor tamaño se había pegado a mi estómago. Un artefacto trabajaba sobre el corazón y los pulmones. No se sentía ningún ruido. Teníamos la certeza de que cada aparato cumplía su función perfectamente. Solamente sentí en mi estómago e intestinos sensación de pinchazos profundos cuya impresión desaparecía instantáneamente. Dos o tres minutos había durado la operación de los aparatos robots. Desaparecieron y una especie de máquina fotográfica recorrió todo nuestro cuerpo de cabeza a los pies, tomando posiciones a variadas distancias. Terminada la tarea se paró frente a nuestros ojos mientras nos ordenaban telepáticamente.

-Abrid bien los ojos. Esperad unos segundos y luego abrid bien la boca.

Un diminuto aparato que se desprendió de ella se introdujo en la cavidad bucal y recorrió rápidamente cada una de nuestras piezas dentales. La máquina se ocultó y cuatro abrazaderas se apoderaron de nuestros antebrazos y muñecas para desprenderse a los pocos segundos.

-Comenzamos vuestra limpieza y purificación interior. Relajaos y concentraos en el acto de excretar naturalmente y sin esfuerzo. Si no lográis hacerlo, tomad la pildora que tenéis delante.

Un gran cilindro cayó sobre nosotros. Se trataba de una gruesa tela negra que nos aisló dentro del tubo, tenuemente alumbrado desde el techo. Un perfume extraño parecía penetrarnos por los poros y, por primera vez, escuchamos música relajante. Sonoridades no oídas donde se entremezclaban estilos o esque-

mas desconocidos. El canto de los distintos grupos de instrumentos se apreciaba nítida y separadamente. Algo así como una proyección acústica desconocida para nosotros.

A la altura de mis ojos se balanceaba una cápsula.

-Cerrad los ojos.

No sabía cómo le había ido a Demetrio pues continuábamos aislados. Me parecía estar soñando. De pronto mi mente comenzó a percibir una serie de secuencias en colores naturales, acordes y sincronizados con la música que escuchaba, pasaron por mi pantalla interior pintorescos e interesantes paisajes de la naturaleza terrestre. Constituían un alarde explicativo de los sentimientos, vivencias o temáticas inspiradas del compositor. Pasados unos cinco o siete minutos, me creía otro hombre totalmente nuevo. Sentía ímpetus renovadores de hacer, de emprender, de correr, de cantar, de volar, de agradecer, de amar o desparramar bondades, sonrisas, caricias. Los cilindros de gruesa tela subieron silenciosamente escondiéndose en el techo. Mi desnudez me parecía natural. Los hechos insólitos que vivíamos, se sucedían con tal rapidez que apenas teníamos tiempo para plantearnos preguntas. Quise mirar la hora, pero mi reloj había desaparecido con nuestras ropas. ¿Cómo serían aquellos seres? ¿Tendrían nuestra misma constitución física?

Cuatro brazos robots habían puesto a nuestro alcance cuatro vasos llenos de un líquido incoloro.

-Tomad a sorbos el primer vaso de la derecha.

-Ya era hora -pensé- de que nos dieran algo de beber y comer. Tomé el vaso y probé un primer sorbo. Muy agradable. Lo tomé a sorbos, pero con cierta avidez. Deseaba tomar los otros vasos, pero esperé órdenes.

Si habíamos entrado en el túnel de agua a las ocho noche, pensaba, deberían ser más de las nueve. Me comenzó a invadir un apetito enorme. Sin embargo, me había equivocado. Casi involuntariamente, sin molestias ni irritaciones, nuestro organismo se vaciaba.

-Relajaos totalmente.

Música e imágenes volvieron a ocupar nuestra mente. Pasaron tres o cuatro minutos.

-Tomad el segundo vaso de la derecha.

Casi lo tomé de un solo sorbo. La limpieza interior continuaba como si nos echaran agua con una manguera a presión. A pesar de ello no sentía mareos ni decaimiento alguno. El desagüe era abundantísimo. Creo que me reía a carcajadas. ¿Qué haría Demetrio? Pensé que me gustaría verle la cara para reírnos con todas las ganas. Nunca había tomado una purga cuyos efectos fuesen tan suaves y produjeran tanta alegría, pues eso era lo que sentía.

-Tomad el tercer vaso.

¿Continuaríamos? Sin embargo no se percibían malos olores. ¡Qué adelanto! Me sentía como si me estuviesen haciendo nuevo y tenía deseos de que terminara todo aquello para salir a correr al campo como cuando contaba seis o siete años.

-Tomad el cuarto vaso. Escucharéis música de vuestra tierra: el Himno de la Alegría, de la Novena Sinfonía de Beethoven.

Nunca había escuchado aquella melodía pero, involuntariamente, comenzamos a cantar guiados por el telépata. Me impactaron las palabras. Hablaban de paz, armonía, hermandad y esperanza en un mundo mejor...

A pesar de ser nuestra, hermosa, humana y esperanzadora ¡no la conocíamos! Sentí vergüenza.

La limpieza interior había terminado, la música también. Los cilindros aisladores hicieron mutis. Miré a Demetrio. Joven y optimista, sonreía como un muchacho.

-El estudio de vuestro cuerpo ha terminado. Poneos de pie.

Un aparato rectangular como de unos treinta centímetros de ancho por veinte de alto, descendió del techo y se acopló a nuestro estómago e intestinos.

-Respirad profundamente.

Una percha con nuestra vestimenta estaba delante de cada uno de nosotros. El aparato se retiró.

-Vestíos.

La primera prenda era un calzoncillo exactamente del color de mi piel, morena clara. Miré hacia Demetrio. Sus calzoncillos tenían el color tostado de su piel de martnero.

Compartimento, triple y anatómico, para nuestro aparato reproductor. Segunda prenda, un sobretórax quedaba pegado a la pretina del calzoncillo. Eran una caricia de suavidad y con los calcetines del mismo color constituían las prendas interiores. El resto, un pantalón a medio muslo y camisa muy similar a las usadas por nosotros, en color crema. El calzado en el mismo color, anatómico y cómodo. Parecíamos dos deportistas ultramodernos.

-¿Os sentís bien?

-Perfectamente -contestamos.

-Ese será vuestro atuendo mientras permanezcáis en Atlantaria. Vuestras ropas se os devolverán oportunamente. Ahora pasaréis a otro aposento donde podéis comer y donde contestaremos telepáticamente algunas de vuestras preguntas.

Una puerta se abrió.

-Doblad hacia la izquierda y subid la primera escalera que encontréis.

Un pasillo amplio y una música suave que sugería esperanza y alegría, nos llevó por alfombrados peldaños a un próximo piso. Una amplia puerta se abrió ante nosotros

-Entrad y sentaos cómodamente. Vais a tomar una comida de transición y adaptación. Para acercaros a las mesas no tenéis más que apretar el botón que se halla en el pasamanos del asiento-móvil.

Al otro extremo del comedor había cuatro mesas redondas con distintos recipientes conteniendo alimentos. Una música eminentemente relajante parecía el aperitivo espiritual que preparaba al organismo para recibir una alimentación nutritiva.

-Apretad el botón.

El sillón-móvil se dirigió a la primera mesa de la derecha. Demetrio estaba al otro lado de la mesa frente a mí, con una amplia sonrisa de beatífica paz. Pensé que yo estaría igual.

-Puré de cereales, legumbres, verduras y macedonia de frutas variadas -dijo la voz-. Comed lentamente.

El sillón-móvil se había cerrado con una mesita acoplada sobre la que nos servíamos.

-Apretad el botón -Nos deslizamos a la mesa siguiente-. Panecillos de arroz y centeno natural.

Una vez servidos, el asiento se deslizó a la tercera mesa.

-Jugos variados de frutas.

La cuarta mesa contenía frutas secas solamente.

-Quienes hemos estado en contacto con vosotros, os deseamos una buena comida. En vuestras islas son las veintidós horas. Es la hora de nuestra última comida. Os dejamos en contacto con un cerebro auxiliar que contestará todas las preguntas que han sido forjadas en vuestra mente desde nuestro primer contacto hasta ahora.

Sentí cierta sensación de soledad, de abandono. La música, extraña, parecía acompañarnos en la comida, reprimiendo en nosotros cualquier clase de apresuramiento. Me volví hacia Demetrio para preguntarle.

-¿Qué te parece todo esto?

-En mi vida me he sentido mejor, ni con tantas energías. Creo que sería capaz de subir hasta el pico del Teide sin descanso.

-Yo también me siento rejuvenecido. Mis cuarenta y ocho años parecen haber descendido a dieciocho.

-Amigos, paz y felicidad.

Una voz que parecía salir de las paredes inundó el ambiente.

-Amigos, paz y felicidad -volvió a repetir la voz, algo más dulcemente. Parecía la de una mujer aunque tenía un tono metálico.

-Amigos, gracias -interrumpió Demetrio-. Paz y felicidad -otra vez se adelantó Demetrio que, debido a su juventud, poseía mejores reflejos y una mayor capacidad de adaptación.

Cumplimentado el saludo la voz femenina continuó:

-En primer lugar os debemos una explicación del porqué estáis en Atlantaria. Establecimos contacto telepático en vuestro periplo desde la Gran Canaria a Tenerife. Perdíamos o recibíamos muy borrosa, por periodos, la de vuestro amigo. La ingestión de alcohol corta o borra la comunicación telepática.

Cuando vosotros temerariamente os adentrasteis en la borrasca, nuestra reacción fue apartar vuestra nave de ella. A tal fin, enviamos una tralla de delfines que engancho vuestro esquife lo remolcaron entre borrasca y corriente en dirección Norte y luego Oeste. No pudimos detectar la desaparición de vuestro compañero por haber ingerido alcohol. Fue localizado cuando vosotros le echasteis de menos. Enviamos una nueva tralla de delfines en su busca y hace una hora, aproximadamente, que han arribado. Vuestro compañero había fallecido. En estos momentos se encuentra en nuestro centro de recuperación de la vida. Esta le ha sido devuelta, aunque debe ser sometido a diversos trasplantes o injertos en zonas del cerebro. Su recuperación total tardará un mes. Será otro ser, puesto que nuestro cerebro se encuentra en una fase de evolución mucho más avanzada que el vuestro.

La segunda razón, ineluctable, de que estéis en Atlantaria, obedece a que estudiadas a distancia vuestras pautas de comportamiento, se ha constatado que arrojan un pacifismo, interior y exterior, total y continuo. Creemos que estas son vuestras preguntas más preocupantes. Somos seres como vosotros, con una evolución que abarca algunos miles de años más que la vuestra.

En cuanto a vuestro interrogante, sobre si tenemos algo que ver con la mal llamada por vosotros isla de San Borondón, puesto que su verdadero nombre fue y debe ser el que le diera el cosmógrafo Tolomeo (previamente inspirado), o sea, Aprositus, hemos de deciros que sí. No obstante, ésta es una cuestión muy compleja y delicada. Pensamos que ni siquiera estáis preparados para asimilarla o digerirla. De todas formas, antes de abandonarnos, es posible que os adelantemos algunos datos esclarecedores.

Todo aquello nos parecía asombroso e increíble -prosiguió Aristán emocionado-. Apenas si nos inmutamos cuando mencionó la vuelta a la vida de Bastiano.

Si no estábamos en otro mundo, pensaba, ¿quiénes eran y con qué poderes contaban como para rescatar de la muerte a un ser humano? Imaginaba que todo podía ser un truco. Bastiano era un magnífico nadador y lo suponía luchando contra el mar embravecido y resistiendo quizás durante horas".

Mrs. Carrison, que no dejaba de tomar notas en su cuaderno, intervino para hacernos notar lo avanzado de la hora.

-Caballeros -dijo-, les espero mañana para almorzar y terminar así el relato. Mientras, Aristán, debes procurar que Atlante lea todo lo referente a la isla «Aprositus», en tu versión original en español.

-Así lo haré, Eileen.

Llegamos a San Mateo pasada la media noche. Demás está decir que aquella fue una noche en blanco para mí. Excitado y atrapado por la narración del aristócrata, éste brillaba nuevamente sobre mi pedestal como un ser super privilegiado.

Muy temprano aún, esperaba la hora del desayuno para levantarme, ansioso por leer la referencia que, sobre Aprositus, había mencionado Mrs. Carrison.

La «madrina» trasteaba en la cocina hacía rato. A poco apareció el aristócrata con un libro en las manos.

-¡Hola hijo! -dijo mientras hojeaba el libro.

-Buenos días, padrino -contesté deseoso de entrar en conversación.

-Aquí tienes la *Historia de la Conquista de las Siete Islas Canarias* por Fray J. de Abreu Galindo. Te marco todo lo referente a la isla Aprositus. Léelo despacio y piensa en ello. Tienes toda la mañana. A las doce emprenderemos viaje. Debo visitar varios clientes. Tú me acompañarás.

Todo esto dicho en alta voz para que oyera su esposa, mientras me guiñaba un ojo con toda la picaresca del mundo reflejada en su rostro.

Tan pronto hube desayunado me fui a mi dormitorio y recostado en mi cama abrí el apetecido libro. Aristán había subrayado trozos en el Libro I, Capítulo I y luego al final de la obra, en el Libro III, Capítulos XXIII a XXVI.

Nervioso y excitado aún, por las maravillosas experiencias narradas por él, abrí el libro que decía ser edición fiel del manuscrito confeccionado por el fraile franciscano J. de Abreu Galindo, entre los años 1590 a 1630, y me enfrasqué en su lectura. Tan apasionante apareció a mis pocos años, que hasta las doce y media en que vino a llamarme Aristán, traté de memorizar todos los trozos subrayados.

Libro I, Cap. I: *Estas islas que tengo referido ser ocho eran, al tiempo que Nuestro Señor Jcsucristo nació, solamente siete; aunque Tolomeo afirma no ser más de seis, entre las cuales hace mención de la isla de San Borondón, llamándola Aprositus (la Inacesible, o isla a la cuál no se puede llegar), de manera que desde el tiempo de Tolomeo, cosmógrafo que floreció en la era*

del emperador Marco Antonio, ciento y cuarenta y cinco años después del nacimiento de Cristo, se tiene noticia de esta isla que desaparece y que está junto con estas islas de Canaria(1).

Y así hace Plinio (2), que dellas escribió antes de Tolomeo (que fue en tiempo del emperador Nerón, cincuenta y seis años después de Cristo), mención de ocho nombres de islas; y Lucio Marineo(3) en el libro de Cosas Memorables de España, llamando a las islas del Hierro, Ombrion o Pluvialia, que ambos nombres significan una mesma cosa; la segunda La Palma, a quien llamaron Junonia Mayor, la tercera isla es La Gomera, que llamaron Junonia Menor; la cuarta, Tenerife, llamada Nivaria; la quinta, Canaria, la cual, siempre que estas islas se distinguieron con nombres particulares, ha conservado este nombre de Canarias. La sexta isla es Fuerteventura que decían Planaria; la séptima es la isla de Lanzarote, a quien llamaron Capraria; la última es San Borondón, a quien llaman y nombran Aprositus, isla Inacesible».

Abro la Historia en el Capítulo XXIII, Libro III y leo los párrafos subrayados:

«...Es tan antiguo este nombre de San Borondón y tan vulgar, que parece que no hay persona que lo ignore. -Esta isla de San Borondón parece de la isla de La Palma al oesudueste, y de la isla del Hierro parece al oesnoroeste. -Y así mesmo confensamos que esta isla en algunos tiempos del año se ve clara. -Para satisfacer a esto, digo que bien puede esta isla tener su centro en el dicho grado veintinueve y medio, donde se juntaron los compases, y estar cuarenta y cuatro leguas, o treinta, de la isla de La Palma y parecer en días serenos y claros.Y para verificación de lo dicho, parto de la isla de La Palma y de la del Hierro con los compases por diversos rumbos, y van las otras dos puntas haciendo una figura piramidal, hasta que el uno con el otro se vienen a juntar en un punto, donde se forma la latitud del centro de la isla de San Borondón; y como al parecer esta isla es grande y corre de norte a sur, según su mayor o menor tamaño, puede estar más lejos o más cerca, y que le pasen las líneas que forman la dicha pirámide por las extremidades del uno y otro cabo de la isla y quede ella incluso dentro destos dos rumbos. Solamente me puedo engañar en la longitud, que saco por la fantasía (que llaman los

mareantes) de las apariencias, que hace esta isla, que da muestras de estar 40 leguas, poco más o menos, de La Palma; y también porque algunos, que dicen haberse hallado en ella, afirman que, después de haberse apartado desta isla, vinieron a La Palma en día y medio natural. De todo lo cual colegí la longitud y latitud que tengo dado a esta isla de San Borondón».

Continúo con las marcas hechas por Aristán y abro el Capítulo XXIV leyendo lo remarcado:

«...Pues hemos hecho mención muchas veces desta isla de San Borondón, justo será que se trate algo de ella, como de cosa tan notoria y pública. Esta isla la llama Tolomeo Inacesible, que quiere decir, (Isla a que no se puede llegar). Otros la llamaron San Borondón, el cuál nombre está corrompido; y, según un libro escrito de mano de latín, que solía estar en el archivo de la catedral iglesia de señora Santa Ana, que por mala custodia desapareció, se llama San Brandano: porque decía que en tiempo antiguo San Brandano estuvo en ella; y así lo refiere el colector de los padres de la orden de San Agustín, en la vida de San Brandano y San Maclovio, el cual refiere estas palabras, que quise referir aquí.

[(Fortunatae insulae sex numero: Apropositus, Junonia, Pluitula, Casperia, Canaria, Pintuaría, in Océano Atlántico ab ocasu Africae adjacentes. Hic Blandanus magnae abstinenciae vir ex Scotia pater, trium millium monachorum cum Beato Maclovio has insulas septennio perlustrat. Hic dictus Maclovius gigantem mortuum suscitatur, qui baptizatus, Judaerum ac peganorum poenas refert; a paulo post iterum moritur, tempore Justiniani Imperatoris)]. Que vueltas en nuestro común hablar, dicen: -Las islas Fortunadas son seis: Apropositus (que es la isla que no se puede llegar), y la de Juno (que es La Palma), Canaria (que es la del nombre que hoy retiene) y Pintuaría (que es Fuerteventura). Las cuales islas están en las partes de Africa, hacia el poniente, en el mar Océano Atlántico. Aquí anduvo San Brandano, varón de grande abstinencia, natural de Irlanda,(1) padre de tres mil monjes, por espacio de siete años, juntamente con San Maclovio -por donde parece que ya había gente en estas islas, año de 530 del nacimiento de J. C.; y que había esta isla que se decía Apropositus, y por este

santo que estuvo en ella se llamase San Brandano, y ahora, corrompido el nombre, se llama San Borondón.

Pero especulando los contrarios a estas razones, verdaderamente me parece deberse de atribuir a la voluntad divina, no permitir que aquella isla se descubra, aunque en realidad de verdad sea tierra».

En el Capítulo XXV, continúa Abreu Galindo extendiéndose en testimonio y testigos acerca de la isla Apropositus. La isla «Non Trubada».

«...Porque nuestro fundamento no quede puesto en solas razones, será bien poner algunos testimonios y testigos que se han tomado acerca de lo dicho desta isla de San Borondón, o Brandano: que todo es uno, con algunas letras corrompidas o mundanas.

Yo vi afirmar a un testigo con juramento, el año de 1570, habiendo venido a noticia del doctor Hernan Pérez de Grado, regente de la Audiencia Real de las islas de Canarias, que en aquella sazón se había visto esta isla; como curioso y amigo de acometer hechos heroicos y generosos, propuso servir a Su Majestad en el descubrimiento desta isla. Y, para llevar su intento bien fundado y saber si era verdad la existencia desta isla, hizo declarar a muchos testigos con juramento haberla visto desde la isla de La Gomera y de la del Hierro, y otros que habían estado en la isla de San Borondón. Y entre estos que depusieron, fue un Pero Velo, portugués, gran piloto y cursado en la carrera del Brasil y estas islas, vecino de Setúbal en el reino de Portugal, que certificó que viniendo de Brasil, arribó y vino a dar a estas islas con temporal, y que saltó en tierra con otros de su compañía, y que tomó agua de un arroyo que corría, y que vieron muchas vacas y cabras y ovejas; y que fueron dos hombres de su compañía, a querer traer de aquel ganado, con dos lanzas, y se metieron en un monte muy espeso, y que esto sería como a la tarde; y que se anubló la tierra con gran cerrazón y viento, que la gente que había quedado en el navío daban voces, que garraba el navío, que le cumplió embarcarse en el batel e ir a la carabela; y que en breve tiempo perdió la tierra de vista; y que; aplacada la refriega, tornó sobre la tierra, y por mucho que hizo no pudo tomarla ni la vió más; y allí quedaron los dos compañeros, que no supo más de ellos.

El licenciado Pedro Ortiz de Funes, inquisidor destas islas, que a la sazón había ido a la visita destas islas, y se hallaba en la de Tenerife, visitándola; y, como era curioso y amigo de inquirir antigüedades, oída la nueva de la apariencia desta isla de San Borondón, para saber de raíz que fundamento tenía esta opinión, hizo parecer ante sí muchos vecinos, y entre otros un Marcos Verde, el cual dijo que, viniendo de armada de Berbería en demanda destas islas y mirando un día por la tierra, según la altura en que se hallaba, vió sobre la mano izquierda tierra; y que echado el punto en la carta y examinadas las señas, halló no ser de las islas descubiertas y, conjeturando que podría ser la isla de San Borondón, por la noticia que tenía del paraje, arribó allí, y que le fue costeanado, a ver si hallaba puerto idóneo para surgir; y tanto anduvieron que vinieron a surgir a la boca de un barranco, donde dieron fondo y echó la barca fuera, a hora de la oración, y saltaron algunos hombres en cala y fueron a tierra tanto trecho, que no se oían las voces; y que, viendo los del navío que la noche se venía y que era mal acordado descubrir tierras sobre noche, determinó dejarlo para otro día; y así comenzaron a embarcar en el navío. Vino tan grande tempestad de viento por la boca del barranco, que hizo garrar el navío, y en breve espacio se alejó tanto que perdieron de vista la tierra. Grande fue la diligencia que pusieron y muchos los testigos que tomaron acerca desto, estos dos señores, para aclarar la verdad.

También digo que una de las cosas que atraen fumosidades y cerrazón sobre la tierra es la copia y grandeza de los árboles. Y como esta isla es tan poblada de ellos, que casi nacen a la orilla del mar, y de muy grande corpulencia, según me refirió un francés que, viniendo con gran tormenta, quebrados los mástiles, vino aportar a esta isla y en ella cortó un árbol para su navío con mucha prisa, y se metió a labrarlo por más de medio día, y que no pudo saber que isla fuese, y que le sobrevino la noche y una cerrazón que le fue forzado con mucho temporal embarcarse con mucha prisa e irse de aquel puerto; y que vino a La Palma a otro día, y que no pudo saber más de verla, como habemos referido, con mucha abundancia de árboles».

En el Capítulo XXVI y último de la historia, continúa Abreu Galindo aportando razones en favor de la existencia de la misteriosa isla y ahuyentando las dudas.

«... ¿Quién, pues, será tan pertinaz, dice finalizando la obra, que conjeturando las razones que tengo dadas, y viendo que hay tantos años que desta isla se hace mención, como se ve en Tolomeo, el cual asimismo describe LA PROPIEDAD DE ELLA, llamándola Aprositus (que quiere decir isla a la que no se puede llegar), no cabe de entender que es tierra y no celajes que aparecen?».

Y aún para cerrar la obra, como si fuese el tema más preocupante de todo su trabajo de historiador, insiste, ¿quizás inspirado? o solamente pretendió descargarse de una idea fija que no le dejaba concentrarse en sus oraciones.

«... Digo, en fin, a mi juicio (salvo otro mejor), que hay esta isla de San Borondón; la cual tengo por dificultoso que se pueda hallar. Y a las cosas que consisten en la voluntad divina, como es ésta de no querer que se descubra, no hay que poner imposibilidad ni maravilla, para dudarlas, sino para engrandecerlas; que, pues así lo ordena el Señor, no carece de misterio».

Fascinado por la lectura y las concomitancias que iba descubriendo con el relato del *aristócrata*, cerré los ojos para soñar y recrearme dentro de un mundo increíble y fabuloso, en el que ya me sentía inmerso con todas las fuerzas y ansiedades de mis pocos años. El padrino me volvió a la realidad.

-¡Vamos grumete!, ¡que se hace tarde!

Bajé los escalones corriendo y luego de saludar a su esposa me uní a él en la calle. Pasamos por lo de «Don Ato» para que ensillara a Maclovio y continuamos andando. Como siempre, Maclovio seguiría nuestras huellas. Caminábamos ligero, me figuraba que el *aristócrata* quería terminar su relato lo antes posible.

-¿Qué te ha parecido la lectura, grumete?

-Me ha dejado entusiasmado y creo que tiene muchos puntos ajustables a su relato.

-Esperaba ese resultado, pero... ¿Has caído en la cuenta de que ha sido Tolomeo, inspirado o no, quien más se aproximó a la realidad, bautizándola «Aprositus», la inaccesible, la isla a la que no se puede llegar?

El inteligente Maclovio nos había dado alcance, colocándose entre los dos. Ambos lo acariciamos. El *aristócrata* retomó la palabra.

-¿Recuerdas lo expresado por el cerebro-máquina al referirse a San Borondón? -asentí con un gesto-. No sabemos con detalle -continuó- qué es o cómo funciona esa tierra. De lo que sí puedes estar seguro es de que son unas gentes maravillosas. No existe maldad, ni vicios ni corrupción.

Habíamos llegado. Mrs. Carrison nos recibió con un abrazo. Parecía sincera, amable, culta. Mis enconos y asperezas en contra de ella habían desaparecido totalmente.

Pasamos al comedor donde Matilde había preparado la mesa. Sobre ésta proliferaban los productos de la tierra.

Antes de tomar asiento, Eileen sugirió a Aristán la conveniencia de que yo conociera a su esposo y a Demetrio cuanto antes, así como de que me familiarizase con el barco. Propuso que bajase al siguiente día con ella y me quedase en el Arcano II un tiempo. Lo creía necesario. El padrino aceptó.

-Para ganar tiempo -propuso Aristán tomando asiento- continuaré con mi relato mientras comemos.

Eileen se ausentó en busca de su cuaderno de apuntes.

-Nunca he podido olvidar las recomendaciones prealimenticias de los atlantarios: **"Haz que la comida sea una fiesta para tu cuerpo, para tu espíritu y para los que te rodean. Habla de cosas agradables, mesurado y tranquilo. Abre las alegrías de tu espíritu a los demás"**. Cada una de las dos comidas diarias era un regocijo placentero, donde se tocaban todos los temas que de algún modo hacen agradable la vida; desde la danza o los deportes a las artes o el amor; desde el disfrute múltiple de la naturaleza a temas de su desconocido mundo.

Considero importante que conozcáis estos pequeños detalles, pues para "ellos" son fundamentales en su filosofía del bien vivir.

-He dicho dos comidas diarias. La otra, o sea la que nosotros

llamamos almuerzo, es diferente en Atlantaria. Se ha sustituido por lo que ellos llaman *complemento alimenticio*, distinto y adecuado a cada persona.

Consiste en una tableta, de dos centímetros cúbicos, que ellos llaman «reguladora de carencias o sobrantes» y que contiene los elementos químicos que faltan o escasean en cada organismo, de acuerdo a complejos análisis realizados en ciclos de ciento ochenta días. Cada individuo cuenta con una reserva de tabletas propias, que se renuevan cada ciclo, de acuerdo a los nuevos análisis de carencias. La toma masticable es individual o en el comedor y se realiza en horarios equidistantes de las dos comidas. Observé que en este horario había un grupo que comía, pero en aquella oportunidad no se me ocurrió preguntar a qué se debía."

Luego de tomarse una larga pausa y apurar su postre, el *aristócrata* prosiguió:

-"Habíamos quedado en lo contestado por el cerebro-máquina a las preguntas esbozadas en nuestra mente, pues bien; volvió la música sedante y terminamos nuestra comida.

El rostro de Demetrio reflejaba inmensa felicidad. Llevaba el peso de la conversación y por contagio o imitación, hablaba suavemente y con un control absoluto. Recordamos nuestra tierra, a Bastiano y aquel mundo maravilloso que imaginábamos.

-Paz y felicidad -saludó una voz cálida y amigable.

Contestado el saludo la voz continuó:

-Queremos hacer presente que os halláis en la Unidad-Compacto, Este 4. Sabemos que estáis felices y contentos. Antes de entrar en contacto directo con nosotros, debéis sufrir un aislamiento de un día completo. Lo haréis mañana en la comida de la noche. Ahora pasaréis al baño, subiendo la primera escalera a la izquierda.

Una serie de baños separados por planchas de espejos con techo igual, nos esperaba. Contemplar íntegro nuestro cuerpo nos produjo una impresión extraña. Parecía imposible que fuésemos nosotros.

-En cada baño existe un pequeño aparato para tratamiento de la dentadura. Introducido en la boca y pulsado el botón, pasadlo durante dos minutos por el interior y exterior de la dentadura y las encías.

El aparato terminaba en una bolita de cristal de un centímetro y medio de diámetro, perforada por infinidad de diminutos agujeritos. Al presionar el botón un líquido helado con sabor aséptico golpeó a gran presión dientes y encías. La sensación era de que finísimas agujas se clavaban en las encías. Estas se fueron enfriando progresivamente y endureciendo. Pasados unos diez minutos los efectos cesaron. Las encías quedaron totalmente rojas y los dientes parecían firmes y fortalecidos.

-El baño será de inmersión. Vuestro organismo necesita recuperación y descanso. Tomad el vaso de líquido y acostaos en la bañera de espaldas.

El fondo de la bañera se adaptó y acopló perfectamente a nuestro físico. La cabeza quedó bien levantada, el agua comenzó a surgir y no recuerdo más."

Eileen, que hacía rato echaba ojeadas a su reloj, propuso al *aristócrata* continuar con la narración al día siguiente, excusándose por su cansancio. Vendríamos tan pronto desayunásemos para aprovechar todo el día. Prorrogaríamos mi visita al Arcano II por un día más.

-¿Acabaremos mañana, Aristán? -preguntó con una sonrisa en la que se dibujaba la sombra de la duda.

-Sí, señora, seguro. Continuaré la relación como si se tratase de un capítulo aparte. Versará sobre el paraíso que nos hurtaron como consecuencia, tanto de la desaparición de la Atlántida, como de nuestra actitud errada ante la vida.

Nos despedimos de Mrs. Eileen Carrison y de Matilde, emprendiendo el regreso a San Mateo. El dócil y apacible Maclovio comenzó, prudente y certero, el descenso bastante pronunciado, con mi carga soñolienta sobre su lomo.

Era pasada la media noche cuando entramos en casa. La madrina estaba preocupadísima. El *aristócrata* la tranquilizó. Cenamos muy ligeramente y yo me fui a la cama a releer mi historia como un alucinado.

Al día siguiente, antes de la salida del sol, estábamos camino de nuestra cita. Mrs. Carrison aún no se había levantado. Matilde nos hizo pasar al comedor sirviéndonos un café mientras esperábamos su llegada.

Pronto apareció ésta con su cuaderno de notas bajo el brazo. Luego de saludarnos tomó asiento y el *aristócrata* reanudó su relato.

(1) Claudio Ptolomeo o Tolomeo, cosmógrafo, natural de la Tebaida, en el Alto Egipto, vivió en el siglo II antes de Jesucristo.

(2) Cayo Plinio Secundo nació en Como, año 61 de la era cristiana, fue escritor y orador.

(3) Lucio Marineo Sículo, siciliano, profesor de retórica en Salamanca, historiógrafo y capellán de Fernando V (1452-1516).

Imaginaos un país donde la enfermedad es la excepción de la regla, donde el promedio de vida en plenitud es de ciento veinte años, donde el trabajo personal supone placer en vez de yugo o sometimiento y donde el estigma de la guerra no se concibe.

V. EL PARAÍSO QUE NOS HURTARON

-Eran las doce treinta horas, cuando Demetrio me despertó masajeándome los hombros. Al parecer fallaron la telepatía y la música para volver en mí. No así con él, que despertó al primer intento. Pasada media hora le pidieron que me despertase.

Me sentía como quien intenta levantarse por primera vez, luego de una larga enfermedad. Sin embargo, traté de sentarme y el organismo respondió perfectamente. ¿Quién -pensé- nos había llevado hasta aquellos dormitorios especiales? Los techos eran bajos, a la altura de nuestras cabezas y el silencio era tal, que podíamos escuchar correr la sangre por nuestras arterias.

-He dormido doce horas. ¿Tú también, Demetrio?

-Así parece, Aristán.

-Paz y felicidad -saludó el telépata.

Contestamos con las mismas palabras.

-Os pedimos disculpas por un pequeño error ocurrido anoche. Os habéis dormido mucho antes de lo previsto, sin darnos tiempo a explicaros lo que haríamos con vuestro organismo. Todo ha sido positivo y satisfactorio.

En primer lugar se os ha reacondicionado una por una, todas las piezas de vuestra dentadura. Su duración se estima en unos cien años. Se os ha rejuvenecido todo el sistema circulatorio y se os ha intervenido quirúrgicamente para dejar los órganos dañados en perfecto estado. Para que os hagáis una idea de los adelantos de nuestra ciencia de la vida, sabed que el promedio de ésta, en Atlantaria, es de ciento veinte años y que tenemos algunos longevos que alcanzan hasta los ciento cincuenta años y más. Hemos reacondicionado y renovado vuestro organismo. Depende de vosotros el conservarlo. Lo que observéis en Atlantaria os puede ayudar mucho.

Sin embargo, no podemos hacer nada por vuestro cerebro. Necesitaríamos un tiempo mucho más largo y es lamentable, porque vuestro cerebro está sucio y enfermo de credos y fanstamas demoníacos que han rayado las placas sensibles de vuestra mente. Vuestro espíritu vive encerrado en el miedo a dioses terribles y vengativos, que espían hasta dentro de vuestros pensamientos. Vuestro cuerpo, sustentador de toda esta carga negativa se mueve enclenque, pusilánime y a veces... beodo, para borrar la negrura de los dramas que os asfixian.

En el caso de Bastiano, hemos de decir que todas las intervenciones han sido satisfactorias. No hubo otra opción que trasplantar en las zonas afectadas del cerebro, material atlantario. Tendremos un ser situado evolutivamente entre terrícola y atlantario. Como ya se os ha dicho, tardará unos treinta días para su recuperación total.

Vuestro desayuno, primera comida en Atlantaria, se ha retrasado debido a las intervenciones. Debéis pasar al baño antes de ello.

Hemos adelantado, en unas horas, vuestro contacto personal con nosotros. Os acompañará una pareja, Ysahora la mujer y Guayahisen el hombre.

Pasamos al mismo baño de la noche, pulsamos un botón azul y las esponjas se liaron con nuestro cuerpo para el baño, masaje y lubricación de la piel.

Pensaba en todo lo que nos estaba ocurriendo y me parecía un sueño fantástico.

Llamé a Demetrio para cerciorarme de que estaba.

-¿Cómo te va?

-Eufórico, rejuvenecido y alegre -contestó-. Me quedaría aquí toda mi vida, Aristán.

Nuestras vestimentas habían sido sustituidas como la noche anterior.

-Todo me parece tan irreal -comenté como si hablase conmigo mismo. Demetrio me palmeó la espalda con bastante fuerza y riendo me dijo:

-Es cierto, Aristán. Estamos aquí y somos nosotros, de carne y hueso, pero renovados.

Reía feliz y hablaba mientras nos vestíamos.

Estábamos, quizás, un tanto excitados por la próxima entrevista con los atlantarios. Deseábamos estar frente a ellos y al mismo tiempo temíamos este primer encuentro con seres, que nos imaginábamos, muy distanciados en su evolución cósmica. Los espejos nos devolvieron una imagen totalmente rejuvenecida, nueva.

-Caballeros de la Tierra, los invitados esperan.

Despertamos a la realidad. Tal cúmulo de ansiedades hizo que un escalofrío recorriera nuestro cuerpo. Nos dirigimos hacia el final del pasillo. Una gran puerta estaba abierta. Nos paramos en el umbral antes de entrar. Se trataba de un amplio salón, de unos quince metros de largo. A nuestra derecha había un ventanal que se extendía a todo lo largo, por donde se colaba la luz natural del sol, yo diría que atenuada. Pegadas a la pared, frente a los ventanales, había seis mesas con alimentos. En medio, una mesa regular con cuatro asientos.

Frente a nosotros, en otra puerta igual, había dos personas que nos sonreían amablemente. ¿Se trataba de una pintura, estatuas, dioses? Una oleada de sangre puso mi rostro rojo como una amapola. Mudos de asombro tratamos de sonreír. No sabíamos cómo

proceder. Si antes nos habíamos quedado alelados por nuestra figura, ahora, contemplando a aquellos dos seres que teníamos enfrente, el asombro iba en aumento. ¿Eran dioses?, fue el primer pensamiento que se me ocurrió, porque realmente parecía una obra divina.

Una gran sensación de paz se desprendió de sus cuerpos mientras se dirigían a nuestro encuentro. Hicimos lo propio. Vestidos como nosotros, ambos constituían un conjunto equilibrado, armónico, bello. Se pararon a unos dos metros de distancia haciendo una pequeña inclinación de cabeza. Una voz de mujer, suave y acariciadora, dijo:

-Estamos muy contentos y felices de que estéis en Atlantaria. Queremos hacer todo lo posible porque vuestra estancia aquí sea imborrable. Os ilustraremos sobre todo lo que queráis preguntar.

-Gracias -contestamos.

El hombre que estaba frente a mí, habló:

-Ella se llama Ysahora, yo Guayahisen. Sabemos vuestros nombres. Porque es algo que debéis hacer muchas veces cuando conocéis a otros atlantarios -continuó-, os enseñaremos cómo es nuestro saludo.

Ambos se acercaron, la mujer frente a Demetrio y el hombre frente a mí. Con los brazos extendidos hacia adelante, el hombre dijo:

-Descansaremos nuestras manos sobre vuestros hombros y vosotros sobre los nuestros. (Acompañaban la acción a la palabra.) Nos miraremos directamente a los ojos mientras pronunciamos las palabras: Paz y felicidad para toda la vida.

-Paz y felicidad para toda la vida -contestamos Demetrio y yo.

No se lo que sentiría Demetrio en aquellos momentos, pero puedo decir que la mirada de aquel ser maravilloso invadió todo mi cuerpo de una bondad y paz infinitas. Nunca jamás olvidaré los saludos de los atlantarios. Era algo así como un intercambio de todos los dones y bondades que el Creador derramó sobre todos

los seres como coronación de su obra, y que la soberbia de nuestro mundo ha olvidado en el último rincón de nuestro ser.

-Podemos comer aquí -dijo el hombre- o al lado del ventanal, o fuera en la terraza. Donde vosotros os encontréis más cómodos.

Yo admiraba el panorama a través del ventanal y me parecía extraordinario, distinto. Dije que me encantaría en la terraza, si a ellos no les molestaba. Por toda respuesta el hombre pulsó un botón blanco sobre la mesa y ésta con los cuatro asientos se desplazó, como un solo cuerpo, hasta la terraza. Automáticamente los ventanales se abrieron para dar paso a la mesa y así permanecieron. El hombre, con un ademán, dio paso a la mujer que se adelantó hacia la mesa, con elegancia. Todo era natural.

-"Porque tú eres yo y yo soy tú -decía una leyenda que se había iluminado, con letras verdes, sobre la cristalera- canta la madre naturaleza. Toma de mí lo que necesites sin romperme ni dañarme".

Nos trasladamos a la terraza sentándonos en el mismo orden del saludo. El panorama excepcionalmente extraño me atrapó. Me impresionó la gran frondosidad y el sol, que parecía opaco. No sé si lo expresé o no en voz alta, ya que poseían la facultad telepática.

-El total de nuestro suelo -intervino la mujer- está aprovechado para cultivos. El sol es filtrado. Sus rayos conservan las mismas propiedades. Nuestras viviendas y edificios son subterráneos, excepto algunos como ese que veis allí. Es el comedor y tiene la propiedad de subir a la superficie como otros dedicados a recreo, deportes o diversión.

-Debemos empezar a alimentarnos -intervino el hombre-. Los atlantarios practicamos un recordatorio pre-alimenticio, porque consideramos a esta función como una de las más importantes de nuestro organismo. Permitid que lo recordemos:

-Come lo que tu organismo te pida, sin reservas. Sosiégate y come despacio. Saborea los alimentos. Habla de cosas agradables sin dejar de pensar en el acto que estás realizando. Haz que la comida sea una fiesta para ti y para los demás. Abre las alegrías de tu espíritu. Festeja las de los otros.

Mientras hablaba, yo permanecía como hipnotizado y al mismo tiempo trataba de fijar en mi mente el retrato o la ficha psicofísica de aquellos dos seres extraordinarios y tan extraños a nuestra órbita terrestre.

Si ellos no habían extraviado el camino de su medio natural, que era según todos los indicios la naturaleza, no cabía duda alguna de que aquel pueblo estaba en el camino de la verdad, pues su equilibrada presencia parecía exhalar la fragancia de los seres sanos. El color puro y sano del semblante, la brillantez de sus ojos, el delicado encanto de su expresión, la distinción de sus facciones o el rojo natural de sus labios, contrastaban con su espeso y brillante cabello o con la poblada barba de él. Sus voces eran suaves, pero al mismo tiempo sonaban frescas y bien timbradas.

Tanto Demetrio como yo, no sabíamos qué admirar más, si a los dos seres que teníamos enfrente o al paisaje que se extendía ante nuestra vista, que en distintos tonos de verde y separados por caminos de césped, se extendían hasta la playa. No se divisaba ningún ser humano en toda la extensión. Algunos pájaros de distintas especies revoloteaban entre las plantaciones. En los alrededores del comedor se advertía movimiento y como una especie de grandes «pajarracos», que descendían en su contorno.

El hombre pulsó un botón en la mesa en que estábamos sentados y una de las que estaban adosadas a la pared se desplazó hasta nuestro alcance. Ambos se levantaron.

-Sois nuestros huéspedes -dijo la mujer-, permitid que os sirvamos. Si algo de lo que probáis no os gusta, tened la bondad de volcarlo en este recipiente. Estos panecillos están hechos de una mezcla de centeno, arroz, trigo integral y otros cereales agregados. Los jugos son el resultado de una equilibrada mezcla de frutas con miel o yogur.

Tenía verdadera ansiedad por preguntar lo de los «pajarracos». Los dos reían divertidos mientras tomábamos los jugos.

-Tú estás muy preocupado -dijo el hombre, refiriéndose a mí-. En tu pensamiento se ha marcado la palabra «pajarraco». Eso que tú llamas pajarracos, somos nosotros. (Una especie de sudor frío

recorrió mi cuerpo.) Nos desplazamos por el aire de forma individual -continuó-, presta atención y verás que algunos visten un traje especial para protegerse del aire. Son los que van muy deprisa. Otros no llevan más que esa forma de tubo, que adviertes acoplada a su espalda. Ya conoceréis el aparato.

Los zumos estaban exquisitos, pero aquella novedad casi me atragantó, turbando mis pensamientos. La segunda mesa se había desplazado sin que se retirase la primera. Parecían productos lácteos, pues una variedad de quesos, metiéndose por los ojos, nos revolucionaban los jugos gástricos. Había también mantecas y otros preparados que no conocíamos.

Todavía no había digerido el tema de los tubos adheridos a la espalda, pero los quesos, el pan y la manteca, se colaban apetitosos por nuestras gargantas. ¿Nos harían volar? El respeto a la aventura me hacía engullir comida. No sabía si aquella gente tenía siempre tan buen humor o es que les divertía nuestro embrollo como de niños ignorantes. Lo real era que sus caras reflejaban el *súmmun del divertimento*, contagioso para nosotros, que también nos desbordábamos en nuestra alegría.

Lo que parecía un sueño mágico, ¿continuaría? A veces me asaltaba la angustia al pensar si estaríamos muertos. ¿Cómo era posible que nuestro precario falucho hubiese superado tamaña tormenta? Y Bastiano. ¿Por qué no estaba con nosotros?

El hombre había pedido permiso para retirarse un momento.

-Traerá un acerca-imagen -dijo encantadora la mujer-. Nubla nuestra alegría -continuó- el comprobar vuestra desconfianza acerca de esta realidad nuestra. Os aseguro que todo esto es real, que no estáis en vuestras fabulosas creaciones de cielo-infierno y que las concepciones que tenéis de ellos son erróneas.

Existen civilizaciones más avanzadas o atrasadas en su evolución cósmica, respecto a la nuestra o a la vuestra. Nosotros recibimos inspiración de otras civilizaciones más avanzadas. Estamos en el camino correcto. Nuestra evolución es más acelerada. Vosotros recibís inspiración de nuestros centros y de otros al mismo nivel de evolución. No estáis aún en el camino correcto. Vuestra evolución cósmica es mucho más lenta.

Muchas preguntas se iban agolpando en mi mente mientras hablaba la bella atlantaria; pero el hombre llegó interrumpiendo el interesante diálogo. Estaba seguro que me contestarían. No solamente captaban nuestro pensamiento, sino que poseían alguna especie de archivo codificado de todos ellos.

Solicito, atento, simpático y agradable, el hombre nos explicaba el funcionamiento del acerca-imagen. Especie de binocular algo más complicado. Los dos me observaban con cierta avidez cuando me lo llevé a los ojos. Mi obsesión se centraba en observar a los hombres voladores; mas, en aquel momento, no pasaba ninguno.

-Están reunidos en el comedor -dijo el hombre y yo desvié hacia allí el aparato.

No se veía nadie afuera. El edificio era un gran salón de techo plano. Sus paredes consistían en una especie de vidriera continua, excepto los pilares o columnas de sustentación.

-Si quieres ver dentro del comedor -aclaró el hombre- aprieta el botón que está sobre tu nariz.

Así lo hice y pude ver una gran parte del interior. Felices y despreocupados, estaban despojados del raro aparato. Como tónica general eran bellos, tenían el cabello largo así como su barba. Me extrañaba no observar la presencia de niños o jovencitos.

-Si quieres escuchar lo que ocurre dentro levanta este botón -dijo el hombre acercándose a mí.

Y, efectivamente, podía escuchar a la perfección sus voces (aunque no entendía su idioma) Había música de fondo

-Ahora, si quieres mirar afuera, levantamos el botón de encima de tu nariz y bajamos el de sonido. Verás el lugar donde se encuentran colgados los aparatos voladores.

-Los veo -contesté

El aparato en cuestión que tanto me atraía consistía en una

especie de submarino en miniatura con algo parecido a un periscopio corto, del mismo grueso que el tubo, en su parte central. Totalmente simple, sólo unas correas para adaptarlo al cuerpo. Miré a lo lejos, hacia el mar. No había playas. La costa aparecía uniforme y la vegetación exuberante llegaba muy cerca del mar. Deduje que tendrían las mismas estaciones que nosotros, pues divisé pequeñas plantaciones de cítricos, frutas tropicales, plátanos, cocoteros, aguacates y al otro extremo, algo que parecían olivos.

Le pasé el aparato a Demetrio, no sin antes exclamar:

-Todo lo que he visto es maravilloso.

-Observo -dijo la mujer- que tienes muchas preguntas para hacer y no las formulas.

-Pues sí -contesté-, lo primero que me ha llamado la atención es que no he visto niños ni jóvenes.

-Bien -continuó ella-, en Atlantaria tenemos cinco jornadas laborales y dos de descanso. Los jóvenes y los niños viven en el Centro de la Profesionalidad. Antes de decidir su futura profesión conocen todas las actividades: artes, literatura, lenguas, tecnologías. Tienen para su estudio las mismas jornadas que nosotros. Los días de descanso lo pasan con la familia. Hoy es el primer día de labor.

Guayahisen había pulsado otro botón y la tercera mesa se desplazó hasta nuestro alcance. Un pescado, aún humeante, estaba en medio de la mesa. Ysahora se levantó para servirnos. El pescado ¿Habrà llegado por los aires?, pensé

-Horneado al limón -dijo Ysahora que me servía en ese instante.

Guayahisen, mientras, nos acercaba un recipiente de ensalada variada, nuevos jugos y algunos panecillos. Demetrio, que aún tenía el acerca-imagen pegado a la nariz, habló:

-Esto es simplemente formidable -dijo mientras entregaba el acerca-imagen a Ysahora-. Ya le dije a Aristán -prosiguió- que me quedaría aquí para toda la vida.

-Nos place mucho tu idea -contestó Ysahora- pero Atlantaria tiene un plan para vosotros dos. Se trata de llevar un mensaje a un científico de vuestra tierra. En caso contrario lo aceptaríamos. De todas formas -prosiguió- ese deseo tuyo puede verse realizado una vez cumplida la misión. En cuanto a Aristán, ya sabemos que posee una familia y se debe a ella. Por lo que respecta a Bastiano, se quedará hasta su recuperación total. Luego se hará lo que él desee.

El pescado horneado al limón hacía que mi pensamiento retrocediera en el tiempo y que la nostalgia me llenara del recuerdo de las islas. ¿Hespérides? ¿Afortunadas? ¿Atlántidas? ¿Canarias?

¿Por qué?, me pregunto aún hoy, vinieron a mi memoria las palabras de aquel inglés «cuello almidonado», característico super «fanfa» educado en Cambridge, repitiendo luego de cada risotada: «*Tabefe con gofio, jareas al mojo, sancocho al tubérculo arrugado*».

La nostalgia debió dibujar una alegre sonrisa en mi rostro, pues Ysahora y Guayahisen reían pícaramente. Estos atlantarios, pensé, deben leerme hasta los pensamientos que me nacen en la punta de los pies.

Mientras, la comida proseguía normalmente para Ysahora y Guayahisen. Nuestros estómagos eufóricos y agradecidos batían palmas. No habíamos vertido ni un solo sorbo en el recipiente para alimentos rechazados.

La cuarta mesa llegó despertando la gula ya satisfecha.

-Los postres son a base de cuajada, miel y frutas secas. Se los recomiendo -dijo Guayahisen con cara de goloso-: ciruelas, pasas rellenas de almendras, nuez y avellana, gratinadas a la miel y servidas en cuajada fresca; ¡Uhhh...! -y su expresión ascendió a lo apoteósico

-Pronto -anunció Guayahisen- tendrán la oportunidad de ver a nuestros atlantarios desplazarse por el aire. A las quince horas comenzarán a desplazarse hacia los centros de perfeccionamiento, a las academias de arte, a las bibliotecas o hacia las salas de música de los mundos comunicables. Algunos se irán hacia las plantaciones o hacia sus casas.

Habíamos estado casi dos horas comiendo. ¡Increíble! Los dos amigos atlantarios trataban de sofocar sus risas. Según tradujo Ysahora, le parecía haber notado que Demetrio quería más postre. Su rostro estaba encendido como quien es cogido en falta.

-Podéis comer todo lo que queráis -dijo Guayahisen sonriendo ya abiertamente.

-¿Qué edad tiene Demetrio? -preguntó Guayahisen

-Treinta y un años -contestó éste.

-¡Ah! eres muy jovencito -comentó no sin cierto asombro Guayahisen-. Ysahora tiene cincuenta y ocho y yo sesenta y uno.

-¡No! -casi gritamos al unísono Demetrio y yo.

-¡Si parecen más jóvenes que nosotros! -exclamó Demetrio incrédulo.

Yo pensaba que podía ser una broma de gente joven, pero la expresión de ambos parecía la propia del que dice la verdad.

Tenía la impresión de que mi equilibrio mental me abandonaba o de que me faltaba el suelo. Me agarré con ambas manos del posabrazos del asiento, pues si era cierto y los dos me lo aseguraban con la cabeza, no terminaba de conciliar aquella realidad con mis propias conclusiones. Yo tenía entonces treinta y ocho años e Ysahora representaba diez años menos que yo. ¿Cómo digerirlo?

-No os extrañéis -dijo Guayahisen-, os esperan muchas sorpresas en Atlantaria.

-Creedlo -intervino Ysahora-. Tened en cuenta que nuestra media de vida alcanza los ciento veinte años.

Guayahisen, con el acerca-imagen en sus manos, comentó *-Comienzan a desbandarse los móviles aéreos personales. Observad el poco ruido que hacen al volar -me pasó el aparato.*

Creo que hablaba solo mientras miraba. A qué dudarlo, los seres humanos eran dioses en potencia; aquellos atlantarios, hombres de carne y hueso como nosotros nos lo estaban demostrando. ¡Y qué majestuosos hendiendo los aires cual pájaros humanos! Sólo se escuchaba algún ruido al despegar del suelo. Luego, solamente el roce del aire con un cuerpo que se desliza a cierta velocidad.

-¿Qué velocidad alcanzan? -pregunté.

-Estos son normales -contestó él-, para desplazamientos cortos. Alcanzan doscientos kilómetros hora. Tenemos otros que pueden llegar hasta quinientos por hora. En altas velocidades usamos traje protector.

-No observo -proseguí- que desprendan humos o gases, ¿qué usan para impulsarlos?

-Buena pregunta para un terrícola avisado. En principio imitábamos a las grandes aves y lo hacíamos muy toscamente. Acoplamos alas a nuestros brazos y un pequeño acelerador que nos ayudaba a moverlas con cierta rapidez. Nos agregamos un pulmón artificial que llenábamos de un gas mucho más liviano que el aire y, ¡a volar! Nos costaba el despegue, pero una vez a cierta altura nos podíamos permitir, luego de una buena práctica, apagar nuestro acelerador de alas. El comienzo fue de risa y se produjo algún que otro porrazo. Hoy está muy perfeccionado y pensamos que para un futuro no muy lejano, es posible que no precisemos más que nuestros propios poderes. Bueno -continuó-, con respecto a las energías que usamos, existen muchas energías dormidas en la naturaleza esperando la varita mágica que las despierte. Nosotros hemos tratado de usar siempre las menos perjudiciales para el medio. Los componentes del aire, del agua o de la energía solar, desdoblados, dosificados y vueltos a fusionar con otro elemento extraño, pueden convertirse en energías poderosas, baratas y limpias. Las usamos para nuestra propulsión aérea, marítima o terrestre. El procedimiento es tan simple que apenas hemos podido reducirlo o simplificarlo desde que se produjo el descubrimiento. Abrumado por tanta novedad, le pasé el acerca-imagen a Demetrio. Deseaba que por aquel día no nos sorprendieran con nuevos conocimientos. El «caletre» no me daba para más. Pienso que nues-

tros amigos atlantarios jamás lo habían pasado tan bien. Divertidos y sonrientes, trataban, con mucha condescendencia, de aclarar nuestras dudas. Se daban cuenta de que nuestra mente, mil años quizás a la zaga de ellos, apenas podía abrirse paso entre las nieblas que la envolvían para llegar a la comprensión de aquel mundo suyo insólito y maravilloso.

-Sosegaos -intervino amigable Ysahora-. Por hoy no habrá más sorpresas. Deseábamos poneros al corriente de algunas cosas comunes, pues si esta noche coméis en el gran salón, que no os coja desprevenidos el encuentro.

Creo que me embargó una amarga sensación de temor o incapacidad para el evento.

-¿Qué te inquieta? -preguntó Guayahisen.

Y de nuevo parecía estar dentro de mis pensamientos.

-Creo que necesito ordenar tantas emociones recibidas en tan corto tiempo -contesté.

-Propongo -agregué- descansar dos horas y luego seguiremos.

-Bien -aprobó Guayahisen-. Vendremos por vosotros a las dieciocho horas. Si lo deseáis podemos enviaros otra pareja para que vayáis conociendo a más gente, o a dos chicas, como queráis.

-¡Caramba! -dije para nuestros adentros- dos chicas. ¿Habrán percibido mis pensamientos?"

Los atlantarios reían abiertamente, mostrando unos dientes blancos y perfectos. Sentía la inferioridad impotente del hermano menor. Me deben estar leyendo hasta los pensamientos de mañana, pensaba.

-¡Decididlo vosotros! -contesté

Nos acompañaron hasta nuestros dormitorios. Nuevo saludo. Manos sobre hombros

-Paz y felicidad -mirando a lo profundo de los ojos. Transportándonos, durante unos segundos, a lo más recóndito de nuestro interior. Cambio de pareja y nuevo saludo. Océanos de paz, llamaría yo a las impresiones dejadas por aquellos seres de ojos limpios y mirada dulce.

Demetrio, con sus treinta y un años, se tiró sobre la cama y, por un buen rato, lloró como un niño.

-¡Quiero quedarme, Aristán! -me decía-. ¿Por qué no entregas tú ese mensaje?

-Bueno Demetrio, ya veremos lo que ellos deciden. Tendrán sus razones para obrar así.

Charlando de Atlantaria nos quedamos dormidos como pajaritos en la noche.

Una música que penetraba en la piel como una invasión tibia y acariciante trataba de rescatarnos del sueño. ¿Quién la había ideado? ¿De qué desconocido mundo procedía? Una voz fresca y alegre de mujer susurraba:

-*Son las dieciocho horas* -repetido a intervalos razonables, nos puso en pie.

-Tenéis una cita concertada para las dieciocho y quince.

-Debemos darnos prisa, Demetrio.

Por primera vez Demetrio no se me había adelantado, aunque ya comenzaba a desperezarse.

-¡Al baño! -le increpé, tratando de meterle prisa.

A las dieciocho quince estábamos listos.

-*Salid por el pasillo de la derecha y bajad la primera escalera hasta el final.*

Bajamos. Un pasillo nos llevó a nivel de tierra. Una puerta grande

y, del otro lado, ¡oh sorpresa!, dos jóvenes y hermosísimas trigueñas se aprestaban, al parecer, a ser nuestras «cicerones» durante la tarde. ¿Por qué trigueñas?

¡Oh deidades!, que tenéis el poder de hacernos más jóvenes. Color trigo maduro sus cabellos. Brillantes turquesas los ojos enmarcados por pestañas de azabache. Cuerpos tallados en oro.

Después del ritual del saludo me siento navegar en las aguas azules y profundas de sus ojos y me rozan, suaves y perfumados los labios que durante unos segundos me hacen soñar con amores paradisiacos. Cambio de pareja. Las mismas sensaciones acumuladas a las anteriores y que, instintivamente, me hacen volver la vista hacia Demetrio. Su expresión es almibarada, como de miel derretida a fuego lento. El beso era un agregado al saludo ya aprendido. ¿Se estilaba cuando se trataba de sexos opuestos? Realmente apasionante.

Se presentaron.

-*Ella es Artenea* -se refería a la que estaba con Demetrio- *y yo soy Daidha.*

-*Mientras dure la luz del día* -prosiguió- *podemos visitar el acuario de los delfines o hacer un viaje submarino. Cuando acabe la luz natural, bibliotecas, auditorios, exposición de la creatividad, antecedentes y proyección a otros mundos. Vosotros elegís.*

-Por mí -habló Demetrio- me gustaría ver, antes que nada, esos animalitos que nos remolcaron hasta Atlantaria.

-*Adelante* -dijo Artenea.

Caminamos a su lado por una senda de césped bordeada de plantaciones. Bajamos por una escalera mecánica y desembocamos en una amplia galería de doble dirección. Las «divinas», antes de dejar el último escalón, nos advirtieron

-*¡Cuidado con el equilibrio!*

Reían las muy taimadas, pero tan agradablemente que... poner el pie en la acera movable fue un trastabillar de circo. Todos reíamos. Tuvimos suerte de que estuviesen ellas dos para sostenernos, pues en caso contrario hubiésemos caído por los suelos.

Entre risa y risa nos explicaron que la acera se movía a unos treinta kilómetros-hora. Si caminábamos en su sentido podíamos alcanzar los cuarenta o cuarenta y cinco kilómetros-hora.

-¿Probamos? No hay peligro.

La risa picarona de Daidha se nos contagiaba. No conseguía parar de reír y otro tanto le sucedía a Demetrio. ¿Caminar? Ya nos costaba bastante mantener el equilibrio... y la risa.

-Dadnos la mano -dijo Artenea.

Ambas nos tendieron sus manos y comenzamos la maratón del correr y de la risa. En unos minutos desembocamos a unos treinta metros del mar.

-Cambiamos nuestras ropas.

Daidha corrió hacia la derecha. La seguimos y Artenea nos informó que nos quedaba una media hora de luz y había que aprovecharla.

-¿Sabéis nadar?

-Somos marineros -contestó Demetrio mientras bajábamos por unas escaleras.

-¡Aquí! -dijo Daidha que venía con los bañadores-. Entrad y cambiaos.

A los pocos minutos salimos los cuatro con unos bañadores rarísimos. La tela o material, aunque agradable a nuestra piel, era basta y algo pegajosa en el exterior. Nos dirigimos a la orilla. Todo era tan rápido que apenas teníamos tiempo para admirar cada sorpresa.

Fuimos hacia el mar en pos de ellas. ¡Qué barbaridad!, ¡qué líneas y que equilibradas formas!... Ya nos habían comunicado su edad: cincuenta y cinco años. ¡Increíble mundo!

Llegados a la orilla de un mar tranquilo, las dos bellas comenzaron a hablarse en silbos que emitían con labios y boca mirando a lo lejos del mar. En aquel momento recordé a los gomeros (1) y una sensación conocida recorrió todo mi cuerpo.

Una docena de delfines desfilaban haciendo piruetas y saltando como si obedecieran órdenes de las jóvenes. Las dos se lanzaron al agua y dos enormes delfines se adaptaron a su ritmo. Ambas montaron en sus lomos y con una cuerda o brida que llevaban a la cintura, enlazaron su boca, partiendo ambas a una velocidad increíble. Al pasar ante nosotros nuevamente, estaban de pie sobre sus lomos. Los otros delfines seguían sus evoluciones saltando o sumergiéndose bajo el agua a la par de las dos mujeres.

Se me había congelado la sonrisa. Mi boca estaba abierta con la expresión del bobo.

-¡Meteos en el agua! -gritó Artenea.

Demetrio se zambulló nadando algunos metros hacia dentro. Las dos beldades se pusieron a la par entregándole una brida. Un delfín se le había puesto al lado.

-¡Sube! -le gritó Artenea-. El delfín hará lo que yo le ordene, irá despacio.

Demetrio le había puesto un brazo por encima, pero aún no se animaba. Daidha se colocó al lado tendiéndole una mano. Por fin lo vi con los pies apretados al delfín como si se tratara de un caballo. Daidha le ayudaba riendo. Agarrado con las dos manos a la brida, que había enganchado al hocico del delfín, despegó suavemente. Las dos muchachas abrían camino, cual dos vestales del paraíso. El bichito de la audacia se despertó en mí y corrí hacia el mar zambulléndome como una tonina en celo. A los pocos segundos Daidha estaba a mi lado rebosando alegría. Una delfina (digo delfina por los modales delicados que usaba

conmigo) se me acercaba rozando mi costado, indicándome con los movimientos de su cuerpo que la montara sin temor.

-¡Arriba! -dijo Daidha acercándose la brida-. ¡Vamos!

Y me tendía su brazo desde el otro lado del pez. A horcajadas y pegado a ella me di cuenta del porqué del bañador adherente. La delfina partió veloz siguiendo a Daidha para unírnos a la otra pareja. Demetrio parecía haberse adaptado pues observaba que, al igual que Artenea, se atrevía con pequeños saltos.

-¡Me parece que vamos muy deprisa! -le grité a Daidha.

-¡No temas! -contestó divertida.

Creo que aquellos dos angelitos se estaban corriendo la gran juega a costa de los dos terráqueos. ¿Qué concepto tendrían de nosotros? En una ocasión desaparecieron bajo las aguas sobre sus monturas a toda velocidad. Nosotros seguíamos nuestra marcha paralela a la costa. Al minuto nos sorprendieron pasando a nuestro lado desde atrás, con las piernas abiertas en el agua, salpicándonos con una lluvia de gotas y carcajadas.

No me explicaba el dominio sobre los animales. ¿Era mental u obedecían a sus silbidos? Durante un buen rato continuaron los pases y saltos a nuestro alrededor. Los otros delfines se unieron a la orgía de acrobacias, mientras nosotros dábamos vueltas en un círculo amplio. Las dos se pusieron a la par nuestra.

-Vamos hacia la costa -dijo Artenea.

En unos segundos estábamos poniendo pie en la orilla. Educada y amablemente, pero con picardía, reían las dos, tal vez de nuestras caras o de nuestras reacciones. Caminamos hasta el césped sentándonos a descansar.

-Me extraña la ausencia de arena -comenté.

-No tenemos arena -contestó Daidha-. *El césped, aprécialo, es más limpio, más muelle, más sano.*

Quizás tuviese razón. Había caído en la cuenta de que al pisar en

el agua, el material me pareció parejo y distinto a otras costas.

-No tendremos tiempo de hacer un recorrido submarino -comentó Artenea.

-¿En los delfines? -preguntó Demetrio.

-No -contestó riendo Artenea-, *poseemos submarinos como los llamáis vosotros.*

Anochece y ellas decidieron volver. Visitaríamos algunos centros de la Unidad Compacto Este 4.

Para volver usamos otra vía mecánica perpendicular a la costa. Tomados de la mano de nuestras acompañantes caminamos rápidamente sobre la escalera mecánica hacia lo que parecía un pequeño poblado. Un sol «filtrado», según nuestras anfitrionas, alumbraba tenuemente hasta el último rincón, como si la claridad brotase de cada objeto.

Cruzamos algunos pasillos que daban la impresión de ser circulares y concéntricos. Aire, temperatura y luz ambiental eran exactamente iguales al exterior. Llegamos a lo que parecía centralizar las actividades y donde se encontraban las edificaciones de uso común. Echaba de menos nuestras grandiosas iglesias. Pregunté por ellas. Artenea salió al paso de mis pensamientos y mirándome fijamente a los ojos dijo:

-En vuestro Evangelio de Jesús el Cristo se lee: «Dios no mora en templos hechos de manos» (Hechos 17:24), *por lo tanto no correspondería encerrarlo entre paredes. Su esencia desborda hombres y murallas.*

Pero ¿qué podían saber aquellas gentes de religión? ¿Serían humanos de carne y hueso, o también habían sido la resultante de una super máquina ideada por algún geniecillo desconocido? Habíamos llegado.

Daidha se había soltado de mi mano. Volví a tomársela como si quisiera cerciorarme de lo contrario. Ella me miró extrañada y, muy seria, dijo como si contestase a mis pensamientos:

-Somos de carne y hueso. Mira mis manos, dedos y brazos -Puso las manos sobre mis hombros-. *¿Realmente crees que estos ojos que te miran pueden ser contruidos mecánicamente?*

Como si despertase de un sueño contesté:

-Sinceramente imposible -sentía verdaderos deseos de abrazarla.

En aquellos momentos de mi inesperada exaltación pensé: ¡Qué estaría pasando entre Demetrio y Artenea! Daidha reía comprensiva. Nos acercamos a ellos. Artenea dijo que nos quedaba una hora y media hasta la comida.

-¿Qué deseáis visitar? -preguntó.

-Decidan ustedes -contestó Demetrio.

A la sombra de Artenea me daba la impresión de un «peque» protegido y feliz.

-Conviene visitar la Biblioteca Universal -comentó Daidha.

-Adelante -contestó decidida Artenea precediéndonos-. *En el interior debemos hablar muy bajo o telepáticamente.*

Entramos a un largo salón. Su interior era similar a nuestras grandes Bibliotecas. Los libros en su mayoría eran tamaño oficio. Al fondo se observaban gran cantidad de discos y en otro sector, lo que parecían revistas o periódicos.

-Estamos en el sector dedicado al idioma español. Todo lo importante o trascendente que se haya escrito en vuestro idioma, aquí lo tenéis. Poseemos un área dedicada a cada uno de los idiomas que se hablan en vuestra Tierra. Otra dedicada a Atlantaria y su origen el continente Atlántida y otra que se ocupa de estudiar, codificar y equiparar todo tipo de contactos, sugerencias o ayudas de otras civilizaciones en el mismo plano evolutivo o superior al nuestro. Lo hemos llamado Biblioteca -continuó Artenea-, aunque más propiamente tendríamos que llamarlo Tri B-H-D, puesto que condensa lo que vosotros llamáis Biblioteca, Hemeroteca y Discoteca. El saber se asimila preferentemente mediante discos. Un pequeño

disco contiene todo lo referente a una materia, asignatura o especialidad. Es importante y lo usamos en la formación y educación de los niños desde su nacimiento. Para el estudio poseemos técnicas que nos lo hacen fácil y comprensible y que se transmiten, en determinadas circunstancias, a través del sueño.

-Deseas preguntar, Aristán. Hazlo sin temor.

-¿Por qué las civilizaciones superiores no ayudan a nuestra Tierra?

-Periódicamente, y desde hace miles de años, se ha intentado. Muchos han sido inspirados o iluminados. Pocos han sido oídos. Otros han sido tergiversados, manipulados e incluso explotados. Se piensa que hemos fracasado. Vuestra última guerra nos confirma algo así, como si en vuestras mentes hubiese arraigado el virus de la guerra. Vosotros le habéis llamado «Primera Guerra Mundial». En los mundos habitados se la ha catalogado como «brutal y depravado holocausto entre terrícolas».

Pensamos que ninguna civilización, que se precie de serlo, desea relacionarse con un planeta cuya principal meta pareciera ser el odio elevado a la enésima potencia. Mucha maldad deben albergar esos corazones para matarse fríamente sin piedad ni control. Suponemos que si os matáis a millones entre vosotros y es la guerra donde arriesgáis la mayor parte de vuestros bienes, ¿qué no haríais con los pueblos de otros planetas? La comunicación entre la Tierra y otros planetas será imposible mientras vuestro cerebro no recupere la salud perdida.

Creo que estaba lívido. Aquel discurso necrológico me había cortado la inspiración. Si así nos conceptuaban, era justificable la incomunicación.

-Esto no va con vosotros -agregó Artenea-, sois sanos de mente y de cuerpo, pacíficos y de recto proceder. Pasemos, si os parece, al área de Atlantaria. Adelante Aristán -añadió-. Vuelvo a captar tus deseos de preguntar.

-Sí -contesté-, me preocupa lo que has dicho sobre el origen de Atlantaria. Lo situas en el desaparecido continente de la Atlántida.

-Sí Aristán. Es una historia complicada y larga. Nos queda poco tiempo. No obstante, y en pocas palabras, trataré de dar una idea lo más cercana posible a la realidad.

Caminábamos por un pasillo que, posiblemente, nos conducía hacia el área dedicada a Atlantaria. Daidha no había intervenido en la conversación. Me preguntaba si cada una tenía una misión particular o sus especialidades eran distintas. La próxima pregunta pediría que me contestase Daidha. Las dos se habían mirado sonriéndome.

-Yo contestaré, Aristán -me transmitió apretándome la mano cariñosamente.

¿Cómo serían las relaciones amorosas de aquellos seres encantadores? Las risas francas y sonoras de aquellos dos ángeles me devolvieron a la realidad de la telepatía. Ni siquiera podía atreverme a esbozar pensamientos eróticos.

El desplazamiento por el pasillo de acceso terminó. Entramos en el área de biblioteca de Atlantaria y continente Atlántida. Desembocamos en el centro. Se trataba de un hexágono. En medio había una gran columna, también hexagonal, y a cada uno de los lados exteriores se abrían seis salones que albergaban las ediciones correspondientes a todo lo que se había escrito en Atlantaria desde hacia unos once mil años atrás, más todo lo que se había podido salvar del continente Atlántida y que abarcaba más de cinco mil años de su civilización.

Así lo explicó Daidha, mientras Artenea bajaba de un estante con un gran atlas del continente Atlántida, abriéndolo sobre una de las mesas que ocupaban todo el centro de la galería.

-Aquí está el continente Atlántida -explicó Artenea señalando sus contornos- tal y como se encontraba hace exactamente once mil quinientos años, fecha de la última glaciación y aquí -dijo pasando a las últimas hojas del Atlas- tienen los proyectos originales de Atlantaria.

-¿Proyectos originales de Atlantaria? -comenté sorprendido por la novedad.

-Sí -intervino Daidha-, aquí queríamos llegar para corresponder a tu pregunta. Sabéis que la Atlántida fue un continente con una civilización muy evolucionada en aquella época. Bástenos saber que antiquísimos viajeros y cosmógrafos habían conformado su mentalidad afirmando que allí era el Paraíso. Pues bien, la catástrofe, el cataclismo o apocalipsis que sepultó a la Atlántida, fue conocido por nuestros ascendientes con antelación. Civilizaciones superiores nos lo comunicaron, inspirándonos y ayudándonos a resolver la salvación de nuestro pueblo. Así nació el proyecto «Atlantaria». Se trataba de construir una isla-ingenio que pudiese albergar holgadamente a todo nuestro pueblo. Era algo así como lo que en alguna de vuestras historias aparece nombrado como «Arca de Noé». Si bien nuestro «Arca» fue dotada por nuestros amigos con capacidades que le permitían romper la gravedad para moverse en espacios y dimensiones incomprensibles y desconocidas para vuestra civilización.

-Como civilización superior -añadió Daidha- constituimos el elemento de comunicación más cercano y con mayor viabilidad de presencia hacia la Tierra, a la que nos sentimos atraídos, puesto que étnicamente somos el brazo escindido de un tronco común.

-Como les decía anteriormente -intervino Artenea- se trabajó en este proyecto durante más de un siglo, pero elementos extraños cuyo origen nunca pudo ser explicado, dieron al traste con las predicciones de nuestros amigos y con las propias de la Atlántida. La catástrofe se adelantó un cuarto de siglo aproximadamente. A pesar de la gran ayuda prestada por nuestros amigos, dos terceras partes de nuestro pueblo pereció junto con importantes conquistas y realizaciones. La otra tercera parte salvada la constituían, en su mayoría, familias que trabajaban en el proyecto, más todo lo que en los últimos días o instantes se pudo rescatar del cataclismo. En pocas palabras -continuó visiblemente emocionada-, esta es la historia triste de nuestros antepasados.

Tremendo debió ser el efecto de la catástrofe para que, a la distancia de once milenios, aflorasen todavía las lágrimas a los ojos de los atlantarios. Hubo un momento de respetuoso silencio al dolor.

A él nos unimos solidarios. La belleza había cambiado su faz; mas, aún bajo el velo de la tristeza, continuaba el encanto arrebatador de los sueños hermosos, lejanos, inaccesibles. Sorpresas, novedades, emociones y alegrías hicieron el tiempo corto. Era la hora de la última comida en Atlantaria.

-Veintidós horas menos quince -anunció Daidha y, precedidos de Artenea, tomamos el camino del gran comedor.

Durante el trayecto y ya pasada la emoción del recuerdo, Artenea añadió:

-Esta tierra que pisáis es parte del proyecto, inacabado en su extensión, pero total en las capacidades proyectadas originalmente.

«El armamentismo es una enfermedad contaminante. Se agrava con cada nuevo adepto que, transformado en activo co-agente, acelera el desenlace hacia vuestra total aniquilación.»

Por su alta peligrosidad los belicistas deben ser aislados hasta su recuperación total. Como tratamiento de base recomendamos natación intensiva y musicoterapia. Temperatura del agua: 5º C.»

Consejo Científico Superior Médico-mental de Atlantaria.

VI. LA DOCTA CENA

Caminábamos por un pasillo lateral del área de bibliotecas Atlantaria-Atlántida. La personalísima, algo ajena, lejana e individualista Artenea, continuaba encabezando el grupo. Daidha nos había dado la mano a cada uno de nosotros. Demetrio, dirigiéndose a mí, comentó:

-No habrán pensado amarrarnos a un «cuete» volador para llegar al comedor.

-¿Queréis volar? -preguntó sonriente Artenea.

-No -se apresuró a contestar Demetrio-, mejor caminar.

Se escuchó una risa con sordina de las dos atlantes.

Las atlantes, pues, al fin y al cabo de ellos descendían, hablaban tan suavemente que era preciso poner por nuestra parte una especial atención. Por eso digo que su risa era ensordinada, algo así como una risa terrícola con doble sordina.

Desembocamos a una acera mecánica que pronto nos llevó a unos cien metros del comedor. Al salir al exterior, multitud de aparatos voladores protegidos por un aura de luz azul, tomaban tierra en los alrededores del comedor. Un increíble espectáculo atrapó nuestra curiosidad. Al fondo, y como si brotaran del mar, varios objetos

esféricos color fuego se elevaban hacia el cielo, a velocidades alucinantes.

-¿Qué son? -pregunté.

-Aparatos voladores o naves con capacidad para varias personas -contestó Daidha.

Sentía la presión de sus dedos en mi mano.

-¿Y esa velocidad aterradora?

-Lo hacen a la velocidad de burbujas sonoras y como si fuesen engarzadas en ellas. Existen otras pero ya es la hora. Vayamos hacia la entrada.

¡Qué paraíso de gentes! Hermosura, belleza, armonía, encanto. Estaba alelado. Mi vista iba de unos en otros, como el goloso ahito que quiere encontrar algo nuevo que le aporte más sensaciones. Inútil tentativa. Allí todos y cada uno de ellos o ellas, componían una obra de arte. ¿Practicarían la Eugenesia?, pensé. Ellos también nos miraban con curiosidad, pero con la exquisita sensibilidad del ser superior que domina su ego para no herir la susceptibilidad de los no iniciados. Todos parecían querer estar a nuestro lado.

En la puerta esperaban con abierta ansiedad Ysahora y Guayahisen. Ambos brindaron el saludo de rigor a nuestro grupo.

Conducidos por Guayahisen traspasamos el umbral. El salón era amplio y el silencio casi absoluto. Posiblemente se hablaban telepáticamente. Pensaba que ante la expectación por conocer a dos terrícolas, la presencia sería total y así lo parecía. También imaginaba que aquel grupo de gentes, unos cuatrocientos que se convertirían en unos quinientos con los estudiantes, hubieran producido un barullo infernal en nuestra tierra.

Las mesas eran todas iguales y tenían capacidad para siete personas, si bien algunas no estaban completas. Ante tanta belleza ilustrada, pues todos daban la impresión de más cultura que belleza, me sentía disminuido al mínimo común denominador.

Ysahora, que siempre trató de inyectarnos optimismo, nos habló en voz muy baja.

-El asiento que queda vacío lo va a ocupar Imobac, componente del Consejo de Comunicaciones Exteriores.

Mayor confusión para nuestros pobres cerebros. Enfermos, según ellos.

Demetrio y yo nos habíamos sentado en un lateral de la mesa. En las dos cabeceras, Ysahora a mi lado y Guayahisen al lado de Demetrio. Frente a nosotros, Artenea al lado de Guayahisen. A continuación Daidha y, el lugar vacío entre Ysahora y Daidha, lo ocuparía Imobac frente a mí.

El aperitivo, al parecer, era la música de fondo; destraumatizante, relajante y vaciadora de procesos mentales esclerosados. Estos eran los pensamientos que se forjaban en mi mente. Ysahora me miraba complaciente y comprensiva. De ella venían los pensamientos. Extendí mi vista por encima de sus hombros. Toda la concurrencia permanecía como en meditación profunda. Recordé los consejos de los atlantes para la pre-alimentación: *sosiego total, haz que la comida sea una fiesta para tu cuerpo, para tu espíritu y también para los demás.*

Algunos rezagados continuaban llegando, entre ellos Imobac que sorteando algunas mesas se dirigía directamente hacia nosotros. Así lo había anunciado telepáticamente Guayahisen. Tratábase de un hombre quizás en los albores de la plenitud física en nuestra Tierra, pero en Atlantaria, ¡quién sabe los años que tendría!

-Ciento siete -resonó en mi cerebro la voz de Guayahisen.

Me sacudió la noticia. Su pelo aún no era cano, aunque su rostro denotaba la madurez consciente de una vida en plenitud de realizaciones compartidas, de paz, de felicidad. Reflejaba la serenidad de los justos o la bondad de los fuertes de espíritu. Al llegar a nuestra mesa se dirigió a mí con una sonrisa acogedora y colocando sus manos sobre mis hombros expresó en voz alta el saludo. Su mirada de ciento siete años, profunda y vivaz, me invandió. A través de sus ojos sentí como si todo el vigor acumulado durante su vida, se transmitiera a todo mi organismo.

-Amigo -me dijo con una voz dulce, casi inaudible-, *tenemos mucho que hablar y que aprender.*

A continuación saludó a Demetrio, luego a las damas y a los hombres, tomando asiento entre Ysahora y Daidha. Yo temía el diálogo con aquel hombre de ojos penetrantes.

Mientras nos saludábamos, casi todos los asistentes se habían levantado para servirse la comida, que tomaban de algunas mesas dispuestas para tal fin.

-¿Nos servimos? -preguntó Guayahisen.

-Vamos -contestó Imobac.

Nos levantamos. Artenea se había puesto al lado de Demetrio y Daidha al mío. La comida, como todas en Atlantaria, pienso, se basaba en una gran cantidad y variedad de productos totalmente naturales. Era una satisfacción ver o sentir el ambiente familiar y la sana alegría que discurría, por así decirlo, entre toda aquella gente tan atractiva. Cada sonrisa, cada rostro o cada mirada, parecían insuflar vehementes anhelos de amar la existencia, de darte a las gentes, de realizarte para llegar a ellos y merecerlos. Porque cada impresión recibida de aquellos seres conformados armónicamente, enriquecía y guiaba nuestra propia existencia hacia la superación constante.

Nos habíamos sentado nuevamente. La música de fondo ahogaba los pocos ruidos propios de una comida de cuatrocientos comensales. Sonreían haciendo algún que otro gesto. El silencio era casi total. Podíamos disfrutar de la música a «nuestras anchas». La única mesa donde se hablaba emitiendo sonidos era la nuestra.

Imobac no desaprovechaba ocasión para dirigirme alguna pregunta. La conversación se generalizó en voz muy suave, girando en torno a temas de nuestra isla, de nuestra patria, de nuestro mundo. El pensar lo poco que podíamos aportar dos marineros de costa que apenas habían cubierto el currículum de la época, o sea, leer, escribir y cuentas, me mantenía nervioso frente a Imobac y a los otros comensales.

Eran amigos de veinticuatro horas con una evolución muy superior, con dominio de idiomas, telepatía, conocimiento o contacto con civilizaciones superiores, al tanto de gran parte de lo que ocurría en nuestro planeta. ¿Qué podíamos agregar nosotros?

A toda costa, él quería saber. Me hablaba de la última guerra en la Tierra, o sea la primera guerra europea. Decía que le costaba creer que el número de muertos hubiese llegado a diez millones más veinte millones de heridos. Se le descajaba el rostro cuando comentaba esto.

-En Atlantaria o en cualquier otra civilización, cuando una sola vida está en peligro, se moviliza todo el país para salvarla. A vosotros, ¿os gusta matar?

-¡Noo! -contestamos a dúo.

-¿Os han enseñado a matar?

-Nos han enseñado -contesté- a manejar un arma para defender a la Patria.

-¿Para defenderla? ¿De quién?

-De cualquier otro país que se le ocurra invadirnos para apropiarse de nuestras tierras, robarnos nuestras riquezas, o llevarse a nuestras mujeres.

-¡Ah!... acabemos. Vosotros os dedicáis a amontonar riquezas, a poseer tierras y mujeres.

-No señor -contesté molesto-, nosotros no poseemos riquezas, ni tierras, ni mujeres.

-Entonces, Aristán, explicame qué fin tiene para vosotros el que os preparen para matar en la defensa de esos valores, si no poseéis ninguno de ellos

-A nosotros nos preparan para defender la Patria -volví a repetir.

-Claro Aristán, os preparan para que os defendáis de otras patrias.

Mis preguntas van encaminadas a determinar exactamente el origen de vuestras guerras, o a descubrir algún factor que justifique la matanza de diez millones de seres, o de un millón, o aunque fuese de un solo ser. Atlantaria y otras civilizaciones viven preocupadas por esa trayectoria de matanzas que habéis elegido para dirimir vuestras diferencias. Pueden obecer, entre otros, a una superpoblación agobiante o a una malformación congénita que os impela a matar como necesidad insoslayable. Ningún caso justifica las horribles matanzas. Todos tienen solución simple.

Mientras hablábamos, la comida transcurría despaciosamente, aunque con cierto nerviosismo por parte de Demetrio y mía. Nos sentíamos aludidos en todas las apreciaciones. Imobac saltó como si le picara una avispa.

-¡Perdón!, Aristán y Demetrio por haberos molestado. Os apreciamos mucho, pero tened en cuenta que lo que pasa en vuestro planeta nos preocupa. Por eso estáis aquí. Pronto partiréis con un mensaje para una personalidad de gran prestigio en vuestra tierra. También tenemos noticia de que habéis guerreado por el último inventor que llega y deposita la semilla de su idea o creencia en vuestro débil cerebro. Es lamentable que no hayáis desarrollado en vosotros el valor suficiente para decir ¡No!, cuando lo que os proponen implica el empuñar un arma para matar.

-Estoy de acuerdo, Imobac -contesté algo azorado-, pero no puedo aclararle ni motivos, ni justificaciones de nuestras guerras.

Algunos, que habían terminado de comer, se desplazaban hacia un amplio escenario donde se veían multitud de instrumentos musicales. Imobac me comunicó que al día siguiente nos reuniríamos para degustar la tableta personal con el Consejo de Comunicaciones Exteriores y que allí nos darían instrucciones acerca del mensaje que transmitiríamos a un personaje de nuestra tierra.

Se levantaron Ysahora, Guayahisen e Imobac, encaminándose al escenario. Este tendría unos cincuenta metros de ancho por otros tantos de fondo. Casi el total de la concurrencia tomó asiento en él. Daidha y Artenea nos explicaron que después de cada comida interpretaban música. Dado que cada atlantario debía ejercitarse

en alguna de las bellas artes y teniendo en cuenta la extensión de su vida, conseguían niveles de alta calidad artística. En aquella ocasión, y en nuestro honor, interpretarían la 1ª parte de una obra de reciente creación en nuestro planeta. Se titulaba: «La Octava Sinfonía de Gustav Mahler, llamada también De los Mil». No conocíamos nada en esta materia aunque, a juzgar por los preparativos, tendría que ser algo asombroso. Según Artenea, dos grupos de personas, situados a ambos lados del escenario, formaban coros mixtos de unas ciento treinta voces, más los solistas. En la parte central del escenario se iban colocando cada vez más instrumentistas de ambos sexos. Superaban los doscientos. Interpretarían hasta las veinticuatro horas, aproximadamente, tiempo fijado para retirarse a sus casas, cuando el día siguiente era laborable. Puedo decir que aquel alarde de sonidos y voces combinados atraparon nuestra atención, manteniéndola en vilo hasta el final. Mientras escuchaba el manjar sonoro, que parecía proceder del mismo cielo, pensaba en aquel pueblo maravilloso que tenía tiempo para ser bellos, trabajar, mantener la felicidad y aún deleitarse interpretando música por ellos y para ellos. Puesto que en el comedor quedarían apenas unas cien personas. Todos, intérpretes y oyentes, estaban concentrados en aquella fiesta para los sentidos y el espíritu que yo jamás había escuchado, aunque su procedencia, ironías del destino, fuese de nuestra propia tierra.

-¿Qué os parece? -nos preguntaba Daidha con el dedo de silencio sobre los labios.

-¡Extraordinario! -contestaba nuestra mente, reforzando la aprobación con movimientos de cabeza y con el gesto.

Pocos minutos antes de media noche terminaron su actuación. Frené a tiempo mi impulso de aplaudir. Todo el mundo se había puesto en pie en actitud de admiración y respeto. ¡Claro! -pensé- si la felicitación, el aplauso caluroso o el rechazo, pueden recibirlo de mente a mente, ¿para qué aplaudir? Por otra parte había observado que los atlantarios evitaban los ruidos, tanto como el alimento procedente de cadáveres o el alcohol. Mi imaginación, siempre en actividad, se preguntaba: ¿Cómo se las arreglarían para recibir tantos plácemes a la vez? Me imaginaba un repiqueteo de gallinero en el cerebro de cada intérprete. La confusión se adueñaba de mi mente. ¡Estaban tan distanciados de nosotros en la

escala evolutiva! Es posible que lo hubiesen resuelto como lo presentaba mi imaginación: una enorme y ordenada cola de plácemes esperando turno para hacer presente su elogio en la cámara receptora de pensamientos de cada oyente y de cada intérprete. Sentí del otro lado de la mesa algo así como los escapes de un histerismo contenido. Artenea y Daidha contenían su risa con dificultad. Tuve la impresión de que fotografiaban mis pensamientos para pasarlo bien.

¿Cómo era posible -me preguntaba- que tanta belleza junta, ahí al alcance de la mano, no me inspirase pensamientos eróticos? Tenía treinta y ocho años. Creo que estaba en la cúspide de mi fortaleza física; sin embargo... Nuevas risas de nuestras anfitrionas que no cesaban de mirarnos, mientras continuábamos de pie. Resumí mis divagaciones rubricando que la superbelleza intelectualizada mantenía apagados los fuegos de mi vulcanismo erótico. No sabía qué pensaría Demetrio. Apenas habíamos tenido tiempo de cambiar alguna que otra impresión.

Cesaron las risas. Vuelta a la compostura. Algunos intérpretes abandonaban el escenario dirigiéndose a sus respectivas mesas. Llegaban Ysahora y Guayahisen tomados de la mano. Parecían el Sol y la Luna derramando felicidad. ¿Estarían casados?, fue el primer pensamiento que se me ocurrió ante aquel expresivo cuadro de felicidad inocultable. Las dos bellas felicitaban, me supongo; a Ysahora con el saludo ritual. También a Guayahisen. Mientras lo hacían, Ysahora que tenía su asiento junto al mío me extendió los brazos para el saludo. Yo la felicité de palabra.

-Te estás preguntando, Aristán, así lo capté mientras nos dirigíamos aquí, si Guayahisen y yo estamos casados. Te aclaro que aquí no existen las ceremonias de tu tierra para unir dos seres. Es cuestión exclusivamente personal. Cuando deciden unirse su meta más codiciada es procrear un hijo o dos, que es el máximo que nos podemos permitir. Nosotros tenemos dos hijos. Estamos en la cumbre de nuestra realización mutua. Nos amamos. Amamos a nuestros hijos y nos sentimos amados por ellos.

-Pero eso de no procrear hijos, más que cuando y cuantos se estipulan ¡es horrible! -contesté.

-Nosotros no nos lo planteamos así. Lo que vemos realmente horrible, y no quisiera herirte Aristán, es privar de la vida matándolos violentamente, a diez millones de seres como ha ocurrido hace poco en vuestro planeta. ¿No te parece monstruoso Aristán?

-¡Claro!, Ysahora, ¡es espantoso!

-Lo que pasa, Aristán, es que ya son muchas guerras. Os han acostumbrado a ellas y cuando os anuncian la muerte de diez millones de seres, iguales a vosotros, el hecho pasa frío a través de vuestra mente, como un telegrama de números decapitados, incomprensibles. Para no desentrañar la escalofriante realidad, para no preocuparos, sufrir o pensar; envenenáis un poquito más vuestro cerebro. Una copita más, un cigarrillo, un café y os sumergís, obnubilados, en actividades inacabables, irracionales y embrutecedoras. Diez millones de muertos, veinte de heridos; cantan los teletipos. Treinta millones de padres. Otros tantos de hermanos y familiares afectados y... ¡Oh tragedia de la conciencia envenenada! Nadie da un paso, levanta un dedo o alza su voz para oponerse a tamaña monstruosidad.

-Amigo Aristán -intervino Guayahisen-, no tomes lo que decimos como algo personal. Comprendemos que te afecte. Tú vives en aquel mundo. Piensa que lo que tratamos es de hacerte tomar conciencia de ese hecho monstruoso, ya que todo ello es parte de nuestro mensaje a tu mundo.

La llegada de Imobac creí que me salvaba, de momento, del sermón en «do sostenido mayor».

Casi toda la concurrencia se había ido retirando. Quedaban pequeños grupos que estaban en animada charla, suponía por sus gestos expresivos. Una vez saludado Imobac, nos levantamos y caminamos hacia la salida. Imobac me recordó la reunión del día siguiente, a las trece horas, advirtiéndome que Guayahisen vendría a recogernos a las trece horas menos quince.

Nos dirigimos hacia la salida de los aparatos voladores. Saludo ritual. Las dos bellas e Imobac se acoplaron su aparato a la espalda, subieron caminando a una especie de balconada a unos seis metros del suelo y despegaron como bólidos, tomando cada uno distinta dirección.

Ysahora y Guayahisen nos acompañaron hasta nuestros dormitorios tras caminar por senderos cubiertos de césped unos quince minutos, durante los cuales nos recordaron la entrevista nuevamente. El desayuno lo haríamos solos, a fin de que tuviésemos algún tiempo para cambiar impresiones entre nosotros. Nos llamarían a las ocho, ya que a las nueve y treinta vendría a buscar nos una nueva pareja, con el fin de que conociésemos el mayor número de personas durante nuestra estancia en Atlantaria.

-No os sorprendáis -agregó Guayahisen-, pueden venir dos, tres o cuatro. La totalidad de la Unidad desea estar con vosotros, aunque en la comida todos tuvieron oportunidad de conoceros, os han dejado tranquilos porque de antemano habíamos establecido la norma de que nadie, salvo los de vuestra mesa, se acercara a vosotros.

A pesar de nuestro rejuvenecimiento, que lo apreciábamos efectivamente, la actividad desplegada, las emociones vividas ante tanta sorpresa o novedad, me habían cansado. Al llegar a nuestros aposentos eran las cero treinta horas de un nuevo día. Así nos lo hizo saber Guayahisen, entregándome un anillo que colocó en mi dedo central. En él se marcaba esa hora. Cuatro esferitas diminutas marcaban la hora, el día, el mes y el año de nuestro calendario.

Guayahisen se despidió con el ritual «Paz y felicidad». El saludo era algo a lo que no me acostumbraba. Resultaba como un balance o estado de los afectos. Ellos se entregaban abiertamente. En nosotros obraba la carga de los siete velos inhibitorios, obstaculizándonos el mostrar la profundidad de nuestras reservas positivas, morales, afectivas, con la sinceridad y pureza que lo hacían ellos; con naturalidad, como una flor cualquiera nos entrega su perfume, sin que su color se inmude o se conturbe por ello.

Creo que ambos teníamos deseos de estar a solas para contarnos nuestras impresiones. Una vez llegados a nuestros aposentos nos pusimos las manos sobre los hombros diciendo «Paz y felicidad» a un tiempo. Reímos. Aún nos parecía un sueño todo lo que nos sucedía. Nos dimos un baño relajante, nos cambiamos de ropa y, una vez cada uno metido entre sábanas, rememoramos todas las incidencias de la aventura más fabulosa que podía ocurrirle a un ser humano. Después de hacer un repaso general me dirigí a mi amigo:

-¿Qué me dices de las mujeres, Demetrio?

-No sé qué me pasa Aristán. Son tan bellas, tan elevadas, que no me ha pasado por la imaginación ninguna clase de pensamientos, digamos eróticos.

-A mí me pasa igual, chico; pero... -miré el anillo-. ¡Son las dos Demetrio! -comenté.

-Exactamente -dijo mirando el suyo propio.

Me aclaró que mientras Guayahisen colocaba el anillo en mi dedo, Ysahora había hecho otro tanto con él.

-¿De qué material estarán hechos? -preguntó-. Parece platino.

-Un buen recuerdo de Atlantaria -concluí mientras apagaba la luz.

El sueño se apoderó de nosotros instantáneamente.

En el profundo misterio de los desiertos estelares fuimos origen, plan, sistema.

Irracional e ilógico resulta concebir o aceptar un plan de creación de la vida, junto a otro simultáneo para destruir la misma antes de su total y plena realización.

VII. DESPEDIDA DE ATLANTARIA. 1^{er} MENSAJE

A las ocho menos cinco el reloj telepático nos hablaba de paz, de legendarios días a pasar en regiones perdidas en los espacios infinitos donde «paz y felicidad» parecieran constituir el centro convergente del devenir eterno. Retozones y eufóricos nos dirigimos al baño, atrayente como una atlantaria y entre caricias tibias de aguas, esponjas y perfumes, vestimos nuestras ropas y nos encaminamos al comedor como dos conquistadores bajo una piel dieciochoañera.

Una mesa llena de alimentos nos esperaba. Era nuestro primer desayuno en Atlantaria, pues el que debió ser primero lo habíamos pasado durmiendo mientras reparaban quirúrgicamente nuestro organismo.

Nos sentamos en la terraza para disfrutar de la visión que ya habíamos contemplado en el almuerzo del día anterior. Aparatos voladores individuales y otros de mayor envergadura cruzaban el cielo a poca altura y en distintas direcciones.

-Creo, Aristán -exclamó Demetrio-, que Dios ha marcado nuestro destino

-No sé, Demetrio, esto es tan insólito y maravilloso que me veo como los discípulos de Jesús, marneros toscos e ignorantes como

nosotros, que se unieron a él atraídos por su taumaturgia encantadora. Al igual que ellos, nosotros aún no estamos seguros de que esto sea sueño o realidad y de si todo lo que nos rodea y que hemos visto, sea real o producto milagrero de los atlantarios. De una u otra forma, hemos de aceptar que todo esto constituye un privilegio y que las gentes conocidas tienen la sonrisa limpia y las ideas blancas.

-Me gustaría quedarme aquí, aunque no sea sino para vivir con ellos y aprender -agregó Demetrio.

Pulsamos un botón y la mesa de alimentos se nos acercó a la terraza. Lo que me llamó poderosamente la atención fue una gran ensaladera llena y variada. Jamás había conocido ensalada en los desayunos de mis treinta y ocho años. Demetrio tampoco. Media docena de huevos humeantes (parecían fritos), otra novedad en nuestro alimento matinal. Variedad de quesos y mermeladas metiéndose por los ojos, pescado asado -otra novedad-, y como en toda comida, gran variedad de frutas secas y no secas.

-Me suscribo por cien años -comentó Demetrio festivo.

¡Cómo reírían nuestros atlantes! Estaba seguro que seguirían nuestras pueriles evoluciones.

A las nueve y treinta, de acuerdo con nuestros anillos, salíamos hacia las aires limpios de la visión pura. Afuera, cuatro personas esperaban. Tres mujeres y un hombre que, por lo que se apreciaba, estaban en amena y alegre charla. Envidiable. Estos atlantarios, pensé, siempre de buen talante. O no existían las preocupaciones o las dejaban en casa.

El hombre con expresión de super-joven e inteligente se adelantó para saludarnos y presentarse. Luego de su saludo ritual, dijo:

-Yo soy Aythami. Ella -refiriéndose a la más cercana- es Yguanira, mi pareja.

Yguanira nos saludó. Era una belleza morena, de ojos verdes y cabellera negra que le caía hasta la cintura. Dos trigueñas deliciosas completaban el grupo: Aridane y Delioma.

Aythami nos explicó que habían planeado un paseo en una nave mar-aire con capacidad para seis pasajeros. Caminamos sobre el césped hacia una entrada subterránea. Bajamos hasta la acera mecánica. Antes de poner pie, Aythami me había tomado de una mano. La «cachonda» acera, a cada nuevo uso, parecía más rápida. Desembocamos en un pequeño hangar. Unas diez naves color cielo estaban alineadas. Tendrían unos siete metros de largo y parecían delfines, o más bien pepinos puntiagudos. Yguanira pulsó un botón que abría una puerta. Aridane tomó de la mano a Demetrio y entraron. A continuación, Delioma hizo lo mismo conmigo y en último término lo hicieron Yguanira y Aythami. La abertura se cerró. Era espaciosa y cómoda para los seis.

Por lo que deduje, Aythami e Yguanira eran los encargados de conducir. Detrás estábamos Delioma y yo y, en último término, Demetrio y Aridane. Un zumbido imperceptible nos informó que el aparato estaba en marcha. Salimos a una amplia explanada. Aythami nos aclaró que podíamos despegar hacia el espacio desde tierra, pero que el despegue era mucho más suave desde el mar. Hacia allá nos desplazamos sobre una especie de carril.

Delioma me explicaba, mientras acercaba, para que me lo colocara en los ojos, un aparato con una minúscula palanca en el medio que colgaba del techo y con el que podía admirar el panorama de mi izquierda, de mi derecha, hacia adelante, atrás o arriba, según moviese la palanquita en esas direcciones. Lo colocó sobre mi nariz. Maravilloso. El panorama que se abarcaba era superior al normal de nuestra vista.

El carril nos había depositado suavemente sobre el mar. Bandadas de delfines deambulaban a nuestro alrededor haciendo piruetas. Delioma me indicó que mirase por el acerca-imagen múltiple. Fabuloso. Nos desplazábamos suavemente cerca de la costa. Pulsando la palanca hacia la derecha, el panorama de Atlantaria me parecía un islote cuya superficie hubiese sido aprovechada en su totalidad. No se veían edificios. Pequeñas casitas aisladas y pegadas a tierra, se divisaban perfectamente, también algunos moradores que tenían su actividad en la tierra.

La nave había tomado bastante velocidad. A mi espalda los delfines marcaban docenas de estelas que se alejaban, cada vez más,

de nosotros. De repente, la nave disminuyó su velocidad y comenzó a sumergirse suavemente. Dentro no se escuchaba ruido alguno. Delioma me indicó que mirase a mi placer a todos lados, pues le parecía que sería muy interesante para nosotros. Ella también tenía un aparato sobre sus ojos. La nave continuó disminuyendo la velocidad hasta deslizarse suavemente entre las aguas, permitiéndonos admirar miríadas de peces que se desplazaban en bandadas multicolores. Raros ejemplares, solitarios o en pequeños grupos. Aythami anunció que estábamos a veinte metros de la superficie. Que bajaríamos a cuatro mil metros aproximadamente y que iluminaría nuestro contorno para que pudiésemos ver los habitantes de las profundidades marinas. La visibilidad se iba enturbiando a medida que descendíamos. En un momento determinado cuando apenas veíamos, las aguas se iluminaron. Yguanira sugirió mirar hacia abajo moviendo la palanca en sentido vertical.

Increíble la cantidad y variedad de especímenes marinos que jamás habíamos visto. Atraídos por la luz, se aproximaron lo que me parecieron millones de peces que pululaban a nuestro alrededor. El espectáculo de los fondos marinos fue fascinante. Habíamos estado rodeando Atlantaria, una escasa media hora.

Aythami anunció que subiríamos y que nos atásemos al asiento. Delioma me indicó que apretando un botón de mi posabrazos quedaría atado de pies, manos, vientre y cabeza. Uniendo palabras y acción, ella había quedado totalmente atada al asiento. Una ancha faja le rodeaba tórax y abdomen. Me hubiese gustado ver la cara de Demetrio, pero en este momento era imposible.

-¿Estamos? -preguntó Yguanira.

La respuesta afirmativa hizo que el aparato tomase mayor velocidad e iniciase el ascenso en una línea de cuarenta y cinco grados. Nuestros asientos giraron a su ritmo, quedando siempre en posición vertical. En unos minutos nos deslizábamos suavemente por la superficie. A mi derecha la línea de la costa. El paisaje poco cambiante. No había observado montañas en Atlantaria, sólo una elevación no muy pronunciada hacia el centro del islote. que también se divisaba ahora desde este otro lugar

Cuando Aythami dijo que daríamos un paseo sobre Atlantaria, jamás pensé que íbamos a volar. Ese proyecto no se le había planteado a mi imaginación ni siquiera en sueños.

El aparato tomó una carrera impresionante mientras nuestros asientos se inclinaban suavemente hacia adelante. En unos segundos, y mirando por el ojo de buey, me di cuenta que habíamos despegado del agua.

-Volaremos -anunció Aythami-a unos mil metros sobre el suelo de Atlantaria.

Ya estábamos volando encima de Atlantaria. El panorama resultaba uniforme. Plantaciones, árboles. Todo verde, sin embargo, algo no encajaba en mi entendimiento. El aparato una vez tomada altura se deslizaba suave sobre Atlantaria.

-Pasaremos -anunció Yguanira- sobre el Centro de Profesionalidad.

La costa era pareja y uniforme. En ese momento volábamos casi en el centro del islote y se divisaba todo el contorno. Tenía la forma de un enorme buque ensanchado en su parte central. En medio y, totalmente simétrico a las costas, se perfilaba un pequeño lago.

-Ahí, a la orilla del agua, el edificio que se ve es el Centro de Profesionalidad -anunció Yguanira-, aunque no se ve totalmente ya que el resto es subterráneo.

La luz se hizo en mi entendimiento sobre lo que no encajaba. Si todo aquello era una parte del proyecto original construido por los atlantes, era lógico que no encontrase el aspecto de un islote natural, concepto que se había fijado en mi imaginación. Esta vez los atlantarios no aclararon nada sobre mis divagaciones.

Aythami nos anunció que tomarían altura y que si no había nubosidad podíamos distinguir el contorno de las Islas Canarias.

El aparato se elevó casi verticalmente. Nuestros asientos giraron a la vertical y con una velocidad vertiginosa, tuve la impresión de que una puerta invisible se abría dando paso al bólido que se

metió en un colchón de nubes negras para posteriormente, y en pocos segundos, salir como un cohete al limpio azul del cielo.

Estamos a cinco mil metros. Si miran a nuestra derecha verán el pico del Teide.

Efectivamente. Brillante y refulgente, rechazaba los rayos solares como si fuese un espejo.

-Lamentable, un espeso manto de nubes bajas cubre todo el archipiélago -comentó Aythami.

-Nos podían acercar a nuestra isla para disfrutar su vista desde arriba -dije en un arrebato de animación.

-No nos está permitido volar a poca altura y mucho menos a pleno sol -contestó Aythami-. Bajaremos suavemente. Se acerca la hora de vuestra cita.

No comenté nada más, pero mientras bajábamos, acuciantes preguntas se amontonaban en mi pensamiento. Estaba seguro de que ellos las captaban y también iba concienciándome de que existían muchas que no podrían aclararme.

A mi lado Delioma, dulce y amable, sonreía con el gesto de la comprensión plena y responsable de una profesora, a mil años luz de un pescador terrícola, cuya capacidad de deducción o raciocinio era muy pobre.

-Todo a su debido tiempo, Aristán -dijo, como para aplacar el bullir de mi mente-. Pensamos que con lo que conocéis de Atlantaria os podéis hacer una idea muy aproximada a la realidad.

-De acuerdo, Delioma Es que son tantas y tan variadas las sorpresas y novedades recibidas en tan poco tiempo que mi cerebro agota su capacidad

-Ya os queda poco -contestó Delioma.

Habíamos llegado tan vertiginosamente como subimos. Sin embargo, no habíamos sentido ni siquiera una vibración. Había sido

un viaje de ensueño, como todo lo que habíamos vivido en Atlantaria. Retomamos el carril que nos condujo al subterráneo de donde habíamos salido. Tan pronto tomamos contacto con el agua, nuestro cuerpo quedó libre de ligaduras. Como quien da un paseo en un bote de remos, así bajamos de aquel aparato de fábula.

-¿Qué os ha parecido? -preguntó Aythami.

-Prodigioso -dije.

-A mí -intervino Demetrio- me parece mentira. Todavía no creo que haya estado allá arriba cerca de las estrellas.

-Pues hasta ellas podemos llegar, amigo Demetrio.

Yo miré incrédulo a Aythami y también hacia las chicas, pensando que aquello era una tontería.

-Creo -agregó- que tenéis el tiempo justo para llegar a vuestros aposentos donde os espera Guayahisen. Delioma y Aridane os acompañarán.

Nos despedimos de la pareja y en compañía de nuestras bellas de aquel segundo día en Atlantaria, nos encaminamos hacia nuestro habitáculo.

Las palabras pronunciadas por Delioma: «Ya os queda poco» me preocupaban. ¿Significaban que nos quedaban pocas novedades por conocer o concretaban la realidad que tanto temía, o sea, el abandono de Atlantaria? Esta idea me entristecía. Sin darme cuenta le había tomado apego a aquella realidad viva, palpitante, distinta, que había tomado derroteros más altos y encomiables. Consciente y eminentemente, eran hombres y mujeres de paz, que profesaban un amor entrañable a toda creación de la naturaleza, como a toda creación propia.

Habiendo partido de un tronco común, sus caminos y los nuestros seguían rumbos divergentes. Mientras nos acercábamos a nuestro alojamiento, recordaba todas las miserias humanas: enfermedades, penurias. El trato y desprecio de dignidades y pode-

rosos, las luchas a muerte entre credos o religiones. La tiranía de los encumbrados sobre la desdicha e ignorancia de los pobres, las injusticias, la farándula de vividores y ladrones o los falsos predicadores, que acrecientan sus bienes viviendo de la credulidad o de la ingenuidad humana.

Aridane, que abría la marcha junto a Demetrio, se volvió para dirigirse a mí:

-No debes atormentarte, Aristán, por todo lo que acabas de recordar. Vosotros dos sois hombres de trabajo y de paz, sois hombres sanos. Continúa en ese camino de paz y trabajo. Derrama vuestro amor entre vuestros coterráneos y tendréis felicidad. En cuanto a tu pregunta de si os queda poco, es cierto. Vuestra partida está prevista para mañana.

Creo que, tanto Demetrio como yo, acusamos en nuestros rostros el impacto de la pena y el desconcierto que nos producía la noticia.

-Vuestra pena es grande -dijo Delioma-, mas pensad que la esperanza de volver a Atlantaria, una vez que hayáis cumplido nuestra misión entre los vuestros, os compensará con creces de lo que sentís en estos momentos.

No me resignaba, a pesar de las palabras de ambas.

-¿Por qué tan pronto? -pregunté.

-Nosotros -intervino Aridane- también hemos de movernos.

-Pero... -insistí-, ¿no estáis fijos aquí?

-Es el punto de convergencia de nuestros complementos. Nuestra separación física del planeta -continuó Aridane- y nuestra peculiar civilización nos obliga a desplazarnos.

-¿Hacia dónde? -pregunté inquieto.

-Pues... -creo que dudaba antes de contestar-.

Si -contestó segura-. Nos movemos hacia todas partes: Oriente, Occidente; hacia arriba, hacia abajo. Norte o Sur. Ya lo habéis experimentado esta mañana.

Habíamos llegado. Sin más palabras, Aridane y Delioma nos dedicaron su ritual saludo de intercambio de vibraciones, donde parecían inyectarnos aquellos dones, virtudes y valoraciones que los distinguían: pureza de ideas, sentimientos, pacifismo y amor para vivir una larga vida de felicidad.

Algo apesadumbrados subimos a nuestros aposentos casi sin cambiar palabra. Teníamos unos minutos para dedicar a nuestro cuerpo.

A las trece horas menos quince, nuestros anillos marcadores del tiempo comenzaron a emitir luces de distintos colores en sus cuatro esferillas.

-Fíjate, Aristán -llamó Demetrio-, es la hora de la cita.

Segundos después Guayahisen nos advertía de su presencia, telepáticamente.

Bajamos. En la puerta esperaban tres hombres. Entre ellos estaba Guayahisen, que hizo las presentaciones sincronizadas con el saludo. Se trataba de Nurhazet y Achosamán, dos nuevos amigos en Atlantaria.

Emprendimos el camino a través de grandes árboles en una dirección nueva. Volaríamos pocos minutos, según Nurhazet.

El consejo estaba compuesto por cuatro hombres que ya conocíamos. Además de ellos, tres mujeres: Ysahora, ya conocida, Iguanira y Atahyria.

Llegamos a un claro en la arboleda. Su forma rectangular alojaba varios aparatos voladores del tipo que habíamos usado en la mañana. Estaba cada uno sobre una rampa en inclinación de cuarenta y cinco grados base tierra. Mediante una escalerilla subimos. Achosamán y Nurhazet se sentaron al comando. A continuación Demetrio y yo y en último lugar Guayahisen.

Un pequeño zumbido nos indicó que el aparato había puesto sus propulsores en marcha.

-Apretad el botón del asiento.

Nos atamos y el sillón giró hasta poner nuestra cabeza en el sentido de avance del aparato. En pocos segundos salió raudo, elevándose casi verticalmente. Volvimos a divisar el lago central y pasando sobre él, al otro extremo del islote, bajamos. Tres minutos duró el viaje. El aparato bajó con la misma velocidad. A pocos metros del suelo frenó, quedándose casi totalmente parado en el aire. Luego bajó suave hasta posarse en la rampa que estaba en posición horizontal.

Descendimos encaminándonos a una abertura que se abrió en el césped. Eran las trece horas menos tres minutos en nuestros anillos. Una puerta amplia se abrió. Nurhazet, que parecía el mayor, encabezaba la comitiva. Al llegar a la puerta nos indicó a Demetrio y a mí que pasásemos.

Entramos a un gran salón. El mobiliario consistía en una mesa redonda en medio y varias mesas pequeñas adosadas a la pared. La misma disposición de los otros comedores. Encima de la mesa, colgando del techo, un cartel con la leyenda: «AICÁ MARAGÁ». Guayahisen nos transmitió telepáticamente el significado en nuestro idioma: «Seas bienvenido». En la mesa esperaban sentados, Iguanira, Atahyria e Imobac.

Después de las presentaciones y del saludo ritual con el intercambio de deseos mutuos, tomamos asiento.

Nurhazet e Imobac se habían sentado juntos. Parecían los mayores del grupo. A continuación de Nurhazet tomó asiento Iguanira, Achosamán, Demetrio, yo, Ysahora, Guayahisen y Atahyria.

Eramos nueve comensales. No se notaba entre ellos diferencia alguna que denotase jerarquía o sometimiento. Nurhazet tomó la palabra para decir que usaríamos la voz para comunicarnos. Le parecía más familiar para nosotros. A continuación recordó el ritual de palabras pre-alimentación: *Porque tú eres yo y yo soy tú, canta la madre naturaleza; guárdame y protégeme como yo forta-*

lezco y sostengo tu cuerpo. Terminó con el deseo de permanecer gratos en nuestro recuerdo. Expresamos nuestro igual deseo para ellos y a continuación una mesa con nueve tabletas de carencias personales se acercó para servirnos. Cada tableta tenía una inicial o código personal.

La conversación se generalizó entre vecinos de asiento. Ysahora a mi lado y Achosamán junto a Demetrio nos hacían algunas preguntas sobre nuestra vida común: costumbres, comidas... Les hice ver mi preocupación por las enfermedades que a veces asolan la Tierra.

-La enfermedad huirá de vosotros -contestó Achosamán-, si seguís nuestros consejos y os adaptáis, en parte, a regímenes de comidas basados en la naturaleza. Estáis preparados para vivir cien o más años. Id tranquilos a vuestras tierras y cumplid nuestro mensaje. Eso os hará felices y grandes en el corazón de los atlantarios.

Finalizada la ingestión, Imobac tomó la palabra para dirigirse a nosotros.

-Sois nuestros amigos. Vuestra forma de ser y vuestro comportamiento nos han confirmado que no nos habíamos equivocado al elegirlos. No queríamos que vuestra partida se produjese hasta el total restablecimiento de vuestro compañero Bastiano. El se recupera favorablemente. Nosotros debemos dejar este lugar en pocos días. En la comida de esta noche os despediréis de los atlantarios, uno por uno. Todos lo desean. Esperamos vuestro regreso una vez cumplida la misión. Existe una sola condición para vuestra vuelta y es la de que nadie en absoluto debe conocer vuestra experiencia, excepción hecha del destinatario. Estaremos en contacto telepático con vosotros siempre que podamos. Os ayudaremos en todo lo necesario. Vosotros podéis entrar en contacto con nosotros concentrándoos en la palabra «Aprositus». Si no conseguís respuesta, significa que estaremos lejos. En ese caso deberéis insistir diariamente hasta que lo consigáis. Nuestra ausencia se prolonga, a veces, meses de vuestro tiempo. Esta tarde la dedicaréis a proveer vuestro falucho de comida y todo lo necesario para el viaje. Dos o tres de nosotros os acompañaremos para daros instrucciones, puesto que ha sido reacondicionado.

No pudimos disimular nuestra tristeza. Ysahora intervino solícita para hacernos fácil la coyuntura. Demetrio estaba pálido. Nos apenaba profundamente la separación y los atlantarios habían captado nuestros sentimientos.

-Estad seguros de que volveremos a vernos -exclamó Guayahisen animado-. Basta que vosotros lo deseéis de corazón.

Luego habló Nurhazet.

-Amigos -comenzó-, todo lo que habéis visto y oído en Atlantaria es suficiente para que vuestro contacto en la Tierra sea fructífero. La persona seleccionada es un científico e investigador inglés llamado Sir Thomas Walker. Su domicilio está en Londres, pero desarrolla su trabajo en todo el mundo. Sabemos que en estos momentos está en la India. Nos ha sido imposible contactar con él directamente. Ha sido seleccionado por reunir las virtudes mínimas que lo acercan a nuestra concepción real y filosófica de la vida, porque cuando conoció lo escrito sobre Aprositus, declaró que existía algo inexplicable que lo atraía a su investigación, aunque postergada, siempre presente en su agenda de «posibles» y, en último término, porque su prestigio universal y seriedad son una garantía para que los gobernantes lo escuchen y consideren. No obstante -prosiguió- aparte de todo lo que podéis aportar de viva voz a Sir Thomas Walker, llevaréis tres señales o muestras de que habéis estado aquí. De estas tres muestras no tenéis que hacer ostentación, ni mostrarlas, ni explicarlas a nadie, salvo a Sir Thomas, sin testigo alguno. La primera muestra estará en vuestro falucho. Lo hemos revestido de material deslizante. Vosotros podéis llamarlo pintura. Permite a la embarcación deslizarse sobre el agua, más de un kilómetro, con un ligero impulso dado con la mano o con un remo. La segunda prueba ya la tenéis en vuestro dedo. Son los anillos calendáricos y la tercera consistirá en un folio escrito en nuestro idioma, en inglés y en español, donde volcaremos algunos pensamientos de cada uno de los componentes del Consejo de Contactos Exteriores. Este papel tiene la propiedad de permanecer en blanco. Será legible por unos minutos humedeciéndolo con agua del mar. Luego volverá a su blancura. Es una prueba que dejaréis en poder de Sir Thomas junto con un anillo igual al vuestro que llevaréis como regalo de Atlantaria. Ese anillo tiene la propie-

dad de que mientras lo llevéis puesto, ningún germen patógeno podrá invadir vuestro organismo. Aparte, vosotros, en la restauración orgánica a que se os sometió, fuisteis inmunizados para toda enfermedad contagiosa. Dejo lugar a los componentes del Consejo para expresar lo que deseen.

Cada comensal tenía sobre la mesa una serie de botones. Iguanira que se encontraba sentada al lado de Nurhazet, había extendido el brazo apretando uno de los botones.

-Amigos del planeta Tierra. Yo, Iguanira, descendiente de los atlantes supervivientes, os digo: Amamos la vida de todos los seres de la naturaleza en la que nos integramos, porque la vida es el único don que poseemos. No entendemos ni aceptamos otra clase de muerte que la natural. No permitimos la procreación irracional. Cada nuevo ser tiene el derecho inalienable a su realización plena y libre garantizada por nosotros, los que existimos. Os deseo paz y felicidad.

A continuación, luego de un corto silencio, alargó su mano Achosamán que le seguía en orden de asiento.

-Amigos de la Tierra. La existencia es un estado permanente de equilibrio en todos los niveles. Equilibrio es una de las leyes eternas de la permanencia, del existir. Nuestra galaxia constituye un sistema de equilibrio perfecto. Vuestro planeta, también lo es y, vosotros, debéis serlo. Si rompemos el equilibrio estamos situados en el camino errado. Es cuestionable mantener un cerebro sano y equilibrado dentro de un cuerpo enfermo y viceversa. El hombre es el animal más enfermo de la Tierra, por tanto, las decisiones o metas de esos cerebros, salvo excepciones, no son fiables. Vuestra última guerra (1ª europea) arroja un saldo de 10 millones de muertos, prueba inequívoca de locura contagiosa. Si no frenáis a tiempo el torbellino de esta insania, estaréis situados en la rampa final de vuestra destrucción total. La solución es sencilla para mentes sanas y lúcidas. Os habló Achosamán, del Consejo Exterior de Atlantaria.

Seguidamente Atahyría, a quien tocaba el turno, apretó el pulsador. Según aclaración de Ysahora, aquel simple mecanismo hacía que lo hablado quedase escrito y grabado.

-Hombres y mujeres de la Tierra, os habla Atahyría. Soy madre y siempre habéis constituido una preocupación dolorosa en mi vida por vuestras incomprensibles guerras, mucho más porque entre los conocidos, sois el único planeta donde se da esa catástrofe. Mientras vuestros hijos (excesivos), quedan social y económicamente abandonados, humanamente olvidados, efectivamente marcados, al albur e inclemencia de vuestra sociedad irresponsable. Todo esto -prosiguió emocionada- ¿no merece una meditación profunda? Sentaos a meditar seriamente. Planteaos la renovación substancial de vuestro hombre-tipo.

Sosegad vuestro espíritu. Purificad las conciencias. Abrid vuestros corazones para que el amor reprimido salga por él a borbotones, enriqueciendo los páramos. No lo cerréis egoístamente. No permitáis que vuestra tierra sea invadida y asolada por la frialdad de los desiertos, cuando la llama del amor vaya consumiéndose por la falta del soplo humano que la avive. No lo permitáis vosotras, madres, llama viva y eterna de nuestra continuidad. Paz y felicidad para todos.

Un nuevo silencio. Tocaba el turno a Guayahisen, quien cerraba el ciclo del mensaje escrito, puesto que Ysahora e Imobac, habían expresado que su pensamiento quedaba reflejado en lo manifestado en la comida del día anterior.

Con palabra clara y pausada, derramando la bondad reflejada en sus ojos, Guayahisen se expresó así:

-A pesar de todo lo dicho, cuyo sentido previsor comparto y asumo, aún creo en el hombre y mantengo mi esperanza en él. Sabemos que en esa tremenda humanidad que puebla la Tierra y que se multiplica inconsciente e imprevisoramente, existe una parte sana. Yo conminaría a esa parte a manifestarse, a expresarse rompiendo la pasividad. Caso contrario la parte mala, dañada y corrupta, la englobaría arrastrándola a su fin. Espero que esa parte, aún sana y responsable, de clara visión y pureza de pensamientos, dará un vuelco total y definitivo, cambiando la conciencia del hombre y regenerando los principios básicos de su forma de vida, con una proyección clara y precisa de los fines y metas comunes a alcanzar. Cuando llegue ese momento os brindaremos nuestra amistad, nuestra inspiración, nuestra ayuda. Hasta entonces, os deseamos paz y felicidad.

Nuestros anillos calendáricos marcaban las dieciséis horas. Nos habíamos puesto de pie. Guayahisen expresó su deseo de que fuesen él e Ysahora, Achosamán y Atahyría, quienes nos acompañasen para aprovisionar el falucho y darnos las instrucciones. Con el acuerdo de todos quedamos en que nos despediríamos en la comida.

Salimos los seis para tomar el vehículo volador. Subimos a él y comprobamos que la rampa ya había tomado la posición de cuarenta y cinco grados. Guayahisen e Ysahora se sentaron a los mandos. En un minuto el aparato salió disparado. El mismo paisaje hasta descender en el paraje donde habíamos atracado al llegar a Atlantaria.

Encaminamos nuestros pasos hacia el pequeño dique donde habíamos amarrado el falucho. Al divisar el «Pacificador de los Mares» me paré en seco. El corazón me latía acelerado. No era para menos. El «Pacificador», totalmente remozado y pintado de blanco, estrenaba una vela nueva. Aquello era fantástico, increíble.

En fila sobre el dique admirábamos la reestructuración mientras los amigos atlantarios reían contentos de nuestra felicidad. Guayahisen saltó dentro dando la mano a las damas y, a continuación, pasamos todos. Demetrio le pasaba la mano acariciándolo incrédulo ante tanta belleza.

-Bien -dijo Guayahisen-, poned mucha atención porque vosotros sois los que vais a navegar. En primer lugar el piso ha sido elevado. Debajo de él hemos colocado un tubo de propulsión hidráulica, semejante al que usamos para nuestros desplazamientos personales. Acercaos y fijaos en esta palanca que tiene números de cero a ochenta, o sea, que colocando la palanca en diez se pone en marcha. Luego posee topes de diez hasta el ochenta. Marca la velocidad a que podéis navegar de acuerdo al estado de la mar. Si alguna vez falla la puesta en marcha, hacedlo caminar a vela y luego de una cierta velocidad andará. Recordad que este aparato se autodestruirá poco antes de vuestra llegada a Las Palmas, convirtiéndose en polvo que por el paso de agua de proa a popa irá a parar al mar.

Hemos cambiado la quilla para dar mayor seguridad ante una

mar movida. Se ha agregado esa borda que os servirá también para agarraros. En la proa hemos colocado esta lona impermeable que tirando de ella -unió la acción a la explicación-cubrirá un espacio suficiente para que puedan dormir dos personas. La vela es de un material que os durará mucho.

En ella habían escrito en gruesos caracteres: «El Pacificador de los Mares». Mudos de asombro, tanto Demetrio como yo, habíamos perdido la facultad de hablar.

-Y esto es todo en cuanto al falucho. Todo ha sido reforzado. El timón es totalmente nuevo. Vamos a popa. En ese remolque que hemos agregado -tiró del cable que lo unía al falucho- está la comida y alguna ropa. La cerradura es impermeable y reforzada. Pase lo que pase siempre flotará. Hay comida y agua para un mes de navegación, amén de otros alimentos de supervivencia (cápsulas), suficientes para vivir durante otro mes. Están en recipientes impermeables con una etiqueta que dice: Supervivencia. Su tiempo de conservación es de unos diez años. Para usar el remolque no tenéis más que acercarlo al falucho, tirar del cable y abrir el doble cierre. En el interior existen dos compartimentos; uno para la comida y otro para la ropa, perfectamente ordenados en bolsas transparentes, donde se lee el contenido de cada una. Hay alimentos variados propios para una travesía.

Sólo nos queda por entregaros mañana, antes de partir, un traje impermeable que mantendrá la temperatura de vuestro cuerpo estable. En caso de naufragio os mantendrá a flote. Lo debéis usar siempre que haga mal tiempo. El agua la colocaremos en depósitos especiales, (seis), que irán adosados a los laterales interiores del falucho.

-¿Qué os parece? -exclamó Ysahora riendo.

-Esto es un regalo de Reyes -contesté en el colmo de la alegría.

-No -replicó Ysahora- es un regalo de los atlantarios.

-¡Qué podemos decir! -agregué- Que estamos muy contentos, que os amamos a todos y...

Demetrio me cortó:

-¡Que nos quisiéramos quedar con Vds.! -exclamó entusiasmado.

-Muy bien -intervino Achosamán-, vamos a probarlo.

Desenganchó dos cabos que lo ataban al dique, aunque no sé para qué -pensé-, pues en Atlantaria no habíamos conocido el viento. Guayahisen nos llamó a su lado para que observásemos la operación. Las damas se habían sentado. Achosamán tomó el timón. Guayahisen puso la palanquita en el número diez. Se escuchó un leve zumbido y el falucho muy suavemente se puso en marcha lenta: diez Kms./hora. Era una delicia ver cómo cortaba las aguas casi sin impulso. Una vez que nos apartamos de la orilla, Guayahisen puso la palanca en veinte, y así sucesivamente hasta llegar a los ochenta. Demetrio y yo nos habíamos agarrado al mástil. El tubo que habían agregado parecía chupar el agua a proa, largándola con una fuerza increíble a popa. Disminuyeron la velocidad para, en una amplia curva, dar la vuelta volviendo al punto de partida.

Para nosotros casi todo lo que nos ocurría en Atlantaria era increíble y fabuloso. El choque entre nuestra realidad anterior y las experiencias, no asumidas aún como reales o asumidas a medias, hacían que nos debatiéramos entre la duda y la realidad. Por momentos deseaba traspasar los límites de Atlantaria para comprobar en nuestro «mundo» si continuábamos teniendo los ímpetus de juventud; si los anillos eran reales, si el falucho continuaría siendo como lo habíamos visto y si todo lo que nos habían dicho proseguiría elaborándose tal y como lo habían planteado

Los dos días habían sido tan apretados de aconteceres asombrosos, que no habíamos contado con tiempo suficiente para encasillarlos con seguridad y definitivamente en su verdadera acepción.

Todo esto pensaba mientras realizábamos las maniobras de atraque y amarre al dique. Recuerdo las caras de «ellos» y pienso que reflejaban la misma felicidad de los padres con los hijos cuando los contemplan disfrutando los regalos que les han dejado los Reyes Magos.

Nuestros anillos marcaban las dieciocho y treinta. Bajamos al dique.

Achosamán y Atahyria, que componían otra pareja por lo que pudimos deducir, nos propusieron si deseábamos estar solos hasta la hora de comer o bien hacer alguna otra cosa, o pensar en todo lo que se nos ocurriera preguntar o saber sobre ellos, o sobre Atlantaria.

-Eso -contesté- podría ser interesante; pero no tenemos nada con que escribir las preguntas.

-Allí tenéis de todo -intervino Atahyria con gran amabilidad-, en vuestros aposentos existen varios botones.

-Los hemos visto -contesté.

-Pues bien, el que tiene dibujada una oreja, lo usáis para hacer las preguntas de viva voz.

Todo quedará escrito y si deseáis tener una copia no tenéis más que apretar el botón contiguo y ésta saldrá automáticamente por un hueco que existe en la pared. Preguntad todo lo que os ocupa.

-De acuerdo -contesté.

-Pues bien -dijo Guayahisen- creo que sabréis ir solos. Es el mismo camino que seguisteis a vuestra llegada. A las diez menos quince alguien vendrá a buscaros.

Nos saludaron uno por uno y emprendimos el camino ya conocido. Caminamos a través del césped, escaleras y pasillos hasta nuestros dormitorios, sin haber despegado los labios.

El saludo de los atlantarios dejaba una impresión rica, vivificante. Era algo así como un hálito de vida que nos invadía incitándonos a mejorar, a superarnos constantemente.

Al llegar me fui derecho a los pulsadores. Allí estaba el oído.

-En primer lugar -dije a Demetrio- debemos saber cómo encontrar a Sir Thomas Walker.

-Ellos -aclaró Demetrio- dijeron que nos ayudarían.

-De todas formas -contesté- haré la pregunta.

Pulsé el botón y formulé la pregunta.

-¿Te has dado cuenta -gritaba Demetrio desde el baño- lo bien que huelen los atlantarios?

-Sí -contesté- parece el olor natural de sus cuerpos.

-Me recuerda -prosiguió Demetrio- al olor a hierbas cortadas, mezclándose con el perfume de las flores silvestres, cuando los campesinos las siegan.

-Sus cuerpos -agregué- despiden ese aroma natural, similar al que despiden las plantas al hacerles una incisión. ¿Tienes alguna pregunta, Demetrio?

-Saber si podemos volver con Sir Thomas Walker.

-Muy buena pregunta. Yo haré otra: ¿Qué contestaremos si alguien pregunta qué ha pasado con Bastiano?

-Paz y felicidad -alguien nos quiere hablar, pensamos.

-Paz y felicidad -dijimos a un tiempo.

-Os habla Nurhazet. Deseamos que estéis dispuestos para las veintiuna horas menos quince. Consideramos conveniente que cada uno de los componentes de la Unidad E-4, os salude personalmente. Lo haremos una hora antes de la comida, a la entrada del comedor. Caso de no terminar, dejaríamos el resto para después de ésta. ¿Os parece bien?

-Sí, de acuerdo.

-Para aprovechar el tiempo -continuó- si tenéis las preguntas listas podemos resolverlo ahora.

-La primera pregunta es: ¿Cómo haremos para encontrar a Sir Thomas Walker?

-Bien. Debéis realizar gestiones en el Consulado inglés de Las Palmas y conseguir su dirección. El motivo será transmitir un mensaje personalmente. Una vez conseguida su dirección le escribiréis notificándole lo del mensaje personal. Si volviera a Inglaterra todo sería más fácil. Uno de vosotros se podría enrolar en algún barco que tocara puertos ingleses y una vez allí, conseguir su domicilio.

-La segunda: ¿Volveremos nosotros a Atlantaria con Sir Thomas?

-Desde luego y como suponemos que la nave será mayor que vuestro falucho, autorizamos que se eleve a cinco el número de visitantes.

Tercera pregunta: ¿Qué contestaremos si alguien nos pregunta por Bastiano?

-Simple. Llegasteis a Tenerife. Bastiano decidió enrolarse en un barco inglés y vosotros regresasteis, porque sin él, ya no tenía objeto tanta vacación.

-Nada más -contesté.

-De cualquier forma estaremos en contacto telepático y os inspiraremos durante vuestro sueño sobre cualquier decisión.

Agotado, pero interesante, fue el saludo-despedida de casi cuatrocientas personas. Unos diez segundos para cada uno. Cada hombre o mujer parecían formar con nosotros una misma persona. Cada uno nos dijo alguna palabra. Todas versaban sobre la amistad, la paz, nuestro regreso y el deseo de que pudiéramos disponer, alguna vez, de un largo tiempo para disfrutar con ellos, pues los dos días de descanso que no habían coincidido con nuestra estancia, eran precisamente los días señalados para compartir amistad, deportes, paseos, reuniones culturales, arte

Terminadas las saluciones se inició la comida. Luego, la segunda parte del concierto de Mahler. Nuevas despedidas y el horario de partida.

-Después del desayuno os iremos a buscar para la marcha.

Era Guayahisen quien lo anunciaba. No sé porqué, ese hombre figuraba en el fondo de mi corazón con el sobrenombre de «el Bueno».

Eran las veinticuatro y quince cuando llegamos a nuestros aposentos. Guayahisen e Ysahora nos habían acompañado. Parecían de la familia y la partida había ensombrecido nuestros últimos instantes.

-No perdáis nunca el contacto con nosotros. Guardad el secreto -fueron sus palabras de despedida.

Fue una noche de desvelos e inquietudes, de recuerdos de la Tierra, de proyectos de mentes nuevas, de sangres reverdecidas en ímpetus renovadores, de riquezas sin posesiones, de vidas elevadas sin dineros, de derramar el bien, la paz, la felicidad, sin retornos, de entregas íntegras.

Eran las ocho y Guayahisen saludaba telepáticamente

-Queremos desayunar con vosotros.

-Adelante, estamos en el comedor -contesté.

Llegaron Ysahora y Guayahisen; Iguanira y Aythami; Athayría y Achosamán; Artenea, Daidha, Aridane, Delioma, Imobac y Nurhazet. Todos los que habían tenido un contacto directo con nosotros, allí estaban. Hubo mucho ambiente festivo, sonrisas, bromas y hasta algún que otro chiste atlantario.

A las nueve y media salimos caminando hacia el embarcadero. Nos entregaron los dos trajes aislantes y un material para taponar los agujeros del tubo impulsor cuando éste se destruyese. Los depósitos de agua ya estaban colocados.

Guayahisen me entregó una brújula y me recomendó usar el tubo impulsor solamente cuando no se divisara ninguna otra embarcación. Al avistar embarcaciones o acercarnos a tierra deberíamos hacerlo a vela. A continuación nos despedimos de todos y

mar, tenía capacidad para moverse, aparecer o desaparecer. Estaba habitada por seres superiores que habían encontrado la fórmula del vivir en paz, y éstos, deseaban ayudarnos.

Sin embargo, había algo que me inquietaba. Una pregunta que no se había concretado bullía en el fondo de mi imaginación sin encajar ningún esquema posible a mi entendimiento.

Había surgido durante el vuelo que habíamos realizado sobre Atlantaria, tomando cuerpo y desarrollándose durante todo el tiempo que estuvimos allí y que ahora, ya en nuestro mundo, se me representaba como imposible o fabulosa.

Al finalizar aquel vuelo Aridane había afirmado: *Nos movemos en todas direcciones, incluso hacia arriba o hacia abajo, o sea, poseían capacidad para volar o para sumergirse.*

Esto último me llenaba de desasosiego. ¿Cómo era posible que aquella isla o islote, cuyo ancho y largo yo calculaba en unos diez kilómetros por seis en su parte más ancha, pudiera elevarse hacia el espacio, trasladarse o sumergirse con el total de edificios, tierras, plantaciones, bosques, habitantes y demás implementos?

Ante la inmensidad del mar y de nuestro cielo, que los terráqueos apenas habíamos comenzado a surcar tímidamente en pequeños aviones, me parecía descabellado y utópico.

En estas divagaciones estaba sumido, hacía rato, cuando mi receptor telepático salió al paso.

-Tranquilízate, Aristán -era Guayahisen-, Aprositus es nuestra tierra, nuestra casa, base o isla. Cuando tomamos el camino de las estrellas, lo hace solamente una parte. Aprositus queda «aparcada», por así decirlo, en alguna parte de vuestro Planeta. Siempre con la propiedad de «Inaccesible». Paz y felicidad para todos.

Saciada mi curiosidad, respiré hondo. Demetrio sonreía ampliamente, como quien da por sabida de antemano la explicación que recibe. Sin embargo yo, estaba repleto de dudas y desconfianza, aunque en mi fuero interno lo aceptaba como lógico, ya

que nuestra perspectiva futurista en la época era tan pobre, que nos ahogábamos en lo que para "ellos" era normal, pues, permitaseme la equiparación, habían nacido en nuestro futuro.